EDICIONES DESTINO

LAS CIUDADES

José Manuel
Alonso
Ibarrola

NAPOLES

JOSÉ MANUEL ALONSO IBARROLA

NÁPOLES

JOSÉ MANUEL ALONSO IBARROLA

NÁPOLES

LAS CIUDADES
13

Colección dirigida por
Valentí Gómez i Oliver
y Carlos Trías

Dirección editorial
Andreu Teixidor de Ventós

Fotografía de la cubierta: Vista de Nápoles
Foto cedida por el Ente Nazionale Italiano
per il Turismo, Barcelona
Ilustraciones: Alexandre Ferrer

© José Manuel Alonso Ibarrola
© Ediciones Destino, S.A.
Consell de Cent, 425. 08009 Barcelona
Primera edición: noviembre 1988
ISBN: 84-233-1702-1
Depósito legal: B. 46.004-1988
Impreso por Sirven Grafic, S.A.
Casp, 113. 08013 Barcelona
Impreso en España - Printed in Spain

I

He vuelto de Nápoles una vez más. Dice un slogan turístico, quizás el más célebre del mundo, «*Vedere Napoli... e poi morire*», pero me resisto. También los madrileños inventaron otro slogan, «De Madrid al cielo», pero nadie quiere morir y el cielo puede esperar.

Mis primeros recuerdos napolitanos se remontan al año 1966. He vuelto en varias ocasiones y he sido testigo de su progresiva decadencia y degradación. Año tras año la he visto perderse en sus miserias y contradicciones. Pero es preciso conocer Nápoles y cuanto antes mejor, porque el turismo de masa la corroe, el Vesubio, ahora silencioso, amenaza y además podría desaparecer en sus propias inmundicias si el Municipio no soluciona de una vez por todas el problema de la limpieza y de la sanidad públicas.

De todos modos, una ciudad que ha sufrido tantas vicisitudes en su historia no puede morir. Por lo menos, no debe... Terremotos, dominaciones, sublevaciones, liberaciones posteriores, crisis económicas, guerras, pobreza, emigración, corrupción, inmundicias, tráfico caótico... A pesar de todo, la bahía de Nápoles sigue siendo una de las cosas más bellas del mundo, junto a Sorrento, Pompeya, Capri, adonde llegó Axel Munthe y se quedó, en su San Michele, para toda su vida. En Nápoles estuvo

también Oscar Wilde con su escándalo a cuestas, con el amor de su vida, lord Douglas, y en este clima ardiente terminó irónicamente su obra más dramática: la *Balada de la cárcel de Reading*. Por aquí pasaron también Wagner, Goethe, Stendhal, Sartre y tantos, tantos otros...

Entre mi penúltima y última visita dejé un espacio de diez años, que en la cotidiana existencia de Nápoles incluye un hecho poco tenido en cuenta, pero que todavía colea en sus consecuencias: el terremoto, el último terremoto que sufrió el 23 de noviembre de 1980. Nápoles todavía no se ha repuesto del temblor y de sus consecuencias.

He dicho «poco tenido en cuenta» recordando una conversación que mantuve con el director del Museo San Martino, señor Fittipaldi. Se quejaba en su despacho, instalado obviamente en el citado Museo, de los medios de comunicación, «que sólo afrontaron la noticia como un suceso y se olvidaron de sus secuelas...». Unas secuelas que en San Martino todavía son palpables, en sus grietas, en los destrozos causados por el temblor, un temblor que muchos no olvidarán, como Avelino Sotelo Alvarez, director del Instituto Español de Cultura, que durante un minuto y medio, en el cuarto piso de su casa, sufrió la conmoción. Desde ese día, decidió vivir en un bajo casi sótano... y ahí sigue. En 1983, tres años después del terremoto, en Pozzuoli el suelo se movió, se levantó por un lado, se hundió por otro...,

pero, hasta la fecha, la tranquilidad reina de nuevo. Dicho esto, un napolitano iniciaría varios conjuros para evitar lo que todos temen: un terremoto o una nueva erupción del Vesubio. Aunque a primera vista se diría que no parece importarles mucho. Año tras año, en las laderas del volcán, surgen casas «abusivas», es decir, ilegales. ¿Y si un día al Vesubio le diera por arrojar lava y ceniza? Posiblemente volvería a repetirse la tragedia de Pompeya y Herculano. Porque, además, el Vesubio no avisa. «Es traidor», denuncian los napolitanos. Y los vulcanólogos aseguran que todo es posible con el Vesubio.

Tras mi última estancia en Nápoles, tuve ocasión de viajar a Cuba. En una librería de Pinar del Río, a 165 kilómetros de La Habana, me topé con un librito con un título que me sedujo: *Tardío Nápoles*. Su autor, el asturiano Luis Amado Blanco, fallecido en 1975, mientras desempeñaba el cargo de embajador de Cuba ante la Santa Sede. Lo compré y me gustó. Me gustó muchísimo. Porque todavía estaba fresco en mi recuerdo la vista maravillosa de la bahía napolitana.. ¡desde lugares tan diversos! Desde mar adentro, desde Posillipo, desde Capodimonte, desde la cima del Vesubio, desde San Martino... y ahora, a miles de kilómetros, leía los versos del asturiano: «Te quiero como eres, Nápoles. Te quiero como eres. Sucia, limpia, maravillosamente absurda, empuñetada y pendenciera». Una novela de otro napolitano, Giuseppe Patroni Griffi —«Peppin»

para sus amigos—, *La muerte de la belleza*, se inicia con esta frase: «¡Qué bella era Nápoles hace cuarenta años!». Un lamento que también condividen otros dos ilustres napolitanos contemporáneos, con residencia en Roma, Francesco Rosi y el escritor Raffaele La Capria. Lamentos, lamentos... Nuestro escritor Fernando Díaz-Plaja, en un bello artículo que publicó en *El País*, titulado «El Nápoles de Eduardo», es decir, el Nápoles de Eduardo de Filippo, contaba sus impresiones napolitanas de 1946 y las contrastaba con las vividas en 1983. «Me quedé triste. Antes era sucia y alegre, ahora sigue siendo sucia pero ya no se ríe la gente.» Por eso, insisto: hay que ir a Nápoles cuanto antes. Roma es eterna, Venecia seguirá existiendo muchos años a pesar de las inundaciones, Florencia subsistirá a las inundaciones del Arno..., pero Nápoles posiblemente no pueda resistir a los embates de los propios napolitanos.

Yo también quiero a Nápoles con pasión..., aunque me temo que es una pasión no correspondida. Ya en 1966 me dijeron que había llegado con veinte años de retraso, que la Nápoles que yo amaba, la Nápoles que había forjado y recreado en mi mente, había muerto hacía cuarenta años, plazo de tiempo que me sitúa —y coincide— con la liquidación de la II Guerra Mundial, que en esta ciudad dejó —como veremos— dramática constancia de su discurrir. Otros aseguran que tenía que haberla conocido antes de la Gran Guerra, es decir, de la I Guerra Mundial. Porque Nápoles vivió

y conoció una maravillosa *belle époque*, la llamada «época umbertina». Pero la felicidad solamente alcanzaba a unos cuantos miles de afortunados. El resto, para sobrevivir, tuvo que emigrar. Y desde la lejana América, recordaban su tierra y su ciudad a través de las canciones. Muchas canciones napolitanas han surgido de la nostalgia, o del desengaño amoroso. Paseando por la Estación Marítima, ahora desierta y desolada —porque ya no atracan los grandes transatlánticos camino de América—, trataba de imaginar tanta escena de lágrimas, dolor y tristeza en las despedidas. La Estación no es la misma, ciertamente, porque Mussolini construyó una nueva. Curiosamente, en una de las terrazas, encontré una pelota de béisbol —que conservo—. La pelota dice «*Made in Hawai*». ¿Quién la pudo dejar allí? ¿Cómo llegó hasta el muelle? La respuesta era fácil: muy cerca estaba atracado un navío de guerra norteamericano, hecho muy frecuente, ya que Nápoles es en la actualidad puerto de escala de la flota estadounidense, base del comando sur de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (Afsouth). Quizás en ese barco un marinero, nieto de napolitanos, o biznieto, ajeno a las lágrimas vertidas por sus ancestros allí mismo, jugaba indolentemente a su deporte favorito, entre guardia y guardia, y la pelota superó la red...

El escritor Carlo Levi tituló su famosa novela del destierro —título que dio la vuelta al mundo cuando fue llevada a la pantalla gran-

de y a la TV— de manera harto significativa: *Cristo se detuvo en Eboli.* Algunos italianos —del norte casi todos—, y otros que no lo son, creen que se equivocó y que tenía que haberlo hecho mucho antes: a las puertas de Nápoles. Tal es el rechazo que inspira a algunos la ciudad partenopea. Ciertamente exageran, pero el hecho es que a tal rechazo contribuyó la emigración napolitana, acrecentada tras la II Guerra Mundial —primeramente fue América a finales del siglo pasado y a primeros del presente—, y que se dirigió al Piamonte y la Lombardía primordialmente. Los orgullosos habitantes del norte acogieron con desagrado a estos *terroni*, como despectivamente les llaman. Y es que el napolitano emigrado, con su pobreza, ignorancia e incultura, se labró una fama acreditada ciertamente, y no en el mejor de los sentidos. Algo que no ocurrió con los españolitos emigrados a Alemania. ¿Por qué? Porque el español no tiene el sentido mafioso de la vida, como lo tienen el napolitano o el siciliano, desde los tiempos de la dominación española precisamente. Y es este sentido «mafioso» de la vida y que lo impregna en su entorno, lo que odian los italianos del norte.

De ahí que, como reacción, el *scudetto* obtenido por el Napoli en la histórica fecha del 10 de mayo de 1987 se convirtiera en delirio, en clamor, en locura colectiva, en histeria de un pueblo que quería restregar a los de Milán y Turín, a los del Inter y la Juve, sus millones, su riqueza, su desprecio, su renta per cápita.

Era la venganza del pobre, el corte de mangas al odiado milanés y turinés. Porque esta ciudad, y por supuesto sus habitantes, necesitan otro «milagro», más tangible y menos espiritual que el que anualmente lleva a cabo San Gennaro el primer domingo de mayo y el 19 de septiembre. El «milagro» futbolístico se produjo y sólo un pueblo como el napolitano podía armar la que armó cuando su equipo se llevó el *scudetto.*

Algunos *tifosi* apasionados querían llevar a Diego Armando Maradona a los altares, junto a San Gennaro... Luego las cosas volvieron a su cauce. La aventura futbolística «europea» terminó con la confrontación con el Real Madrid, en el Estadio San Paolo, que se yergue junto a la Mostra de Ultramar, otro sueño de grandeza mussoliniano, como el EUR romano. Ignoraban los napolitanos que también los madrileños tienen cada año un milagro similar al de San Gennaro: la licuefacción de la sangre de San Pantaleón. Sucede el 27 de julio en el monasterio de la Encarnación, desde hace trescientos años. Días antes del encuentro de vuelta, también San Gennaro —el 19 de septiembre y ante cinco mil fieles apretujados en el Duomo— cumplió con su obligación y empataba a milagros. Lo mismo sucedió, como es sabido, en el Estadio y el Napoli fue eliminado por los madrileños ya que el empate no le servía... Fui testigo de la enorme tristeza que se apoderó de la ciudad, tras el partido. Calles desiertas, vacías, desoladas... Hubiera sido muy fácil atra-

car un banco, una tienda o a un ciudadano cualquiera, pero aquella noche, hasta los ladrones se quedaron en sus casas, tristes y cabizbajos.

El 15 de mayo de 1988, los napolitanos volvieron a llevarse otra enorme y gran desilusión —quizás mayor que la sufrida con el Real Madrid— cuando el Milan se proclamó, en Como, nuevo campeón de la Liga de Fútbol italiana, destronando así al Napoli. El título lo había prácticamente perdido ya, al ser derrotado por el Milan, en el propio Estadio San Paolo dos semanas antes, por el tanteo de tres a dos. Tuve ocasión de presenciar el partido por la televisión italiana, en directo, y resultó francamente emocionante. Un hecho a destacar: los aplausos que los *tifosi* napolitanos dedicaron a los milaneses. Todo un gesto. La locura del ochenta y siete duró un año más. Todavía permanecían en paredes y muros de las calles napolitanas los rótulos y pintadas de aquel sueño, que se convirtió, por una vez, en realidad. «Mañana pensaré en mis deudas, pero esta noche soy un rey.» «En el norte decían que en Nápoles sólo sabemos cantar, pero ahora somos los mejores del fútbol.» «Perdonen por el retraso.» «Amigos del norte, no desesperéis: toda la alegría es nuestra.» «Nápoles, levanta los ojos y mira al cielo, es la única cosa más grande que tú...» Solamente las pintadas de Mayo del 68 en París podrían parangonarse en imaginación y lirismo a éstas futbolísticas. Todas quedaron olvidadas e inservibles.

II

En mi ciudad natal, San Sebastián, en los años cincuenta, se cultivaba una gran afición por la música, y especialmente por la coral. Desde muy joven escuchaba a aquellos magníficos Coro Easo, Coro Maitea, Orfeón Donostiarra... De Euskadi salieron magníficos cantantes. Amaba el canto, amaba la ópera y la música sinfónica y todo ello tenía su máxima expresión en las Quincenas Musicales donostiarras, que han vuelto afortunadamente a cobrar parte de su antiguo esplendor.

En ellas se gestó mi gran pasión por la música en general y la ópera en particular. Había concursos de canto en pueblos de la provincia. Resulta ahora muy difícil imaginar que en Hernani, a veinte kilómetros de Donosti, organizaran un concurso para cantantes de ópera noveles, con la interpretación obligada, para bajos, de la romanza «*Infelice e tuo credevi*» de la ópera *Ernani* de Verdi, naturalmente. Era muy frecuente que en estos concursos se cantaran napolitanas. En los tiempos en que en el equipo de fútbol de San Sebastián —la Real Sociedad— jugaba mi entrañable amigo de infancia y juventud Elías Querejeta, jugador fino, inteligente y estilista, aprovechaba su llegada a Madrid, donde yo residía entonces en calidad de estudiante, para pedirle un pase de favor para el Estadio de Chamartín o el Metropoli-

tano, campo donde jugaba en aquellos tiempos el Atlético de Madrid. Un día, en el Hotel Zurbano, desde su habitación, escuché una voz lejana que entonaba *O sole mio*; me aclaró que era un compañero, jugador de la Real, que también tenía unas magníficas dotes canoras y que le daba por cantar napolitanas. Llegó a actuar en emisiones radiofónicas. En aquellos años, la canción napolitana imperaba en el mundo entero y reverdeció laureles en aquellos años cincuenta, especialmente gracias a un film que conmovió y asombró: *Carrusel napolitano*. Recuerdo haberlo visto por vez primera en un cine de la Gran Vía madrileña el año 1956 y la gran impresión que me causó. La película, basada en un montaje teatral llevado a cabo inicialmente por Ettore Giannini, había triunfado en Cannes en el Festival. Narraba, en boca del que fuera gran actor italiano llamado Paolo Stoppa, fallecido en Roma el 1 de mayo de 1988, la historia de Nápoles, entre amarga, irónica y divertida a la vez. Pero sobre todo, en el film se cantaba. Canciones napolitanas alegres, optimistas, vitalistas... y románticas. En los jardines de Posillipo, el cantante Giacomo Rondinella entonaba *Cuore Ingrato*, flanqueado por una decena de educandas vigiladas por una monjita, que le hacían coro y suspiraban de amor. Algo tremendamente cursi e insoportable visto de nuevo el film en la actualidad. Pero en aquella época, me resultaba tremendamente romántico. En aquel film, Nadia Gray cantaba una canción que se hizo muy po-

pular: «Yo te doy una cosa a ti, tú me das una cosa a mí...». Con los años descubriría que es una de las normas de vida de nuestra sociedad. El film termina con una suntuosa tarantella, en «plan colossal», y una secuencia final, rodada a lo largo de la Via Partenope. Al tercer visionado del film, ya me había convertido en un napolitano de película y me juré conocer la ciudad algún día. Realicé numerosos reportajes en Italia, pero ninguno me conducía a Nápoles. Un día, entrevistando a Cesare Zavattini, en su domicilio romano, en la Via Angela Merici 40, me comentaba desconsolado el fracaso del film *El Juicio universal*, que tras muchos años de esperanzas y desilusiones había rodado finalmente su inseparable amigo, Vittorio de Sica... en Nápoles. La historia de la película resultó dificultosa desde un principio. Primero, porque la pareja no encontraba productor, tras el fracaso comercial de *Il Tetto*. Afortunadamente, el éxito obtenido posteriormente por *La Ciociara* —basada en la novela de Alberto Moravia— abrió todas las puertas. En febrero de 1961, Vittorio de Sica se presentó, acompañado del productor Alfredo de Laurentis, en el despacho del famoso comandante Achille Lauro, entonces alcalde de Nápoles. La entrevista empezó mal, porque Lauro no perdonaba a De Sica el film rodado en la ciudad el año 1954 y basado en una novela de Giuseppe Marotta, *El oro de Nápoles*, cuyo guión lo había realizado Cesare Zavattini, junto al propio Marotta y De Sica. El alcalde consideraba que *El oro*

de Nápoles no trataba bien y como se merecía al pueblo napolitano. Con su habitual habilidad y astucia, De Sica convenció a Lauro de que *El Juicio universal* sería una cosa muy diversa y que obtendría el mismo éxito, o más, que *Milagro en Milán*, ya que en cierta manera la película bien podía haberse titulado *Milagro en Nápoles*. Lauro quedó convencido y el film pudo llevarse a cabo. Presentado ese mismo año de 1961 en el Festival Internacional de Cine de Venecia, el film resultó un gran fracaso. Supe por el propio Zavattini que años más tarde, la editorial Rizzoli lanzó un libro titulado *Nápoles: una ciudad en sus personajes*, firmado por Vittorio de Sica y por el fotógrafo Herbert List. Ambos agradecían la ayuda a Cesare Zavattini, «ideador de este libro». El libro me llegó a las manos, recientemente, a través de la realizadora catalana Mercè Vilaret, por cortesía de otra catalana, María Mercader, viuda de De Sica. Es una joya inapreciable como testimonio de un mundo y de unos personajes y estoy seguro que al «comenda» Lauro no le gustó lo más mínimo, si llegó a leerlo y verlo.

Con los recuerdos personales de Cesare Zavattini y las canciones evocadas por Ettore Giannini, me dirigí a Nápoles por vez primera el año 1966. Resultó traumático y desconsolador. Y es que vamos —al menos yo— por la vida con la mente deformada por las cosas que nos cuentan y por lecturas incontroladas y mal dirigidas, por visionados cinematográficos o televisivos que nos falsean la realidad de las co-

sas —y de la vida, por supuesto— y cuando llegamos al escenario tantas veces soñado, idealizado y añorado nos percatamos, de repente, que adonde realmente hemos llegado es al «escenario del crimen». En el caso de Nápoles, al escenario del «crimen urbanístico». Esta comprobación, años más tarde, la vi reflejada en otro film de Franco Rosi, situado en las antípodas del *Carrusel*. Me refiero a *Las manos sobre la ciudad*, en el que se narra la especulación inmobiliaria, la degradación ambiental que ha sufrido Nápoles a lo largo de los últimos cuarenta años.

Los *posteggiattori*
o cantantes ambulantes de Nápoles

En aquella mi primera visita, por lo menos, tuve la fortuna de escuchar a los últimos *posteggiattori*, es decir, a los cantantes ambulantes

de Nápoles. Recuerdo que me dieron ocasión, una noche, en un restaurante, de elegir una canción napolitana. *Santa Lucía luntana*, pedí... De todos modos, a pesar de aquella primera desilusión, yo sigo amando a Nápoles y cultivando mi pasión por la canción napolitana. Cada vez que voy a Italia, compro discos con canciones napolitanas, libretos, letras de las canciones napolitanas. Ambicionaba con escribir un libro sobre Nápoles y la canción napolitana. Hasta que un día, en 1984, en una librería milanesa descubrí el libro, ya escrito, magníficamente escrito: *La canzone napolitana*. Sus autores, Gianni Cesarini y Pietro Gargano. Tres años más tarde, la suerte, el destino y el azar hicieron que conviviera con los dos autores, en la casa del primero, en el Vomero, durante mi última estancia en la ciudad partenopea. A ellos y a mis amigos y colegas de *Il Mattino* de Nápoles les debo muchas cosas, mucha información y la gran ayuda que me prestaron en mi último deambular por Nápoles. De ahí que no se asombren tampoco si un capítulo de este volumen está dedicado a la canción napolitana. Porque la historia de Nápoles no se puede entender sin la historia de sus canciones y compositores que la hicieron célebre en el mundo entero. La canción napolitana murió, pero fue algo muy importante en la cultura de esta ciudad vital, mísera, colorista, patética, amarga, soñadora... y ladrona, como otras muchas. Que se lo pregunten a nuestra eximia cantante Teresa Berganza, a la

que la dieron el tirón —*lo scippo* lo llaman en Italia— en plena calle, desde la obligada motocicleta, dos muchachos napolitanos. Cayó al suelo, se lastimó el hombro y tuvo que suspender su actuación. Peores cosas cuenta de los napolitanos Curzio Malaparte. En *La Piel*, una novela sobre el mundo napolitano en los años de la posguerra mundial, escribió que a la flota USA atracada en el puerto de Nápoles, le desapareció de la noche a la mañana uno de sus navíos. Los napolitanos niegan el hecho y aseguran que no hay que hacer mucho caso a Malaparte, que era toscano, fascista, vividor y chaquetero.

Y es que a los napolitanos no les gustan las cosas que Curzio Malaparte escribió de esta ciudad. En *Kaputt*, el último e impresionante capítulo, titulado «Las Moscas», ofrece un relato tremendista, exagerado y falso, por supuesto, del pueblo napolitano durante los bombardeos aliados, cuando los alemanes ocupaban la ciudad. Todo huele a falso en Malaparte. Y es que entre el romanticismo y el tremendismo, hay un punto medio, de partida para una aproximación real a Nápoles y al pueblo napolitano. Literatura, cine y teatro han deformado casi siempre la visión napolitana. Recuerdo otro film más entrañable y pintoresco: el ya citado *El oro de Nápoles*, de Vittorio de Sica, que era de Sora pero que amaba mucho a esta ciudad. Descubría la compleja personalidad de los napolitanos basándose en la famosa novela del mismo título de Giuseppe Ma-

rotta, un napolitano de pro. También de otro inolvidable napolitano, Peppino de Filippo, de una ilustre familia de artistas napolitanos, es obligado citar *Nápoles Millonaria* y *Filomena Maturano,* originariamente piezas teatrales y posteriormente llevadas a la pantalla grande. Falleció en noviembre de 1984. Y junto a estos dos, un «mito»: Totó, el famoso cómico a quien la RAI italiana rindió homenaje en 1987, con motivo del XX aniversario de su muerte, ocurrida el 15 de abril de 1967. Antes de morir, declaró a un periodista: «Cierro por quiebra, nadie me recordará». Se equivocó. Todos lo recuerdan. En muchos lugares y establecimientos públicos de Nápoles es frecuente encontrarse con su efigie, en lugares de honor. Y en el napolitano Teatro Sannazaro, en septiembre de 1987, tuve ocasión de asistir a un gran homenaje póstumo. Todos terminamos cantando su famosa canción *Malafemmena.*

Otros films como *Maccheroni* y *Cosí parlava Bellavista* no hicieron otra cosa que proseguir con la deformación y/o la caricatura del pueblo napolitano. En el film de Ettore Scola, magistralmente interpretado por Marcello Mastroianni y Jack Lemmon, el personaje asumido por el gran actor italiano resulta falso a todas luces. El segundo film, basado en la novela del mismo título, de otro napolitano, Luciano de Crescenzo, es una graciosa, pero exagerada, visión del «espíritu napolitano». El ingeniero De Crescenzo, que dejó su profesión porque descubrió una mina con la escritura fácil y vul-

garizadora de la historia griega, deforma los personajes en su intento de ofrecer una visión humorística de la sociedad napolitana a través de unos personajes prototipos.

Podría resultar muy divertido citar chistes, anécdotas, sucedidos, historias napolitanas... que existen por doquier, a cientos, a miles, pero resultaría totalmente falso. No caeré en la tentación.

III

Ir a Nápoles no resulta cómodo, porque las compañías aéreas no tienen vuelos directos, ni desde Barcelona ni desde Madrid: es obligado aterrizar en Roma, en Fiumicino, y después elegir entre coche o tren. Recomiendo esta segunda alternativa. Lo recomiendan también quienes viven en la misma Ciudad Eterna. La autopista Roma-Nápoles ya es de por sí peligrosa por su densidad de tráfico; y luego... está Nápoles con sus peligros, aunque muchas veces exagerados. Hay trenes muy rápidos, que evitan estos riesgos. Tampoco las agencias de viaje —en las que hay que incluir sin duda a las españolas— hacen mucho para que los clientes conozcan esta bella y maltratada ciudad. En casi todos los programas de viaje, en los *tours*, Nápoles significa un viaje opcional de una jornada, desde Roma. Y no precisamente para conocer la ciudad, sino para tomar un *aliscafo* y visitar Capri. Una paliza en autobús, por la autopista infernal, que casi siempre significa levantarse a las cinco de la mañana.

Existen muy variadas sugerencias, plasmadas en diversas guías turísticas, para visitar Nápoles, incluyendo un librito muy especial, obra póstuma de un jesuita anónimo y del que nadie supo darme razón. Su título: *Nápoles sin sol.* Indicaba cómo conocer Nápoles en cualquier sentido, y a cualquier hora, caminando siempre por la sombra. Sin ir tan lejos, las hay que requieren once días de estancia. Así lo estima la rigurosa y seria guía del Touring Club Italiano, de la que no existe versión en lengua castellana. Dicha guía recomienda disponer de siete días para visitar la ciudad y de otros cinco para conocer los alrededores. Lástima que la última edición —quinta de su historia— sea del año 1976, reimpresa en 1979. Le falta el terremoto del ochenta. Esto significa que muchos de los lugares citados —templos, museos, capillas, edificios públicos o privados, etc.— estén *in restauro* en la actualidad. Una restauración que piadosamente trata de cubrir la falta de presupuestos y muchas veces la desidia de una población que en su gran mayoría no valora debidamente el tesoro histórico-artístico que la ciudad posee.

Un detalle importante en dicha guía, su título: *Napoli e dintorni.* Y es que ciertamente Nápoles no sería Nápoles sin sus alrededores: el Vesubio, los Campos Flegreos, Pompeya y Herculano, islas de Capri, Procida e Ischia, Caserta, península sorrentina, costa amalfitana... Evidentemente todo ello no puede visitarse en tres días, ni tan siquiera en una semana. No concibo una visita a estas tierras sin disponer al menos de doce días. El Municipio de Nápoles editó hace muchos años un folleto de la ciudad que ofrece un itinerario para cuatro días. La misma recomendación hace también la guía del Touring Club, para quien no dis-

ponga de más tiempo... El cuatro es una cifra muy querida para los napolitanos adultos, ya que «las cuatro jornadas de Nápoles» pertenecen a la historia más reciente y más heroica de la ciudad, cuando el pueblo se levantó contra las fuerzas de ocupación alemanas. En la sublevación tomaron parte muchos jóvenes y niños, los famosos *scugnizzi*. Hay un monumento dedicado a dicho evento, que se alza en la Plaza de la República, al final de los jardines de la Villa Comunale. Fue la última insurrección contra el último invasor. Luego llegaron los norteamericanos, que jamás se han ido... El inconveniente de las «rutas» e «itinerarios» es que suelen indicar, con cierta ligereza, la visita a tal o cual museo, sin tener en cuenta que la visita puede agotar toda una mañana, una tarde o el día completo. En Nápoles esto sucede irremisiblemente con museos como el Arqueológico Nacional, el de San Martino y el de Capodimonte, a los que podrían añadirse otros como el del Palacio Real, el Museo Cívico Filangieri, el Museo Histórico-Musical del Conservatorio, etc. Luego hay otra cuestión: la circulación, el tráfico... Un atasco napolitano puede arruinar a cualquiera, si ha tomado un taxi. En autobús se arriesga menos. Recientemente tomé un autobús para repetir una visita al Museo de Capodimonte. Tras esperar pacientemente una hora y media en un atasco, me bajé y desistí... Desgraciadamente, la circulación, el tráfico, resulta increíble en Nápoles. Los semáforos son una referencia alejada de la rea-

lidad. Pruebe en la Via Partenope, por ejemplo, ante un paso con semáforo, a pulsar el botón y cruzar con el «verde». Resulta temerario.

Museo de Capodimonte

Mire primeramente a su derecha, luego a la izquierda y láncese con cautela, mirando de soslayo o reojo, que lo mismo es...

El primer día de estancia en Nápoles es aconsejable realizar una visita panorámica en autobús. Resulta fácil apuntarse en los hoteles a los *tours* organizados diariamente. El recorrido lleva inevitablemente al Palacio Real, Teatro San Carlos, la Galería Umberto I, Museo Nacional, Castel Nuovo o Maschio Angioino, el puerto con su Estación Marítima, Barrio de Santa Lucia, Castel dell'Ovo y a su lado la famosa Fontana de Santa Lucia, iglesia de Pie-

digrotta —donde antaño se celebraban las famosas fiestas del mismo nombre—, puerto de la Mergellina y un largo etcétera, que culmina en Posillipo. La visita de Nápoles desde Posillipo es algo inenarrable y maravilloso. ¿Quién no ha visto alguna vez en su vida una vista de la ciudad de Nápoles con un pino en primer término y al fondo el Vesubio con su penacho? Ahora, los pinos escasean y el penacho desapareció. Pero la vista es igualmente bellísima. De todos modos será mejor que comience desde el principio, como mandan los cánones, contando la historia de la ciudad. A mi manera, por supuesto...

Los historiadores, en general, explican que Napoli se deriva de Neapolis, la nueva ciudad que fundaron —allá por el siglo VII— un grupo de griegos de Cuma, cerca de la ciudad vieja, que surgía a escasa distancia, llamada Palepolis. O quizás, aseguran otros, fue algún grupo que abandonó Palepolis, aunque hay quien sostiene que Palepolis no existió.

Según la leyenda —recogida por Filargirio, que a su vez fue asumida por el historiador Lutazio—, que se remonta a siglos anteriores, parece ser que el nombre originario de Palepolis fue el de Partenope, porque se suponía que en el lugar reposaban los restos de la sirena Partenope, que se suicidó junto con sus hermanas, avergonzadas por no haber sido capaces de seducir a Ulises con sus cánticos, arrojándose a la orilla con las olas. No se sabe a ciencia cierta dónde reposan sus restos... Pa-

rece ser que Partenope prosperó tanto que los cumanos, temerosos de su poderío y envidiosos de su riqueza, la asaltaron y la destruyeron. Pero víctimas de una grave epidemia, recurrieron a un oráculo —en el siglo II d. C.— y éste les aconsejó que volvieran a construir de nuevo la ciudad. Lo hicieron y así nació esta Neapolis, Napoli y en castellano Nápoles. Evidentemente, hay historiadores que niegan todo esto y otros que concretan mucho más afirmando que llegaron a celebrarse fiestas anuales en honor de la sirena, cosa que conociendo a los napolitanos no sería de extrañar...

De todos modos, para dejar la cuestión aclarada en lo que cabe, digamos que la «nueva ciudad» estaría en la parte de la ciudad que discurre entre Via Foria y el mar, y la antigua Palepolis se encontraba ubicada en Pizzofalcone o Monte Echia. Ya iremos por ahí de paseo...

Las dos ciudades eran griegas por naturaleza, carácter, usos, costumbres..., cualidades que no perdieron cuando empezaron a tomar contacto con una Roma cada vez más poderosa. Lo malo fue cuando las legiones romanas empezaron a poner el pie en la Campania: Nápoles se echó a temblar y viendo en peligro su autonomía y nacionalidad declaró la guerra a Roma el año 328 antes de Cristo. Se aliaron con otros vecinos, pero surgieron las discordias —inevitables en Nápoles— y todo terminó con un tratado de paz, con garantías. Posible-

mente el desconfiado carácter napolitano comenzó a forjarse en este hecho, porque los romanos no hicieron mucho caso del tratado y del título honorífico de «ciudad aliada del pueblo romano».

Tuvieron suerte con Pirro y Aníbal, que no se atrevieron a atacar a Nápoles en sus respectivas insurrecciones. Por su parte, los napolitanos continuaban suministrando a los romanos naves y marineros durante las eternas guerras de la República romana. Seguían considerándose «griegos» los napolitanos en su lengua y en su cultura, y Nápoles llegó a ponerse de moda entre la nobleza romana, muy snob, que se sentía atraída por la cultura griega, sin tener que desplazarse mucho. Pero la prosperidad sufrió un rudo golpe cuando estalló la guerra civil entre Mario y Sila. Los partidarios de este último mataron a muchos napolitanos, y los que lograron huir lo hicieron por mar llevándose sus trirremes. En los tiempos de Cicerón, volvió de nuevo a florecer, y más todavía con el Imperio, especialmente Capri, que fue elegida por Augusto para sus vacaciones y más tarde por Tiberio, que en sus últimos años pasaba más tiempo en la isla que en Roma. De ahí que los romanos pudientes se apresuraran a construir villas y mansiones por los alrededores, y se hicieran clientes fijos de los gimnasios y juegos al estilo helénico, que proliferaban en la «docta Parthenope», como la llamaban Marcial y Columella. Con más ironía, Horacio habló de «la ociosa Neapolis», pues

fue el primero que vislumbró que con aquel clima, aquel sol y aquel mar poco se podía hacer y producir... La costa empezó a poblarse de lujosas mansiones y aseguran que llamaban la atención la de Vedio Pollione en Posillipo y la de Lúculo, que se encontraba en el lugar que ahora ocupa el Castel dell'Ovo. Precisamente en ese castillo murió el último emperador romano, Romolo Augustolo, el año 476, tras haber sido condenado por Odoacro al exilio. Un dorado exilio, ciertamente.

También vino a Nápoles Virgilio y se enamoró apasionadamente de esta tierra. Aquí escribió las *Geórgicas*. Entre los siglos VI y VIII se puede hablar de una «Nápoles bizantina» y de este período la leyenda habla de una visita de San Pedro a Nápoles, camino de la Roma, que sería su perdición...; y del martirio, en Pozzuoli, de San Genaro, que se merece capítulo aparte. Pasaron los godos, y volvieron los bizantinos. A mediados del siglo VIII, Nápoles contaba con cuarenta mil habitantes, bilingües más o menos casi todos. Fueron tan hábiles los napolitanos ya en aquella época que consiguieron una autonomía real del Imperio, sin tener que enfrentarse abiertamente a Bizancio. El mérito fue del duque Esteban II, que reconoció la autoridad del pontífice, pero se hizo elegir obispo de Nápoles y además se aseguró para sí y la familia el poder ducal. Aseguran que la época del ducado autónomo fue la época más gloriosa de la historia de Nápoles, pero ya se verá que «épocas gloriosas» las hubo

para todos los gustos. Con las armas y con la dialéctica, los duques, que sustituyeron la lengua griega por la latina, afrontaron la amenaza sarracena y vivieron momentos inolvidables, venciéndoles por tierra y por mar. Floreció el comercio con el mundo árabe posteriormente, tanto en importaciones como en exportaciones, y todo hubiera ido sobre ruedas de no ser por las rencillas y rivalidades surgidas entre las mismas familias napolitanas. Los enemigos del duque Sergio IV llamaron en ayuda al príncipe lombardo Pandolfo IV, residente en Capua, y todo se desarrollaría como un serial televisivo norteamericano al uso.

El duque prófugo termina encontrando cobijo en casa de su hermana, viuda, en Gaeta, a la que casa con un aventurero normando, Rainulfo Drengot, que como tantos otros normandos había venido a estas tierras, llenas de sol y riquezas, como «soldado de fortuna». El duque recuperó, con ayuda de gaetanos y normandos, Nápoles, pero cometió un error: en el año 1030 donó a su cuñado Aversa, que se halla cerca de Nápoles —entre la ciudad y Caserta, en el camino de Roma— y las tierras limítrofes, creyendo que de esta manera frenaría a los odiados lombardos, pero lo que nadie frenó es a los normandos, que comenzaron a llegar atraídos por la buena suerte de sus paisanos y porque en su tierra se aburrían soberanamente cuidando vacas. Entre los recién llegados se contaban los doce hermanos de Tancredo de Hauteville. El sexto, el más listo, emprendedor y ladrón, Robert Guiscard, robó en Calabria todo el ganado que quiso y se erigió en dueño y señor de todo el sur. El papa León IX, asustado, se le enfrentó en Civitate, el año 1053. Fue derrotado y cayó prisionero. Los normandos, muy devotos, le pidieron su bendición, le dejaron en libertad y siguieron saqueando. Seis años más tarde, el papa Nicolás II, pensando que aquella gente tan bruta pero tan religiosa le podría ser de gran utilidad, invistió a Roberto «por la gracia de Dios y de San Pedro, duque de Apulia y de Calabria y en el futuro, de Sicilia». Habilísima jugada, que llenó de satisfacción al antiguo ladrón de ganado, legitimaba el gobierno normando... y forjaba los cimientos de la siempre perenne reivindicación papal de la soberanía del sur de Italia y Sicilia. Sería el más pequeño de los hermanos, Roger, el que conquistara la isla a los sarracenos. En 1130, Roger II, con el visto bueno papal, es coronado rey de Sicilia, uniendo los territorios conquistados por su padre y por su tío. Todo fue muy bien hasta que al morir, en 1189, Guillermo II no dejó sucesión masculina...

Pero antes, habían pasado muchas cosas en Italia, importantes para Nápoles. Porque Hildebrando, la eminencia gris de León IX, es elegido papa en 1073 con el nombre de Gregorio VII, y trata de imponer al emperador Enrique IV su teoría de que la justicia de Dios debe prevalecer en la Tierra... a través de su persona. Terminó muy mal, en Salerno, cerca de

Nápoles —donde siglos después desembarcarían las tropas aliadas, durante la II Guerra Mundial—, profiriendo antes de morir una frase que ha pasado a la historia: «He amado la justicia y odiado la iniquidad: por eso muero en el destierro». Era el año 1085. Le habían ayudado a escapar los normandos, que acababan de saquear Roma meses antes, llamados por él precisamente.

En el caos que surgió en Europa por la cuestión de las investiduras, Italia, dividida en ciudades-estado, vivió la lucha entre los representantes papales, en la persona de los obispos, y los nobles al servicio del emperador de turno. Fue Federico I, llamado «Barbarroja», el que llega a Italia decidido a imponer su autoridad. Entre batallas y reconciliaciones se forja el destino... de Nápoles. Es una época turbulenta y complicada en que los libretistas de óperas históricas tendrán motivos más que suficientes para dar con tramas «italianizantes». En 1176, la batalla de Legnano —ciudad en la que nacería el atormentado Salieri— entre los caballeros de Federico y las fuerzas de la Liga papal, servirá para que muchos años más tarde Giuseppe Verdi escriba una ópera de juventud... Luego, con Inocencio III, Federico II y los bandos denominados «guelfos» y «gibelinos» que dividieron a Italia, habría tema para creaciones artísticas de todo género. Cuando la causa güelfa triunfa se inicia el reinado de Carlos de Anjou y hace que Francia se convierta durante tres siglos en el poder extran-

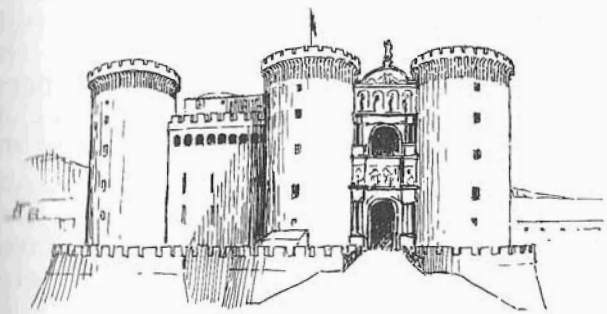
jero predominante en Italia. Hasta este momento, los napolitanos lo pasaron de todos los colores, pero llevando casi siempre la peor parte. Apoyaron a Corradino, que, derrotado por el susodicho en Tagliacozzo, tras un falso proceso, fue decapitado ante los ojos de los napolitanos, en su propia ciudad.

Los napolitanos se resistían al dominio de los normandos. Y sufrieron terribles asedios, hasta que en 1139 se dieron por vencidos. En Benevento, un grupo de napolitanos entregaba la ciudad al rey de Sicilia. Con el fin del Ducado autónomo la importancia histórica de Nápoles disminuyó notablemente. En 1140, con treinta mil habitantes censados, se convierte en el Principado Capuano, dependiendo de Palermo, sede de la gran monarquía normanda. Guillermo I inicia la construcción del Castillo Capuano y las cosas se complican cuando a la muerte del hijo de éste, Guillermo II, los napolitanos, nacionalistas, se definen favorables a Tancredi —Rossini se basará en él para componer la ópera que lleva su nombre— frente al alemán Enrique de Suabia. En vida de Tancredi todo marchó bien, pero al morir éste, Nápoles cae bajo el dominio de la dinastía Suaba. Es la segunda de las dinastías que habrán de conocerle; seguirán la de Anjou, la aragonesa, la de Habsburgo de España y Austria y la Borbónica.

Pero la suerte cambiará de signo para Nápoles porque algo iba a ocurrir el lunes de Pascua de 1282 en Palermo, cerca de una iglesia. Una mujer siciliana es objeto de tratos veja-

torios por parte de soldados franceses, y los sicilianos, hartos, al grito de «¡Mueran los franceses!» inician una tremenda matanza. Comienzan las llamadas «vísperas sicilianas», que al gran Verdi le servirán para escribir una bella ópera, con el mismo título. La caza a los franceses tuvo su base lingüística, ya que obligaban a pronunciar al sospechoso la palabra *cicciero*. La mala pronunciación y el acento delataban al francés, que era liquidado in situ. Carlos de Anjou, con la ayuda de la nobleza siciliana —me hace sospechar que habría algún Lampedusa dispuesto «a cambiar algo para que todo siguiera igual»...—, planta cara, libra batalla, pero lo tiene todo perdido, porque los jefes de la rebelión se habían puesto de acuerdo con el rey Pedro de Aragón, que por ser marido de Constanza, y por lo tanto cuñado de Manfredo, vio la gran ocasión, con su excelente ejército y flota, de meter las narices en Sicilia. Los anjovinos se van de la isla, a Nápoles, y la isla queda en manos del aragonés.

Cuando llega Carlos de Anjou a Nápoles, queda convertida en la capital, sustituyendo a Palermo en esta función. Desde ese momento Nápoles no es parte del «Reino de Sicilia», es de hecho la capital del «Reino de Nápoles», y así se le seguirá conociendo hasta la unificación garibaldina de 1860. Carlos de Anjou será el primer rey de Nápoles, a partir del 2 de septiembre de 1282. Con él la ciudad conoció un gran florecimiento. A los barrios nuevos comienzan a llegar catalanes, marselleses, florentinos, pisanos, genoveses, atraídos por el próspero comercio y las oportunidades. Carlos I construye el famoso Castel Nuovo, en torno al cual surgirá un nuevo barrio, rico, sano y elegante, con bellos palacios y mansiones. Su sucesor, el tercer rey de los Anjou, se encargará de construir el tercer castillo —el primero es el dell'Ovo—, el de San Erasmo o Sant'Elmo, sobre el que se asienta hoy día la famosa fortaleza, convertida en prisión militar.



Castel Nuovo

Pero no todo era paz y felicidad con los Anjou en Nápoles. Hubo revueltas, asesinatos, guerras intestinas sin cuento, especialmente durante el reinado de Juana II, última soberana anjovina de Nápoles, que la convirtió en un caos, con una administración corrupta en manos de sus favoritos y que terminó sin aclararse quién habría de ser su sucesor. Alfonso de Aragón era uno de los candidatos, pero sería finalmente Renato de Anjou el heredero ele-

gido. El aragonés tuvo que luchar siete años, tras la muerte de la reina, para cantar victoria y hacerse con el trono. Había conseguido su sueño dorado: unir las dos partes, la insular y la continental, del antiguo reino de Sicilia. Entró en Nápoles el 12 de junio de 1442 convirtiéndose en Alfonso I de Nápoles. No le fue nada fácil a la dinastía aragonesa imponerse, porque para los napolitanos el término «catalán» era sinónimo de «bárbaro». Pero el fundador de la nueva dinastía, con inteligencia, habilidad y mano dura supo atraerse a sus súbditos. Le suceden Fernando o Ferrante I, hijo natural de Alfonso V, legitimado por el papa en 1444, y nuevamente surge otra guerra civil en Nápoles entre partidarios de éste y del tío Federico. Todo se complica mucho más cuando Francia y España rompen su alianza. Los napolitanos se ven obligados a elegir y favorecen la entrada en la capital del reino del famoso Gran Capitán —por sus cuentas y conquistas— Gonzalo de Córdoba, pensando que era mejor lo malo conocido que los nuevos franceses por conocer. Obviamente, al Gran Capitán le había enviado Fernando el Católico, que en 1506 visita Nápoles, concede una serie de gracias a la ciudad y deja nombrado el primer virrey de la historia de Nápoles: Juan de Aragón, conde de Ripacorsa. Mal empezó y poco duró... Trató de introducir la Inquisición y los napolitanos, unidos esta vez, se opusieron rotunda y contundentemente al proyecto. El primer *round* lo habían ganado, pero el segundo sería de signo adverso, ya que con la llegada del famoso Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, iban a cambiar mucho las cosas... Nombrado virrey por el emperador Carlos I de España y V de Alemania nada menos, Pedro de Toledo era un hombre capaz y con experiencia, al que todavía en Nápoles recuerdan, y no sólo por la famosa vía que lleva su nombre. Cuando llega el 4 de septiembre de 1532 se encuentra con un panorama desolador: un pueblo exhausto por la guerra franco-española, diezmado por la peste; carestía de alimentos; las calles dominadas por los delincuentes y las costas amenazadas por los turcos. Por la noche, era peligrosísimo salir, aparte de que no había iluminación de calles —de hecho, esta situación se remedió el año 1800— y una administración corrompida e ineficaz. Con sus 48 años de experiencia, adquirida en Flandes, afronta todos los problemas: fortifica la ciudad y prepara una expedición contra el temible Barbarroja, que en 1535 había desembarcado en Capri. Toma Túnez y, meses más tarde, Carlos V entra triunfalmente en Nápoles por la Puerta Capuana recibido por don Pedro de Toledo. El acontecimiento lo recuerdan tres bajorrelieves que adornan la tumba de don Pedro en la iglesia de San Giacomo. Cuatro meses estuvo Carlos V en Nápoles. Entre festejos y homenajes tuvo tiempo de promulgar la Pragmática «*De Baronibus*», que intentaba poner freno a los abusos de los feudatarios del Reino. Unos meses más tarde de la partida de Carlos

V a España, en la primavera de 1536, de nuevo atacan los turcos y nuevamente don Pedro organiza otra expedición a Taranto, cuyo éxito le valdría otro bajorrelieve en la sepultura ya citada. Y así prosiguió la vida de don Pedro. Otra intervención suya en Pozzuoli le valdría otro bajorrelieve. Don Pedro tenía un lema, «*prevedendo e provvedendo*», y fiel al mismo, jalonó de torres de vigilancia y castillos toda la costa de la Campania. Los enemigos no eran solamente los turcos y árabes en general, sino los franceses y los napolitanos «contra», que estaban dispuestos a aliarse con el diablo con tal de eliminar a los españoles del Reino.

Sin embargo, don Pedro iba a cometer un grave error: implantar, tras el fallido intento de su antecesor, el Santo Oficio al «uso de España» en Nápoles. Los napolitanos se rebelaron en masa. Téngase en cuenta que «al uso de España» significaba que una sentencia condenatoria comportaba el secuestro de los bienes del culpable. Nobles y plebeyos se levantaron en armas. La sublevación fue violenta y grave. Tuvo inicio en el barrio del Mercado y se extendió por todas las localidades cercanas a Nápoles. Se combatió en las calles, con barricadas, y finalizó el 12 de agosto de 1547, cuando el virrey hizo saber que el Emperador, en Madrid, habiendo escuchado a los embajadores de don Pedro y de los napolitanos, había decidido perdonar a los sublevados, teniendo en cuenta «que la revuelta era contra la Inquisición y no contra el Emperador». Tras la salo-

mónica respuesta, el sangriento balance: 600 muertos españoles y 112 heridos; 200 muertos napolitanos y 100 heridos. Veinte edificios, casi todos emplazados en la rua Catalana, fueron incendiados.

Tras el incidente inquisitorial, don Pedro iba a tener mayor éxito con la promoción de obras públicas y edificaciones en general. Ordenó construir murallas y fortificaciones adecuadas, y sobre todo inició la famosa calle que lleva su nombre, Via Toledo. Así se llamó hasta que el 20 de septiembre de 1860, con la unidad italiana, se le cambia el nombre por el de Via Roma. Pero los «napolitanos de Nápoles» jamás dejaron de llamarla Via Toledo. Finalmente, el 13 de mayo de 1974, el Ayuntamiento, por disposición oficial, volvió a rotularla Via Toledo. Evidentemente, cuando se construyó no era lo que es ahora, es decir, una calle muy concurrida, con numerosos comercios y oficinas, y tráfico espantoso y caótico. Se necesita mucha paciencia para avanzar con el coche o en los autobuses públicos. Pero la Via Toledo marcó el eje de una zona, de un barrio, destinado a hacerse tristemente célebre, los *quartieri spagnoli*, que resulta obligadísimo visitarlos... de día.

Don Pedro de Toledo murió en Florencia, y no en Nápoles, ya que por mandato de su señor el Emperador, tuvo que trasladarse por mar a Livorno, en pleno invierno, para combatir una rebelión en Siena... Tenía 63 años pero no se negó... Sus restos reposan ahora en

Nápoles, en la citada iglesia de San Giacomo.

Los sucesores siguieron la línea marcada por don Pedro. Es decir, con autoridad casi absoluta, a pesar de la existencia de un Parlamento, compuesto por barones y representantes de la ciudad y de localidades importantes de la Campania. El Parlamento estaba encargado de aprobar «los donativos» solicitados por el virrey, donativos que eran proporcionados por los ciudadanos en las partes acordadas. El conde de Lemos inició la construcción del Palacio Real, hacia 1600, según el proyecto del famoso Fontana, en espera de la visita del rey Felipe II, que finalmente no llegó... Su hijo, Pedro de Castro, aprobó en 1610 la construcción de la famosa Universidad «degli Studii», con un estatuto que tomó como modelo el de la Universidad de Salamanca... Con el tiempo, se convertiría en lo que hoy es el Museo Nacional, por deseo de Carlos de Borbón.

De Pedro de Toledo a Rodrigo Ponce de León, duque de Arco, la lista de virreyes asciende a veinticuatro nada menos. Y al llegar a este último, algo muy grave va a ocurrir en Nápoles: la revuelta de Masaniello el 7 de julio —San Fermín— del año 1647. Para los napolitanos, Masaniello es el símbolo de la insurrección popular contra la dominación española. En la actualidad, junto a la Plaza del Mercado, se alza una gran plaza a él dedicada.

Tommaso Aniello, apodado «Masaniello», fue el instrumento elegido por Giulio Genoino para sus fines. Durante dos meses el pueblo napo-

litano se hizo dueño de la ciudad, con Masaniello al frente. Después, la revolución se «desvió» por la intervención de la nobleza y la aventura degeneró en una «república independiente», que puso fin —un fin dramático para Masaniello, que murió apuñalado a manos de los sicarios— la llegada de Juan de Austria, hijo natural predilecto del rey de España Felipe IV, el 19 de octubre de 1647, con una numerosa flota. Dispuso que el pueblo abandonara y entregara las armas y que el castillo de Sant'Elmo en el futuro estuviera confiado exclusivamente a las tropas españolas.

Otro Juan de Austria, hijo natural del emperador Carlos V, había estado en Nápoles setenta y seis años antes recogiendo en la iglesia de Santa Clara el estandarte bendecido en Roma por el papa Pío V y el nombramiento de generalísimo —título siempre codiciadísimo en España— de la flota aliada, es decir, de la Liga —contra los turcos, que fueron derrotados en Lepanto.

Transcurridos ocho años de la rebelión de Masaniello, Nápoles conoce una tragedia de mayores proporciones en pérdidas humanas: la peste, que en seis semanas se cobró más de cuatrocientas mil víctimas. Muchos años habrían de pasar para que Nápoles y sus habitantes se repusieran de esta terrible catástrofe. A pesar de todo, los nobles sacaron tiempo para conspirar contra la corona española, tramando una conjura, denominada del «príncipe Macchia», que tenía como finalidad fundar un

reino independiente en la persona de un joven archiduque austríaco. Pero esta vez, el pueblo, desengañado tras la revuelta de Masaniello, reaccionó en contra, es decir, a favor del virrey, esta vez asumido en la persona del duque de Medinaceli. Antes, el año 1693, hay que registrar un grave terremoto que asoló la ciudad, siendo virrey Francisco de Benavides, conde de San Esteban. En 1702, por fin, un Borbón visita la ciudad: Felipe V, siendo acogido con gran entusiasmo.

Tras un período incierto, motivado por la guerra de sucesión española, Nápoles tendrá por monarca a Carlos de Borbón. Desde 1734 a 1759, año en que abdicó para convertirse en Madrid en Carlos III, rey de España, la ciudad partenopea vivió años de esplendor y de gloria. Cuando se fue, Nápoles perdía y Madrid ganaba un excelente monarca. Por ello la capital española, agradecida a Carlos III, conmemora en 1988 el bicentenario de su muerte, acaecida el 14 de diciembre de 1788, con numerosos actos. De haberse quedado en la ciudad partenopea, algo más que sus inolvidables construcciones recordarían ahora los napolitanos, porque con Carlos III estalló... la Ilustración. Es Madrid especialmente la que debe agradecer a Carlos III la construcción de nuevas carreteras y paseos, el empedrado, el alumbrado público, la limpieza y adecentamiento de sus calles, la Cibeles, el Jardín Botánico, el Museo del Prado, el Observatorio Astronómico, el Hospital General, Academias y Cuarteles, como el

del Conde Duque; la casa de Correos o Aduana, hoy ministerio de Hacienda... y la expulsión de los jesuitas.

Pero antes de hacer todo esto, en Nápoles dejó el Palacio Real ampliado, el Teatro San Carlos, la Residencia de Capodimonte, el «Albergue de los Pobres», la Biblioteca y el Museo, hoy «nacionales», e impulsó las excavaciones arqueológicas en Pompeya y Herculano. Esto es lo que ven ahora los ojos de los turistas, pero impulsó también una tarea reformista, de tanto valor o más que el de lo construido. Cuando Carlos III marchó a España nombró virrey al marqués de Tanucci —dada la minoría de edad de su hijo Fernando—, que supo cumplir con la línea reformista ya iniciada. Afrontó el problema clerical con un concordato con Roma, que obligaba al clero a pagar la mitad del total de los impuestos pagados por los seglares; con cautela trató de resolver el problema feudal, expulsó también a los jesuitas del Reino de Nápoles, como ya lo había hecho su rey en España, y alivió la situación del campesinado. La lista se haría larguísima. Desgraciadamente, Tanucci se retiró en 1776 y Fernando y María Carolina, una mujer dominante y autoritaria, se dedicaron a cazar y a divertirse, descuidando los asuntos del gobierno, cosa que les aburría soberanamente. Faltaba una década para que en Francia estallara la Revolución y en Versalles sucedía algo parecido.

También en España «el impulso progresista

apenas si sobreviviría al rey —señala Carlos Martínez Shaw— pues al año siguiente de su muerte el estallido de la Revolución francesa provocaría el pánico de Floridablanca, el repliegue del equipo gobernante asustado por el proceso revolucionario que comprometía seriamente el futuro de la política reformista».

El Reino de Nápoles igualmente iba a conocer una historia paralela. Se da un fenómeno muy parecido en ambos reinos. Cuando estalla la Revolución francesa, las ideas de libertad e igualdad prenden en los intelectuales italianos a través de agentes franceses que preparan el derrumbamiento del sistema absolutista a través de las logias masónicas. En Nápoles, con una cultura nada provinciana, abierta a todas las modernas corrientes —citaré solamente cuatro nombres: Galiani, Pedro Verri, Pedro Genovesi y el marqués de Beccaria—, se gestó una profunda corriente liberal y enciclopedista. En diciembre de 1792 la realidad de la Revolución se hace presente en la ciudad con la llegada de una escuadra francesa que fuerza al rey al reconocimiento de una estricta neutralidad. Los jacobinos napolitanos se exaltan con esta presencia. Poco después los reyes y monarcas de Europa luchan contra Napoleón... incluido el rey Fernando de Nápoles.

En la ciudad, en la embajada británica, vive un matrimonio «de película»: sir William Hamilton y esposa, más conocida como «lady Hamilton». Es la amante de Nelson, que acaba de destruir la flota francesa en la batalla del Nilo.

De él se dice que es íntimo amigo de la reina napolitana María Carolina. De este curioso cuarteto —«en la cama se hacen extrañas amistades»— surge la decisión final del rey Fernando de enviar su ejército a Roma para expulsar a los franceses. Todo resulta muy fácil, porque el general francés se retira de la Ciudad Eterna. Estrategia pura. Al cabo de unos días regresan, contraatacan y los napolitanos se retiran en desorden y desmoralizados. Nadie se dio más prisa en la huida que el rey. Acompañado por la reina y sus bienes, en un navío británico, se dirigen a Sicilia. En Nápoles, los *lazzaroni* luchan fieramente contra las tropas francesas, pero al final tienen que rendirse.

Curiosa esta similitud histórica, la de los pueblos napolitano y español, que luchan contra el invasor francés, mientras sus reyes huyen o caen prisioneros. Establecido el orden, el reino de Nápoles pasa a convertirse en la llamada «República Partenopea». Si en España los «afrancesados» se las prometían felices, soñando con una Constitución a la francesa, liberal y progresista, algo parecido imaginan los intelectuales napolitanos. Pero cuando los ejércitos de Napoleón empezaron a retirarse de toda Europa, llega la reacción. En Nápoles fue en extremo brutal y cruel. El rey Fernando, desde Sicilia, envía al cardenal Fabrizio Ruffo con plenos poderes. El pueblo lo tiene de su lado. Constituye el llamado «Ejército de la Fe», los «Sanfedistas», compuesto por soldados mercenarios, campesinos y ladrones. En sus filas for-

mó el famoso bandido «Fra Diavolo» —el compositor francés Daniele Auber compondría una famosa ópera en su honor y los cómicos Stan Laurel y Oliver Hardy rodaron una divertida película con sus gestas y aventuras—, que terminaría siendo hecho prisionero por los franceses y ahorcado en la Plaza del Mercado, plaza en la que han muerto ajusticiados innumerables napolitanos. Los republicanos libraron la batalla, haciéndose fuertes en el Castillo Sant'Elmo. Firmaron una honrosa derrota, que les permitía disponer de un salvoconducto para alcanzar Marsella, pero Nelson interviene a última hora y considera que no existe tal pacto, a pesar de que el cardenal Ruffo lo había firmado en nombre del rey. Nelson presionó para que el almirante Caracciolo, jefe de las fuerzas republicanas, fuese ahorcado. Más de un centenar de prohombres napolitanos fueron ajusticiados, otros ahorcados o fusilados; doscientos veinte condenados a galera perpetua y otros trescientos doce temporalmente a igual pena. Otros cientos fueron desterrados. Había acabado el sueño en Nápoles. Algo parecido ocurrirá en España con la llegada de Fernando VII, años después...

Pero Napoleón no había dicho todavía su última palabra. En 1806 decide enviar un ejército al Reino de Nápoles y nuevamente el rey Fernando y su corte se apresuran a coger el primer barco para Palermo.

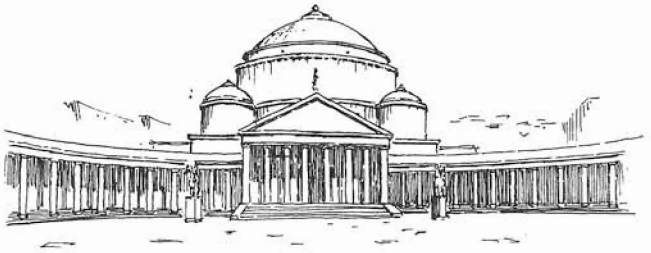
El 14 de enero entraban en Nápoles, al frente de cuarenta mil soldados, el hermano de Napoleón y el general Masséna. No encontraron resistencia. Al mes siguiente, José era proclamado rey de Nápoles y Nápoles vivió un período de paz y orden. Pero al igual que ocurrió con Carlos III, vuelve a suceder con José. Su hermano le ofrece el trono de España y acepta, obviamente, ignorando que le terminarían apodando «Pepe Botella». En Nápoles le sustituye el general Joaquín Murat, su cuñado, y por lo tanto, todo quedaba en la familia. En Nápoles guardan un buen recuerdo del decenio bonapartista, gracias a los dos personajes citados, y de lo que ordenaron construir: el Jardín Botánico, el Conservatorio de Música de San Pietro a Majella; el Observatorio Astronómico; el Banco de San Giacomo y de Nápoles, resultante de la fusión de siete bancos primitivos; el primer telégrafo; la maravillosa carretera que conduce a Posillipo, la de Capodimonte; instituciones pedagógicas, la Sociedad Real...

Con la caída de Napoleón todo se vendría abajo, pese a que Murat soñó con reunir a toda Italia bajo su bandera. Derrotado por los austríacos, huye a Francia, donde el Emperador se niega a verle, y vuelve a Italia, donde es capturado y fusilado en Pizzo, tras haberse visto obligado antes a abdicar.

Tras el Congreso de Viena, donde al parecer tanto se divirtieron los asistentes, Nápoles volvió a ser borbónica y el rey Fernando IV asume el título de «rey de las dos Sicilias», tras su segunda restauración, y se convierte en Fernando I. Un año antes había muerto María Ca-

rolina, pero el rey se volvió a casar, esta vez morganáticamente, con la italiana Lucia Migliaccio, duquesa de Floridia.

Faltaban cuarenta y cinco años para que llegara la unidad italiana, y en este tiempo cuatro monarcas borbónicos ocuparán el trono napolitano. Fernando I, Francisco I, Fernando II y Francisco II. Durante su reinado se construye la iglesia de San Francisco de Paula; el primer ferrocarril italiano, con el tramo Nápoles-Granatello, inaugurado el año 1839, y esa maravillosa carretera que arranca en la iglesia de Nuestra Señora de Piedigrotta y asciende hacia el Vomero. Fernando II le puso el nombre de Via Maria Teresa, en homenaje a su segunda consorte. Hoy se llama «Corso Vittorio Emmanuelle». Fernando II muere en su residencia real de Caserta —el Versalles napolitano— el 22 de mayo de 1859. Casi nadie le lloró ni se emocionó cuando su hijo y nuevo rey Francisco II —destinado a ser el último— anunció en Portici que concedía al Reino de Nápoles la Constitución y el Estatuto borbónico que su abuelo y padre habían jurado y abjurado. Cuando entró en la capital acompañado de la bella reina, María Sofía de Baviera, el silencio glacial lo rompieron algunos gritando «¡Viva el Rey! ¡Abajo la Constitución!». Era el grito de una inútil provocación, porque Nápoles callaba... y conspiraba. Muchas cosas habían cambiado en Italia y pronto le tocaría a Nápoles. Garibaldi estaba ya en Calabria y el rey, viendo su causa perdida y las calles adornadas con banderas con la cruz de la casa Saboya en lugar de las flores de lis borbónicas, embarca en Gaeta, con la reina y su séquito. El día siguiente, una fecha histórica —7 de septiembre de 1860—, hace su entrada triunfal Garibaldi. El delirio... En la Plaza del Plebiscito, Mariano de Ayala le abraza y le besa, al grito de: «¡Éste es el beso de cincuenta mil habitantes!». Pero aquellas risas y emociones se helarán al enterarse que las tropas del rey borbónico avanzan hacia Nápoles tras haber infligido una derrota a los garibaldinos en Caiazzo. Pero Garibaldi, al frente de los suyos, presentará batalla en Volturno y, aunque apuradamente, consigue la victoria. Llega Cavour, se organiza el plebiscito, y Nápoles se proclama italiana. Acepta como rey a Vittorio Emmanuelle II de Saboya, que entra en Nápoles el 7 de noviembre de 1860, tras haber dado el abrazo histórico, en Teano, a Garibaldi. Y tras el abrazo y la entrada triunfal, la miserable realidad de todos los días. El rey vuelve a Flo-



San Francisco de Paula

rencia y Garibaldi a su refugio en Caprera. Ha dejado a sus fieles seguidores a su suerte. Muchos garibaldinos no saben qué hacer y se dedicarán a la guerrilla y al bandidaje por su cuenta.

Ahora la historia de Nápoles es parte integrante de la historia contemporánea de Italia, excepto en sus exclusivas epidemias de cólera, de los años 1865 y 1884, y los temblores de tierra y terremotos.

A partir de este momento, contaré su historia de otra manera, más musical y menos pomposa. Lo que he contado, no tiene otra finalidad que la de ir familiarizándole con la Nápoles que voy a recorrer. Cada momento histórico tiene su reflejo arquitectónico y urbano en la ciudad, y el resumen de todo ello quizás esté impresionantemente reflejado en el Palacio Real, en las ocho estatuas colocadas en sendos nichos que discurren a lo largo de la larga fachada que da a la Plaza Plebiscito, frente por frente a la iglesia de San Francisco de Paula. En 1888 se colocaron las citadas estatuas, con los representantes de las diversas dinastías que han reinado en Nápoles desde 1140: Roger o Ruggero Normando; Federico II de Suabia; Carlos I de Anjou; Alfonso I de Aragón; Carlos V; Carlos III de Borbón; Joaquín Murat y Víctor Manuel II de Saboya. Para completar la historia hasta la fecha, bien podrían haberse colocado dos estatuas más, aunque la falta de nichos es el problema: una, la de Mussolini —muy poco querido en Nápoles—, que ocupó el ventenio fascista, y un napolitano normal y corriente, que llegó a ser el primer Presidente de la República italiana, tras el referéndum del 2 de junio de 1946: Enrico de Nicola. El ciclo quedaría así, y por ahora, cubierto y cerrado... Como ya he dicho antes de iniciar el paseo imaginario, me falta referirme a la Nápoles de 1860 hasta hoy mismo. Lo voy a hacer... por napolitanas. Me olvidé contar, en su momento, que cuando Garibaldi entró en Nápoles el pueblo, aparte de besarlo por delegación, le cantó una canción: *Michelemmá*. Ahora sabrán por qué.

III

Pocas veces, quizás nunca, se habrá dado el caso de una ciudad como Nápoles, que pueda reflejar su vida y su existencia a través de sus canciones. Conocerlas, escucharlas, es una manera —una de las maneras, por supuesto— de entender y amar a la bella ciudad partenopea y a sus habitantes. Quizás la más hermosa...

Evidentemente sólo citaré aquellas que conozco entre las más famosas, teniendo en cuenta que de las veinte mil canciones que se calcula existen recopiladas, «sólo» unas quinientas o seiscientas gozan de cierta popularidad. Poseo la letra de ese medio millar de canciones y un centenar de grabaciones discográficas, modestísima colección comparándola, por ejemplo, con la colección del experto napolitano y amigo entrañable, Gianni Cesarini. El gran sueño de Cesarini es convencer a las autoridades napolitanas y de la Campania para fundar un «Museo de la Canción Napolitana», un museo que naturalmente sería cita obligada para todo turista. Pero Cesarini no tiene suerte. Lo curioso del caso es que en Tokio ya existe un museo de tal tipo, aunque no ha de asombrarnos, sabiendo que también existe un Instituto de Estudios Verdianos, dedicado al gran maestro de Roncole. En 1984 Cesarini estuvo a punto de conseguir su bello sueño. La prensa italiana llegó a anunciarlo. «En la

isla de Ischia, en Forio exactamente, "será" inaugurado el primer museo de la canción napolitana», se decía en un artículo publicado en el semanario *L'Espresso* (5 de febrero de 1984) bajo el título de «Nápoles canta, Ischia conserva». Pero, al final, no cuajó el proyecto. Una lástima, porque Cesarini, director *in pectore* del Museo, había heredado la vieja idea de Ettore de Mura, autor de una monumental enciclopedia de la canción napolitana, quien falleció en la víspera de la Navidad del año 1977 sin ver su sueño hecho realidad... A él y a Molinaro del Chiaro hay que acudir siempre al hablar de la canción napolitana.

Dos mil canciones y poesías napolitanas; veinte mil partituras para canto, piano y mandolina; mil fascículos de los festivales de Piedigrotta; cinco mil discos de 78 revoluciones; una valiosa colección de cintas con grabaciones rarísimas, trescientos discos LP con interpretaciones de cantantes de ayer y de hoy, de Murole a Pino Daniele... Todo está dispuesto, pero no hay dinero. Éste es el sino de Nápoles. Lo que Marotta llama «el oro de Nápoles» no son más que la paciencia y la resignación ante las adversidades...

Quien ama la canción napolitana, en cuanto llega a la ciudad partenopea siente la gran tentación de dirigirse al barrio de Santa Lucia. Es natural. Yo siempre lo hago. Precisamente en Via Santa Lucia, en el número 56, hay una acogedora y modesta pizzería, Da Ettore, a la que todas las noches acude un *posteggiattore* joven,

que entona con voz queda y su guitarra canciones que desconocía, a diferencia de los *posteggiattori* que acuden a los tradicionales restaurantes de dicho barrio —el Zi Teresa y La Bersagliera entre otros— situados en la pequeña dársena junto al Castel dell'Ovo, en Via Partenope, frente por frente al Hotel Excelsior, que en el film *Maccheroni* localizaba el alojamiento de Jack Lemmon. Precisamente en uno de los citados locales se situaba una escena del film, con Jack Lemmon y Marcello Mastroianni, que toman el pelo a un viejo *posteggiattore.* Siempre han sido para el turista este lugar, estos restaurantes, cita obligada para la cena de la primera noche. Aquí tuve mi primera bronca napolitana, el año 1966, ya que nos empeñamos, mis amigos y yo, en comer una pizza y nos fue negada. No tenían pizzas sino *frutti di mare.* Nos fuimos y desde entonces juré no frecuentar dichos establecimientos, y lo sigo manteniendo...

Los *posteggiattori,* es decir, los cantantes ambulantes, han sido siempre el alma de Nápoles, al igual que los organilleros. Pero unos y otros han ido desapareciendo, muriendo, lenta e inexorablemente.

En Santa Lucia nació la canción quizás más célebre de todos los tiempos: *Santa Lucia; Sul mare luccica l'astro d'argento...* fue transmitida, en este barrio de pescadores, de padres a hijos, de generación en generación, en dialecto napolitano hasta que el año 1850 Cottrau asumió su paternidad al transcribirlo al idioma italiano. No hizo otra cosa que darle una cuadratura musical en la transcripción, pero ganó mucho dinero.

Posiblemente a este barrio marinero, al igual, pero mucho antes, que Cottrau, venía también el pintor, poeta, músico y cantante Salvatore Rosa, al que se le atribuye otra canción, famosísima también, quizás la más antigua de todas: *Michelemmá.* Precisamente la película *Carrusel napolitano* arranca con esta canción su nutrida antología. Refleja su letra el drama de amor vivido por una pareja de enamorados por culpa de las invasiones sarracenas. El novio se va a pescar, llegan los sarracenos, la muchacha es sorprendida por los moros y violada. Luego se suicida. Fue ésta —como decía— la canción interpretada la noche del 7 de septiembre de 1860 por un gran coro cuando Garibaldi hizo su entrada triunfal en Nápoles. Con ella quisieron decirle lo mucho que le querían, aunque quizás intuyesen que sería un amor imposible. Y lo fue...

Para el crítico Enrico Pessina, «los primeros destellos de canciones, en Nápoles, se remontan a los tiempos de los aragoneses, en el siglo XVI. Aparecieron en una forma primitiva que al desarrollarse alcanzaron un esquema bastante semejante al actual. Ejemplo típico de lo dicho es *Michelemmá,* que se remonta a 1600». De esta época son también *Dime'na vota si* y *La Ricciolella,* de autores anónimos.

Sto core mio, de Orlando de Lasso, y *No pulece,* de Donato Baldassara, son dos «villanes-

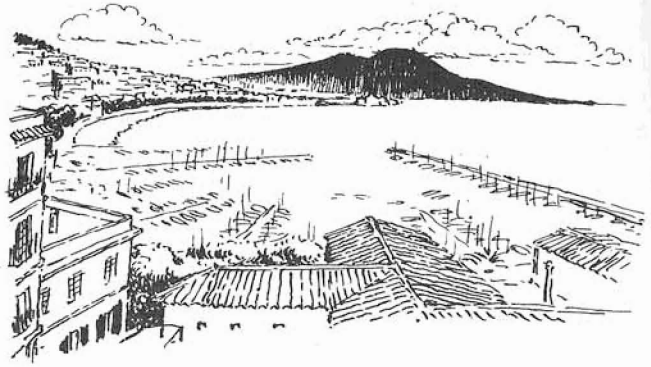
cas» del siglo XVI, que dan una idea exacta de lo que era la canción napolitana en aquella época. Pero anterior a todas ellas, y quizás a la misma *Michelemmá*, sea el *Coro de las lavanderas del Vomero.* Muy populares lo fueron también *La scarpetta, Graziella* y *Lo Guarracino,* canción anónima, pero que fue la primera en introducir el ritmo de «tarantella», una danza que tiene su origen en Puglia y que ofrece muchas modalidades, siendo la «tarantella sorrentina» la más conocida.

Más tarde, compositores de renombre, como G. B. Pergolessi, el ya citado Orlando de Lasso, Leonardo Vinci, Federico y Luigi Ricci, Saverio Mercadante y otros, introdujeron en sus óperas —bufas, líricas...— romanzas destinadas a alcanzar un éxito estimable. Pero todas ellas quedarían borradas ante una maravillosa romanza compuesta por Gaetano Donizetti, con versos del poeta Raffaele Sacco, *Te voglio bene assaie,* (*Te quiero mucho*). Interpretada por primera vez el 7 de septiembre de 1835 en casa del autor de la letra, hay quienes sostienen que con ella empieza la verdadera y gran canción napolitana. Benedetto Croce y Salvatore di Giacomo se ocuparon de la misma y todos están de acuerdo en que es la primera tentativa de imprimir un nuevo carácter al canto popular, confiriéndole una individualidad destacada. Es decir, que «lo liberaron del contexto operístico haciéndolo autónomo por completo como expresión de arte», en palabras de Giovanni Sarno.

Otra bellísima canción, atribuida a Vincenzo Bellini —dado que en su ópera *La sonámbula* se incluye en la romanza del tenor «Elvino», con notables reminiscencias de la misma—, es la titulada *Fenesta ca lucivi e ma non luci,* que amo de manera extraordinaria, en la estupenda versión de Enzo de Muro Lomanto... Parece ser que la melodía es de origen siciliano y que existen de la misma cincuenta versiones. Bellini se sirvió de ella, cuando era estudiante del Conservatorio de Nápoles, para su afortunadísima transcripción operística. Muchos años más tarde, y guardando las distancias, el compositor operístico y cinematográfico Nino Rota se serviría de otra vieja melodía siciliana para la banda sonora del film *El Padrino.*

Subir a la cima del Vesubio resulta siempre emocionante. Ya no exhibe aquel penacho que invariablemente aparece en litografías, grabados y pinturas de épocas pasadas. Desapareció hace cuarenta y cinco años. Existen dos carreteras que conducen hasta la mitad del camino. Una de ellas deja ante un telesilla, pero es más poético hacer el último tramo a pie por un sendero asentado en lava y en medio de un paisaje impresionante. Lo llevé a cabo una vez, en compañía de mis hijos y un viejo amigo italiano, Alvaro Zerboni, entonces director del *Play Boy* italiano, al que jamás se le había ocurrido hacerlo —como a tantos otros— dejando a medio camino el coche. El guardacoches nos había dicho retadoramente, observando el deplorable aspecto físico del padre y

del amigo: «Se tarda en la subida de viente a treinta minutos... normalmente». El menor de mis hijos, que es corredor de fondo, echó a



Vista del Vesubio desde Mergellina

correr con el ánimo de batir un récord. Mi amigo y yo nos abrazamos emocionados al llegar a la cima y al borde del cráter, media hora más tarde. Se disipó la niebla y el espectáculo resultó incomparable. La bahía de Nápoles, con Capri, Sorrento y la ciudad al fondo, entre brumas y contaminaciones... ¡Qué belleza! Aquí, con una canción dedicada al funicular inaugurado el 6 de marzo de 1880, se puede decir que empezó la apasionante historia de la canción napolitana moderna.

Todavía se puede descubrir alguna traza del recorrido que hacían los dos vagones del tren funicular, bautizados con los nombres de «Vesubio» y «Etna». Se había creado para su explotación la denominada «Société anonyme du

chemin de fer funiculaire du Vesuve», y todos creyeron que sería un buen negocio. No fue así. Las acciones fueron vendidas a muy bajo precio a la Thomas Albert Cook and Son, de Londres, los mismos que inventaron y explotaron los «vagones coches cama». ¿Qué había sucedido? Algo muy simple: los napolitanos, muy supersticiosos, se resistían a subir a la cima. Consideraban una profanación el invento. Era como quitar poesía al monte. Lo mismo que si hubieran construido un funicular al Monte Olimpo en Grecia... en los tiempos de Platón.

Era necesario hacer algo, una campaña publicitaria, «una promoción en los medios de comunicación social», que dirían ahora los expertos y técnicos publicitarios.

Y entonces sucede algo increíble. Un famoso periodista italiano de la época, Peppino Turco, y un compositor de prestigio, Luigi Denza, crean una canción para el Festival de la canción de Piedigrotta de aquel año de 1880. Su título: *Funiculí, funiculá...*

Los festivales de la canción de Piedigrotta habían sido resucitados, cuatro años antes, en 1876, por iniciativa de un grupo de periodistas napolitanos. Resulta obligadísimo hablar de la Fiesta de Piedigrotta al referirme a la canción napolitana. Etimológicamente, «Piedigrotta» significa «al pie de la gruta», y parece referirse a las grutas que hay en Posillipo y que servían como lugar de reuniones para ceremonias rituales y orgías de todo tipo. Algo así como las

grutas o cuevas de Zugarramurdi, en nuestra Navarra, donde se reunían en «aquelarres» las «sorguiñas» o brujas. En Posillipo no había «aquelarres,» sino auténticas bacanales, de las que da cuenta Petronio en su *Satyricon*. Cuenta la leyenda que, a finales del siglo I, algunos cristianos destruyeron un ara pagana, que se hallaba en una gruta, y en su lugar erigieron una capilla dedicada a la «Virgen de la Serpiente», llegándose a convertir en un centro de devoción que culminaba anualmente en la festividad de la Natividad de María, el 8 de septiembre. En el siglo XIII, la capilla se transforma en iglesia y adopta el nombre de «Madonna de Piedigrotta». Convertido en centro de peregrinaciones, devociones y escenario de algún milagro que otro de menor cuantía, a partir del 8 de septiembre de 1528 —cuando la flota francesa que asediaba Nápoles se ve obligada a capitular y los napolitanos, ante la coincidencia de fechas, empiezan a gritar ¡milagro!— es cuando, ante tal acontecimiento histórico, se convierte en «fiesta solemnísima». Desde ese año será una gran fiesta popular, donde lo religioso va siendo olvidado o relegado a un segundo plano. Por otra parte, los reyes de la dinastía Borbón, que ocupaba el trono de las dos Sicilias, alentaron esta fiesta y añadieron desfiles militares.

Pero lo que se hacía en la fiesta de Piedigrotta era cantar, sobre todo, y hay quien asegura que la primera canción que lanzó Piedigrotta fue la citada *Te voglio bene assaie*, en

la noche del 7 de septiembre de 1835. Posiblemente no ocurrió así, pero resulta bonito. Pero sigamos con *Funiculí, funiculá*, que esto sí que es historia real y contrastada.

Aquella música trepidante, con esas estrofas que dicen: «*Né... jammo: da la terra a la montagna ino passo nc'e; Se vede Francia, Proceta, la Spagna Io veco a tte*», para terminar con el famoso ritornello que medio mundo ha cantado, «*¡Jammo, jammo, ncoppa jammo, já... funiculí, funiculá!*», hizo que en un año se vendieran un millón de partituras editadas por la famosa Casa Ricordi, la gloriosa firma milanesa que había establecido una delegación —con mucha vista comercial— en la capital partenopea... La revolución «industrial» había llegado a la canción napolitana, y esto iba a suponer el inicio de su etapa de oro, de un medio siglo prodigioso, de canciones.

Era una especie de «revolución cultural... a la napolitana», un milagro real para una ciudad decrépita que moría en la miseria y en el olvido, tras un glorioso e histórico pasado. Cuando Giuseppe Marotta, el siempre citado autor de *El oro de Nápoles*, murió, confesó su último deseo: que sonaran las notas de *Funiculí, funiculá...*

Pero ya no iba a ser el pueblo, el poeta anónimo, el compositor aficionado, quien cantara, al aire, sus canciones. Toda una generación de poetas, periodistas, escritores y compositores se lanzaría a la aventura de la canción, ávidos

de fama, prestigio... y dinero, claro está, empezando por don Salvatore de Giacomo.

En la calle San Pasquale a Chiaia, cerca de Riviera di Chiaia y de los Jardines de la Villa Comunale, hay una casa con una lápida que dice: «El 5 de abril de 1934 cesaba de latir, en esta casa, el corazón de Salvatore de Giacomo, pero queda el canto inmortal...». Cincuenta años más tarde, el entonces alcalde de la ciudad, Picardi, descubría solemnemente la referida lápida. Era la culminación de un tardío reconocimiento a sus méritos, porque los estudiosos y especialistas hacía tiempo que habían señalado unánimemente que la historia de la canción napolitana se divide en dos partes: antes y después de Salvatore di Giacomo. Es por lo que se habla habitualmente de una etapa «predigiacomina» y otra «post». Antes de 1880 y después...

En un tórrido día de verano de 1881, es decir, al año siguiente del triunfo de *Funiculí, funiculá...*, se va a producir, en un café, un encuentro muy importante para la historia de la canción napolitana. Al compositor Mario Costa le es presentado un joven periodista del *Corriere del Mattino*. Su nombre: Salvatore di Giacomo. Para Piedigrotta ha escrito una canción, *¡Nanní, me dimme ca sí!*, que la habían rechazado antes Caracciolo y Denza, el del funicular. La canción será un gran éxito —la recuerdo en el film *El oro de Nápoles*, de Vittorio de Sica, en la historia protagonizada por Silvana Mangano—, iniciando de esta manera el llamado período de oro «digiacomiano», que transcurrirá de 1880 a 1914. Junto a estos dos habría que añadir los nombres de compositores tales como Vincenzo Valente, Francesco Paolo Tosti, Caracciolo, De Leva, Di Capua, Gambardella, Buongiovani, Costa y un elenco de letristas ilustres como Galdieri, Capurio, Russo, Bovio y —¿por qué no?— Gabriele D'Annunzio. Sí, el mismísimo Gabriel, que escribió, medio en broma medio en serio, dicen que por una apuesta en el Gambrinus, una de las canciones más bellas que se conocen, *A vuchella*, dificilísima de cantar, ya que el acompañamiento musical de Tosti es prácticamente inexistente. La recuerdo cantada por Mario Lanza en *El gran Caruso*, pero hay versiones muchísimo mejores, por supuesto, como las de Enrico Caruso y Fernando de Lucia.

Doscientas cincuenta canciones escribió Salvatore di Giacomo para diferentes compositores a lo largo de su dilatada vida. Solamente tres veces usó la palabra «Nápoles» y una sola vez «Vesubio». Suyas son *Napulinata*, inmortalizada por el tenor Fernando de Lucia y Tito Schipa; *A frangetta*, otro éxito popular como *Oje Carulí*. Más ambiciosa y cosmopolita resultaría *Era de maggio*, a la que siguieron *Catarí*, —que no hay que confundir con *Cuore ingrato*, que arranca con «*Catarí, catarí, perché me dice sto parole d'amore...*»—, *Luna nova*, *Munasterio* —que tampoco tiene nada que ver con otra célebre canción mucho más moder-

na, *Monasterio de Santa Clara*, a la que ya me referiré— y *Primmavera*.

De todos modos, de este somero análisis de la producción de Salvatore di Giacomo me he reservado dos, las más famosas, que amo con especial intensidad: *E'spíngole frengese* y, ¡cómo no!, *Marechiare*. Traducida a casi todas las lenguas del mundo, incluido el latín, Di Giacomo escribió la letra ¡sin haber estado jamás en el escenario! «*Quanno sponta la luna a Marechiare, pure li pisce nce fanno all'ammore...*» («Cuando brilla la luna en Marechiaro, hasta los peces hacen el amor...»). Y sigue diciendo la canción que en Marechiaro hay una ventana y a la misma se asoma una muchacha, Carulí, es decir, Carolina en castellano.

Dado el éxito arrasador de la canción, hubo que construir años más tarde una ventana en un restaurante de Marechiaro, aunque Carulí, evidentemente, no apareció por ninguna parte. Ahora, la ventana tiene una lápida y es visita obligada de todo turista que se precie de romántico. Elijan un día tranquilo y soleado, un día laborable. La última vez que visité Marechiaro y su ventana, en un restaurante próximo se celebraba una boda atronadora. La música rock napolitana, servida por guitarras eléctricas, batería y teclados, rompía con el presumible encanto del lugar. Una lástima. Mi amigo Cesarini observa en las notas musicales de Tosti una derivación árabe, y le recuerda un antiguo canto popular medioriental articulado sobre un motivo muy parecido al utilizado

por Tosti en *Marechiare*. Decenas de grandes cantantes han grabado la famosa canción, pero personalmente me quedo con la versión del inolvidable Tito Schipa.

Por lo que respecta a *E'spíngole frengese*, nuestro bailarín Antonio, en la película tantas veces citada *Carrusel napolitano* la cantaba pregonando su mercancía, es decir, alfileres franceses. Evidentemente su voz estaba doblada, lo suyo era bailar.

No seguiré citando más canciones de Salvatore di Giacomo. Pero hagámosle justicia. Fue el primer poeta serio que supo conferir dignidad a la canción napolitana. Con él se integró en la cultura napolitana de su época, y vivió grandes momentos de esplendor, hasta años después de finalizar la Gran Guerra, la I Guerra Mundial.

Salvatore di Giacomo fue el gran artífice de la canción napolitana de autor. La enmarca en la tradición literaria e inicia la construcción del inmenso patrimonio que constituye hoy día para gozo de todos. Di Giacomo canta al amor y a la naturaleza, pero siempre con un toque aristocrático de tristeza y nostalgia. «Todo pasa, todo se olvida», decía y escribió Di Giacomo, y esa expresión define, retrata a todo un pueblo, como el napolitano, que a través de siglos de dominaciones, de sufrir la prepotencia de tantos conquistadores, refleja su vivir y su sentir en sus canciones. La auténtica canción napolitana nunca ha sido alegre. La querían alegre los turistas, y hablaban del país del sol, del

amor, del vino y de la vida. Pero la melancolía y la resignación son los dos sentimientos que subyacen en el fondo de las mejores canciones napolitanas. «Escuchando las canciones más bellas —escribe Gianni Cesarini— entre las escritas —no sólo por Di Giacomo— durante los años 1880 a 1910, es posible penetrar en un cierto espíritu napolitano, nutrido de sentimentalismo, agitado por las pasiones, pero a la postre rico de una consoladora filosofía, "todo pasa y se olvida", uno de los leitmotiv "digiacomianos" que nace de una actitud muy napolitana en lo que respecta a la vida, impregnada de melancolía y de una fundamental capacidad de resignación.»

Y será esta capacidad de Salvatore di Giacomo de comprender el alma napolitana lo que provocará su enorme éxito entre el pueblo, junto a su decisión de «excluir como medio expresivo la lengua italiana, académica y cristalizada a finales del ochocientos, confiando su poesía a la lengua napolitana, más dúctil y viva, la que hablaban todos en torno suyo, una lengua que la sentía como suya y dominaba con gran naturalidad», añade Cesarini.

Ciertamente las doscientas canciones dejadas por Di Giacomo constituyen una contribución inigualable para el mejor conocimiento de su personalidad y para la comprensión de la Nápoles de hace cien años, y del «período de oro de la canción napolitana». Es la Nápoles que hubiera querido vivir sin lugar a dudas.

Lo tengo muy claro. No llegué a Nápoles con veinte, treinta o cuarenta años de retraso. Exactamente fueron cien años de tardanza. Lo pienso cada vez que voy a Nápoles y me siento en la terraza del famoso café Gambrinus, ahora en decadencia, con una clientela variopinta: familias de clase media en salidas sabatinas o domingueras: secretarias y personal ambiguo; prostitutas de ocasión, gente de la provincia, que se toma un descanso en sus gestiones, turistas despistados... Desde el Gambrinus se divisa el famoso Teatro San Carlos y la Galleria Umberto I. No muy lejos está la redacción de *Il Mattino*, en Via Chiatamone, de toda la vida. El ilustre diario napolitano todavía conserva en su patio central su forma circular, porque el edificio primeramente fue un teatro-circo de variedades. Y en la Gallería estaba el Salón Margherita, que hace años desapareció. Ahora no resulta agradable pasear por la noche por la Gallería... Todos esos puntos citados, teniendo como centro el arranque de Via Toledo, que más tarde se llamaría Plaza de San Fernando para terminar denominándose en la actualidad Plaza de Trieste y Trento, constituían el punto vital, neurálgico, de una Nápoles que jamás volverá, como el París de la *belle époque*... En la terraza del Gambrinus tomaban asiento Ferdinando Russo, Gabriele D'Annunzio, Francesco Saverio Nitti... plumas ilustres de *Il Mattino*, contratadas por una pareja inolvidable, fundadores del diario, Francesco Scarfoglio y Matilde Serao, aunque hay muchas du-

das de que «doña Matilde», feminista a su modo en aquella época, traspasara las puertas del café, dado que no se consideraba oportuno en aquella época que el bello sexo acudiera a tales lugares... incluidos los cafés-cantantes.

En Nápoles, el café-cantante vivió años de gran esplendor. Fue Luigi Stellato su inventor. En 1875 relanza una popular canción, de la que también se desconoce su paternidad, *La Cammesella*, y la transforma en duetto, con música de Francesco Malber. *E levaté a cammesella! la cammesella guernó, guernó*, todo un precedente del *strep-tease* que interpretaba la actriz Nadia Gray en el film *Carrusel napolitano* y a la que años más tarde —en 1960— tuve ocasión de entrevistar —¡en Bilbao!— cuando rodaba la película *María, matrícula de Bilbao*, a las órdenes de Vadja. El año 1880 Stellato cantaba en el Café del Comercio, en la Via del Porto, acompañado de un joven entonces desconocido, llamado Pietro Mascagni. Afirman que *La Cammesella* se remonta a los tiempos de Masaniello. Es la primera canción de un género que los franceses llaman *couplet* y los italianos *estribillo*, es decir, un tema breve, no más de ocho tiempos, que se repite siempre con el mismo refrán. Satirizaban costumbres y personajes de la ciudad y la gente acudía en tropel a escucharlas. Un género que asume un nombre, *machietta*, cuando se convierte en monólogos, dolientes y sonrientes. Su momento de esplendor lo alcanzará en el Salón Margherita y tendrá ilustres servidores, entre

ellos el gran Ferdinando Russo —tiene su calle en Posillipo, cerca de Marechiaro— y Nicola Maldacea.

El Salón Margherita fue abierto al público el 15 de noviembre de 1890 y su denominación era un homenaje de los propietarios, los hermanos Marino, a la reina Margherita. El Salón fue el primer templo de la *belle époque* italiana, y surge un año después del Moulin Rouge parisino y veintiún años más tarde que el Folies-Bergère. Se hallaba en los bajos de la Galleria Umbertina y marcó el cenit de la vida social napolitana de principios de siglo. La buena sociedad napolitana abandona los viejos cafés-cantantes y acude en tropel al acogedor local, con su pequeño escenario, evocado y reconstruido a la perfección en el siempre inevitable film *Carrusel napolitano*. Por la misma desfilaron famosas vedettes internacionales, como Lina Cavalieri, la Bella Otero; Eugenia Fougere; Cleo de Merode; Loje Fuller, la alemana que inventó la «danza del fuego», la bellísima cantante española Consuelo Tortajada y la francesa Armand d'Ary, que popularizó *La frangesa*, una conocidísima canción nacida de la moda imperante en aquella época de cierto peinado femenino.

De todas ellas, Lina Cavalieri fue particularmente famosa. En los años cincuenta se rodó un film en Italia, protagonizado por Gina Lollobrigida y titulado *La mujer más bella del mundo*, que narraba su vida en clave folletinesca. Lina comenzó su carrera artística en el

Circo de las Variedades, un edificio circular en Via Chiatamone, que como ya he dicho es en la actualidad sede del diario *Il Mattino*. De aquí pasó al Folies-Bergère y cuando vuelve a Nápoles en 1900, no lo hará para cantar *Ninuccia* («Se dice que en Toledo hay una rosa...»), sino para debutar en el San Carlos como Mimí en *La Bohème*.

A partir del éxito de *La frangesa*, todas las cantantes serán francesas, españolas, alemanas..., aunque hayan nacido al otro lado de la calle, en los miserables «barrios españoles». Se pone de moda lo exótico, lo cosmopolita. A las vedettes las llaman *sciantose*, traducción de *chanteuses* en napolitano. Un mundo de amores, pasiones, traiciones, adulterios, agitará la vida social napolitana. Una *chanteuse* francesa, Gabriella Bessard, se suicida el año 1894 por amor a Eduardo Scarfoglio, del que había tenido un hijo, delante de la casa del periodista. Una bala en el corazón y un mensaje: «Perdóname, he venido a matarme a tu puerta como un perro fiel».

En el año 1918 estalla en Europa la Gran Guerra, la primera guerra de ámbito mundial. Como en tantos otros países y capitales europeas, la conflagración supondrá un cambio de estilo de vida agradable para unos pocos, miserable para muchos. La *machietta* desaparece lentamente, pero sería injusto no citar a Peppino Villani y Berardo Cantalamessa, entre otros, hasta llegar al gran Eduardo di Filippo, para terminar con el excelente actor Nino Taranto, que la hicieron revivir entre las dos guerras mundiales. La *machietta* es ahora una pieza de museo... discográfico, pero escuchar *Marianni* a Mario Pasqualillo sigue constituyendo un gran placer... al menos para mí.

Entre el público que acudía invariablemente al Salón Margherita se encontraba un joven periodista, Giovanni Gaeta, que aspiraba a llegar a ser un gran poeta. Ignoraba que se convertiría en un famoso letrista de canciones. Su nombre artístico: E. A. Mario. Escribirá, en el transcurso de su dilatada vida, canciones popularísimas, entre ellas una que personalmente adoro, *Santa Lucia luntana*. Será en 1919 cuando componga esta canción, convertida casi en un himno de los emigrantes italianos: «*Partono 'e bastimento. Cantano a bordo: so' napulitane!... pe' terre assaie luntane*». «*Santa Lucia luntana' a te quanta malincunia!*» Durante la guerra mundial escribe una canción patriótica que se convierte casi en un himno nacional: *La leggenda del Piave* con su famoso *ritornello*: «*Il Piave mormoró: Non passa lo straniero!*». Dicen que fruto de un amor no correspondido fue otra canción muy popular: *Vipera*.

Llegado a este punto de la historia de la canción napolitana, no puedo continuar sin citar de una vez por todas una de las canciones más famosas del mundo, una canción que en los Juegos Olímpicos de Amberes del año 1920, la banda de música, al no encontrar la partitura de la Marcha Real italiana, la afrontó con ilusión. Una canción que la entonó en abril de

1961 el cosmonauta soviético Yuri Gagarin, el primero de la historia, desde su nave espacial. Veinte años más tarde la entonó el papa Wojtila en Nápoles, saludando al pueblo napolitano. ¿Quién no ha cantado alguna vez en su vida «*Che bella cosa e'na jurnata 'e sole, n'aria serena doppo na tempesta! Pe'll'aria fresca pare gia na festa...*»? Me refiero, claro está, a *O sole mio*, partitura firmada ahora por Eduardo di Capua y Mazzuchi, ambos compositores. Los versos son de Capurio. La canción no nació un verano, con el sol napolitano brillando en su cenit. Surgió en Odessa, en tierras rusas, en abril de 1898. Estaba Di Capua de gira y aburrido en el hotel, y decidió componer una canción para presentarla a un concurso convocado por el diario *Tavola Rotonda*. No ganó el primer premio, quedó segunda. Di Capua vivió en la miseria y su mujer tuvo que empeñar, en su agonía, el piano. Murió el 3 de octubre de 1917, en el Hospital Elena de Aosta, en Capodimonte, olvidado por todos. En la partitura actual —ya lo he adelantado— su nombre aparece junto al de otro compositor, Alfredo Mazzuchi, que cambió algunas notas del pentagrama para que el editor Bideri se asegurara los derechos de autor. ¡Pobre Di Capua! En su haber tiene otras muchas canciones, pero especialmente quiero destacar dos: *Maria Marí* y *I'te vurria vasá*.

Su viuda, en los años cincuenta, vivía con sus tres hijos en una habitación sin sol en la plazuela de Pontenuovo, con un gramófono re-

galado por la Casa Ricordi. El único lujo que se permitía la familia.

Los versos de *Maria Marí* los escribió en 1899 Vincenzo Russo, que murió tísico a los veintiocho años. Fue un poeta del pueblo casi analfabeto. «*Ah Maria, Marí, quanta suonno ca perdo pe'te ¡Famm'addurmi abracciato nu poco cu te...!*» Traducida a todas las lenguas, nadie se escandalizó cuando un crítico señaló la similitud de su música con un dúo de la ópera *Aida* de Verdi, «*Nume, custode e vindice*». Al año siguiente, en 1900, Russo y Di Capua componen otra obra maestra, *I'te vurria vasá*, que en el Festival de Piedigrotta de ese mismo año quedó en segundo puesto, ex-aequo con otras tres, que nadie recuerda. Cuando murió Russo, el 11 de junio de 1904, dos días más tarde *Il Mattino*, en la sección necrológica general, decía: «Muertos: Barrio del Mercado. Russo, Vincenzo. 28 años. Poeta dialectal». Nada más. Y en el resto de los periódicos ni una línea. ¡Qué tristeza! Años más tarde, cuando exhumaron el cadáver, vencido el plazo legal concedido a quienes no tienen sepultura propia, los sepultureros se encontraron con un macabro misterio. El hueso de una pierna estaba cortado limpiamente y en el cráneo apareció una abertura —una trepanación quizás—, como si se hubieran llevado el cerebro. Nadie ha sabido descifrar el misterio.

Tengo gran cariño también por otras dos canciones, *O marenariello*, de Gennaro Ottaviano, un mozo de almacén de vinos que re-

hízo unos versos de Diodato del Gaizo, musicados por Salvatore Gambardella. Schipa hace maravillas cuando canta: «*Vici'o mare, facimm'ammore a core a core pe nce spassa'*». La canción goza de fama universal, al igual que otra de Gambardella, con letra de Giuseppe Capaldo: *Comme facette mammetta* («*Quanno mammete t'ha fatta, vou sapé comme facette?*»). Una maravilla de letra y música.

Otra canción ineludible e inolvidable: *Torna a Surriento.* Quizás su nacimiento sea tan curioso como el de *Marechiare.* Cuando el jefe del Gobierno italiano, Giuseppe Zanardelli, volvía de un viaje oficial a la siniestrada Basilicata, por culpa de un terremoto el 15 de septiembre de 1902, se detuvo en Sorrento. El dueño del hotel donde se alojaba aprovechó la ocasión para pedirle la construcción de un edificio de Correos «de primera clase». De mala gana, Zanardelli se lo prometió y los hermanos Giambattista y Ernesto de Curtis, para que no se olvidara, le dedicaron una canción de su cosecha en pocas horas: *Torna a Surriento.* Dos años más tarde, el avispado editor Bideri les propuso que cambiaran la letra, para presentar la canción en el Festival de Piedigrotta. Así lo hicieron y a todos asombró una canción que decía en su estrofa segunda: «*Guarda, gua chistu ciardino; siente sie'sti sciure arance...*». Para entonces Zanardelli había muerto y Sorrento tenía ya su Casa de Correos. La canción se haría famosa en el mundo entero. Quizás sea la canción promocional más famosa de todas.

Los dos hermanos siguieron trabajando juntos con desigual fortuna. Luego cada uno lo hizo por su cuenta, y obtuvieron apreciables éxitos. Escucho siempre con gran cariño una canción de Ernesto de Curtis, con letra de Nicolardi, lanzada en 1904: *Voce 'e notte.* Giambattista tiene un busto en Sorrento, erigido por el Ayuntamiento en 1982. Para Ernesto no hubo nada. Solamente sus notas en las cajitas de música que los turistas se llevan de recuerdo... para posteriores nostalgias hogareñas.

Si Salvatore di Giacomo contribuyó al prestigio de la canción napolitana con su poética de alto nivel literario, personal e inimitable, es obligado aludir a dos grandes cantantes de ópera napolitanos de aquella época que incluyéndola en sus respectivos repertorios —en recitales primeramente y después en las primeras e incipientes grabaciones discográficas— la hicieron famosa en el mundo entero.

Me estoy refiriendo a Enrico Caruso —«Don Erri» le llamaban sus paisanos— y a Fernando de Lucia. El primero, quizás magnificado en exceso. El segundo, injustamente olvidado durante muchísimos años y ahora reivindicado... por estudiosos ingleses. Fueron, desde luego, sus vidas paralelas, y sólo se cruzaron al final, «Don Erri» en su ataúd, en la basílica de San Francisco de Paula, y De Lucia en el coro cantando la plegaria de Stradella. La iglesia es un inmenso escenario semicircular con la plaza del Plebiscito, y enfrente el Palacio Real.

Aquí dijeron adiós los napolitanos a Enrico

Caruso, que murió muy cerca, en el Hotel Vesubio, en la Via Partenope. Murió en la madrugada del 2 de agosto de 1921, como en una escena final de una ópera de Puccini, diciendo «Doro, no me dejes morir», y un grito posterior: «Doro, Doro Do...ro». Acababa de llegar, como quien dice, de Nueva York el 10 de junio de 1921, en el transatlántico *Presidente Wilson*, con su mujer, Dorothy Benjamin, una bella norteamericana a cuyo padre no le caía nada bien el napolitano. Se casaron clandestinamente en Nueva York. Fueron felices, al parecer, y tuvieron una hija, Gloria, con la que regresaron a Nápoles. Algo de lo narrado contaba el film *El gran Caruso*, protagonizada por Mario Lanza en 1950, otro hijo de emigrantes italianos que murió más joven que Caruso, en Roma, a los 34 años. Trataron de lanzarlo como un nuevo Caruso, pero ciertamente no podía ser. Tiene en su haber un disco con napolitanas, con todos los defectos que los divos imprimen generalmente a sus creaciones. Es decir, ampulosidad, grandilocuencia, *distacco*, espectacularidad en detrimento de un obligado intimismo y sentimentalismo, agudos gratuitos en finales rimbombantes. En estos defectos no caía Caruso, el maestro, que un año antes de morir grabó su última canción napolitana: *I m'arricordo 'e Napule*, interpretada al estilo de los *posteggiattori*, como debe ser...

Caruso no amaba a sus paisanos y murió en Nápoles por casualidad. Cuando llegó a su tierra se instaló en Sorrento, en el Hotel Vit-

toria, y creyó que se repondría de sus dolencias pulmonares. Tras una visita a Pompeya se sintió indispuesto. Necesita ser intervenido en una clínica con urgencia. Lo montan en un automóvil, pero con cuarenta grados de fiebre se impone un descanso en Nápoles, en el citado Hotel Vesubio. Aquí morirá, en el mismo hotel en el que un año más tarde Benito Mussolini —el 24 de octubre de 1922— contemplará a los camisas negras fascistas que cuatro días más tarde marcharán sobre Roma. Nápoles ignoraba que las desgracias nunca vienen solas. Había perdido a su gran Caruso y con el fascismo iba a perder su identidad, porque el fascismo no era amigo de lenguas y dialectos que «desintegran la nación». Pero eso ocurriría más tarde...

Hablaba de Caruso porque es inevitable. Enrico Caruso ha sido el cantante napolitano más famoso en el mundo entero. Es el mito. En España pudo ocurrir lo mismo con Julián Gayarre, pero no llegó a tiempo para dejar su voz en discos fonográficos, como sucediera con «Don Erri». Nacido el 25 de febrero de 1873 en el primer piso del número 7 de Via San Giovanniello a Ottocalli, en el viejo Nápoles —otra dirección obligada para nostálgicos—, debuta a los veintiocho años en el Teatro San Carlos con *Elisir d'amore*. Un fracaso. Un crítico, Saverio Procida, afirma en el diario *Pungolo*: «Para cantar *Elisir* hay que tener voz de tenor y no de barítono». Caruso acusa el golpe. Días más tarde, de nuevo en el San Carlos para can-

tar la *Manon* de Massenet. Es la revancha y el éxito total. Se habla del «divo», pero Caruso jura que los napolitanos jamás le oirán cantar. Y se va...

Su frase de despedida es famosa: «El pesebre es bello, pero los pastores son malos».

Creo que es útil que cuente estas anécdotas para percatarnos de todo ese mundo napolitano, que busca en la similitud de las palabras y las cosas su identidad.

Porque el «escenario» para un napolitano es siempre un pesebre natalicio y los coros han de ser siempre los pastores. Y esto no ha cambiado, afortunadamente, en Nápoles.

Caruso estaba destinado al fracaso en *Elisir*, porque el público tradicional del San Carlos estaba habituado a las interpretaciones de Fernando de Lucia. Vendría a ser, en la época actual, como las interpretaciones contrastadas de un Alfredo Kraus y un Plácido Domingo, por ejemplo. Dos estilos de canto muy diversos. Pero Caruso se marchó, y Lucia se quedó. Cuando murió, el 21 de febrero de 1925, lo llevaron directamente al cementerio de Poggioreale y nadie derramó ni una lágrima, ni tan siquiera furtiva. Cuentan que su «número» en las interpretaciones era precisamente las «lágrimas», filaturas vocales que solamente en nuestro país las de Miguel Fleta podrían parangonársele. Cuentan que Fernando de Lucia tenía una especie de criado-mayordomo-camarero, admirador ferviente de las dotes de su amo. Se llamaba «Erri», obviamente sin el

«don», dada su profesión. Y cuando el amo le decía, al ensayar en casa: «¡Fíjate en esta lágrima, escucha!», Erri escuchaba y en éxtasis exclamaba: «¡Qué lágrima, comendador, qué lágrima!». En Nápoles, «comendador», de todos modos, es cualquiera...

Tanto Caruso como De Lucia —nacido en la zona de Porta Capuana— tuvieron el mismo maestro, Vincenzo Lombardi. Debutó también en el San Carlos con *Fausto* y escuchó en Salerno un recital de un tenor debutante: Enrico Caruso. Dicen que al final hablaron largo y tendido, pero nadie sabe lo que le dijo De Lucia a Caruso. No se volverían a ver jamás... en vida de Caruso.

La muerte de Enrico Caruso causó gran conmoción en Italia... y en los Estados Unidos, especialmente en las colonias italianas, en la llamada *Little Italy*. Y es que, curiosamente, la canción napolitana tuvo gran desarrollo y popularidad entre los emigrantes, nostálgicos y sentimentales. En esto, el emigrante napolitano podría parangonarse muy bien al emigrado gallego. Ciertamente, los dos pertenecen a pueblos muy sufridos y resignados. La emigración napolitana llegó a ser masiva en muchos momentos de su historia, pero tras la I Guerra Mundial se comenzó a detener. Sobre todo por la política llevada a cabo con Mussolini, que trató de impedir la huida de posibles brazos útiles, aunque no pudo cerrarla del todo. La economía nacional de aquella época no lo hubiese resistido.

Y se da el caso curioso de que mientras la emigración italiana descendía en número, aumentaban en Nápoles las canciones dedicadas a la emigración. Pero el fenómeno tiene explicación: esas canciones eran reclamadas por millones de emigrados, allá en tierras lejanas... Y cuando Estados Unidos puso muchas cortapisas a la entrada de emigrantes, quedaron excluidos de la prohibición los cantantes y artistas de teatro. Así, ocurrió que muchos emigrantes pudieron entrar alegando que cantaban. Tras haber interpretado *O sole mio* y *Santa Lucia luntana*, quizás entre silbidos, se perdían en los muelles de Nueva York, o en la Louisiana, dedicados a cualquier menester, desde barberos a «protectores», porque con la emigración llegó la mafia y su estilo de vida, un estilo impuesto también por el racismo de una sociedad como la norteamericana, que miraba siempre con desconfianza al latino, como sigue sucediendo en la actualidad.

Por eso no es de extrañar que no todas las canciones napolitanas nacieran en Nápoles. Hay una, por ejemplo, que ya cité, *Core'ngrato*, que es hija de dos napolitanos emigrados: Salvatore Cardillo y Riccardo Cordiferro, residentes en Nueva York. La canción nació el año 1911 y es seguramente una de las más célebres. «*Catarí, catarí, pecche me dice sti parole amare... Core, core'ngrato...*» Cardillo, el compositor que dejó Nápoles por no haber triunfado con la música seria, definía a la canción como «una porqueriucha».

No quisiera seguir insistiendo en el tema porque caería en el peligro de convertir esta «guía napolitana» en un pequeño manual de la canción napolitana. Pero no puedo dejar sin citar a personajes de la canción napolitana integrados en el *boom* de los primeros veinte años del presente siglo, como Armando Gill, un «cantautor» de mucha fama en su ciudad. Y la gran pareja integrada por Elvira Donnarumma y Gennaro Pasquariello; Ernesto Murolo, que con el compositor Ernesto Tagliaferri compone tres canciones inolvidables: *Napule case ne va, Mandulinata a Napule* y sobre todo la maravillosa *Piscatore 'e Pusilleco!*, con ese precioso *ritornello* que dice «*Dorme ó mare... Voca, voca! tutte e pace attuorno a mme...*». Otro personaje inolvidable de la Nápoles que canta fue Raffaele Viviani, que supo mantener un repertorio con la lengua y la voz de la plebe. Un estilo que muchos desdeñaron, incluidos los fascistas, que habían declarado el boicot al teatro y canto dialectales por constituir «un atentado a la unidad de la cultura italiana» (!). Viviani fue el enemigo más encarnizado en Nápoles de los hombres de Mussolini. Su dialecto supuso una ruptura con el pasado y eligió, al decir de Cesarini, el camino del teatro de variedades, como Brecht, para llegar de manera más directa al público y compenetrarse con él. Murió en 1950, pero conoció la liberación y sobre todo la caída del fascismo.

Injusto sería que, junto a Salvatore di Giacomo y Ferdinando Russo, no citara también

a otro gran autor de la canción napolitana: Libero Bovio, que escribió numerosas canciones, destacando la celebérrima *Guapparia*, las bellísimas *A canaria, Chiove, Passione, Signorinella* y, sobre todas, esa maravilla, con música de Vincenzo D'Annibale titulada *O paese d'o sole.*

Los años veinte no fueron años felices para la canción napolitana, que iniciaba su lento declive, con el fascismo en el poder, siempre en lucha con lo dialectal, y con la invasión de la cultura norteamericana, tras la muerte del café-cantante y las salas dedicadas al fox charlestón. Nápoles como ciudad cambia, urbanísticamente hablando. Llegan los gramófonos y sobre todo la radio, y en el año 1927 se inician los concursos radiofónicos dedicados a la canción napolitana. Se acabaron los festivales de Piedigrotta y se inicia una nueva era: la del disco y la del cine. La del cine sonoro se entiende. Tres años más tarde de que el mundo se asombrara con Al Jhonson, al que «oían» en *El cantor de jazz*, en Italia se rueda el primer film sonoro, *La canción del amor*, basada en la novela de Pirandello *El silencio.* El film no era nada del otro mundo, pero triunfa por una canción de la banda sonora, leitmotiv del film, cuyo autor no tenía más remedio que ser napolitano: Cesare Andrea Bixio. La canción había nacido en Nápoles y se hizo muy famosa: *Solo per te Lucia.* Obviamente el segundo film tuvo que ser napolitano a la fuerza. Empezando por su título, *Nápoles canta*, con la dirección de Mario Almirante y una canción que dice *Torna!* y que la cantó toda Italia, y especialmente Nápoles en los años treinta. La interpretaba el tenor —uno de tantos tenores operísticos venidos a menos...— Franco Capaldo, y sus autores eran Di Vento y Nicola Valente. El éxito lo compartieron con otra maravillosa canción, que figura entre mis grandes favoritas: *Dicinte llo vuie*, de Rodolfo Favo con letra de Enzo Fusco, que se suicidó a los cincuenta y dos años, una mañana de julio de 1951, tirándose de una ventana del Policlínico, cuando —aseguran— un médico movió la cabeza al ver la radiografía de su columna vertebral... Pero quedan los maravillosos versos de la canción: «*Dicintello a 'sta cumpagna vosta, c'aggio perdutto ó suonno e 'a fantasia*». Es una canción melancólica, sentimental, sencilla y amorosa, como la de los viejos tiempos de final de siglo. Divide su éxito con otra de Bixio, *Parlami d'amore Mariu*, que un joven galán narigudo, casado en aquel entonces con la *soubrette* Giuditta Rissone, ha popularizado en el film *Los hombres, qué sinvergüenzas.* Todos se habían olvidado en los años setenta del gran Cesare Andrea Bixio, hasta que en 1975 la RAI italiana montó un homenaje a Vittorio de Sica con varios de sus films. La banda sonora de presentación del ciclo elegida no fue otra que *Parlami d'amore Mariu* y la canción volvió a conocer en Italia un éxito extraordinario, ocupando los primeros puestos en los *hit-parade.* Nuevamente al maestro Bixio volvieron a hacerle entrevistas y es ahora cuando la historia de la can-

ción napolitana empieza a ser algo personal y vivida por mí, ya que tuve la suerte de asistir, en la propia Italia, a la retransmisión de un especial titulado «*Parlami d'amore...*», en la que el maestro Bixio habló por última vez en público. Murió al año siguiente, el 5 de marzo de 1978, en Roma, a la edad de 82 años. En aquel especial televisivo actuaron todos los cantantes de moda del momento y un gran tenor operístico, Carlo Bergonzi. En su casa de Bussetto, donde tiene un famoso restaurante, I Due Foscar, junto al Teatro Verdi, tendría ocasión, años más tarde, de rememorar aquella actuación suya y de hablar de la canción napolitana. Porque Bergonzi, al igual que Pavarotti, Domingo, Carreras, etc., y como antes lo hicieran Di Stefano, Gigli, Schipa, también tuvo la debilidad de grabar un disco con canciones napolitanas, en Madrid, en abril de 1972. Curiosamente no incluyó ninguna canción de Cesare A. Bixio en el LP de referencia, pero en otro posterior incluyó *Vivire*, que alcanzó gran éxito en los tiempos del fascismo italiano. Aseguran que gustaba mucho a Mussolini, porque era un canto al optimismo y al presente («*Vivire, senza nostalgia... perche la vita e bella...*»). Bixio compuso más de un millar de canciones y recuerdo con gran simpatía otras canciones como *Voce di strada, Torna piccina, Lasciami cantare una canzone, Violín gitano, Portami tante rose, Mamma...* Y *Buon anno... buona fortuna*, con el que ganó en 1957 la primera «Canzonissima» de la historia de la RAI.

En la década de los años treinta, alcanzará gran popularidad *Passione* (1934), de Nicola, Bovio y Tagliaferri, y tres años más tarde *Na sera 'e maggio*, de Gigi Pisano y Cioffi, hará decir años más tarde a Sandro Pertini, cuando era Presidente de la República, que era su canción preferida, cosa nada de extrañar dado que siempre fue un apasionado de la canción napolitana. De todos modos, por curiosa ironía del destino, la canción, exactamente cincuenta años más tarde de su lanzamiento, en vísperas de que el Napoli se proclamara campeón de la Liga, se hizo de nuevo famosísima, en mayo de 1987. Todo Nápoles cantaba su *ritornello* o estribillo: «Cuando se dice: ¡Sí!, tenlo presente, no se hace morir a un corazón amante... Tú me dijiste: ¡Sí! una tarde de mayo y no tienes el valor de dejarme». Y es que el Napoli se resistía a proclamarse campeón, a decir «Sí», en una esperada tarde de mayo de 1987, y finalmente lo dijo. La canción hablaba de una muchacha. Y la realidad, de once jugadores de fútbol y un pueblo, loco de amor y pasión por su equipo. Signo de los tiempos, don Salvatore.

Y al final de la década, la guerra, la II Guerra Mundial. La historia de Nápoles cambiará radicalmente, y con ella se iniciará la gran crisis. Todavía en el año 1944 los napolitanos tendrán ánimos para cantar una canción, *Dove sta Zaza?* Nadie sabía dónde estaba Zaza, ni tan siquiera su autor, Raffaele Cutolo, que aseguran se fue a Roma harto de que todo el mundo le preguntara por Zaza, a cualquier sitio que fuera.

Y si la guerra hizo sufrir a Nápoles, también provocó el nacimiento de una patética canción, el año 1945: *Monasterio Santa Clara.* ¿Quién no conoce esta canción? Sus autores son Michele Galdieri y Alberto Barberis, y dicen los críticos que con la misma se cierra el ciclo de canciones inspiradas en la última guerra mundial. Alberto Barberis, el autor de la música, romano de nacimiento, murió en México una noche de julio de 1957 sentado al piano. En ese momento la tierra se movió y su corazón se asustó. Cuando Michele Galderi, napolitano con residencia en Roma, y que había estudiado de niño en el Liceo Genovesi, que se yergue frente al Monasterio de Santa Clara, en Nápoles, supo que una bomba había caído en Santa Clara, quiso reflejar en unos versos su sentimiento de angustia, de amor a la ciudad que quería con pasión. Y comenzó a escribir: «*Munasterio 'e Santa Chiara, tengo o core scuro scuro... ma pecché, pecché ogne sera penzo a Napule comm'era, penzo a Napule comm'e?...*».

Nunca se ha sabido si fue mal informado o si lo hizo por razones métricas en su poesía, dado que las bombas no destruyeron el monasterio, sino la iglesia. Pero el hecho es que la canción es de una gran belleza y quisiera cerrar, con esas palabras suyas —«pienso en Nápoles como era, pienso en Nápoles como es...»— este capítulo introductivo a un recuerdo muy personal de la ciudad. Posteriormente ocurrieron muchas cosas en lo referente a la

canción napolitana, pero ya no importa. La crónica histórica lo cuenta con detalle sin necesidad de recurrir a las canciones, que poco dicen ya. He citado varias canciones napolitanas, las que yo amo, admiro, poseo y escucho algunas veces. Me gustaría que con el libro pudiera el editor regalarles un disco con todas ellas, como invitación a una visita inolvidable. Al final del disco incluiría la canción *Addio a Napoli,* de Cottrau, el mismo que se adueñó de *Santa Lucia* y que arranca con *Addio mia bella Napoli....* En la versión de Giuseppe di Stefano tiene una fuerza, un sentimiento incomparables. El resto ya es anécdota, en la historia de la canción. Los años cincuenta conocieron un éxito arrollador de la canción napolitana. *Luna rossa* causaba estragos en 1950, y un año más tarde el príncipe Antonio de Curtis, el famoso «Totó», lanza otra bellísima canción que he citado antes, *Malafemmena,* dedicada a la actriz italiana Silvana Pampanini, que nunca tomó en serio al gran caricato, actor, cantante, escritor y polifacético artista napolitano. La canción inspiró dos films y Totó jamás la grabó en disco, como tantas otras suyas que se han perdido en el olvido. Achille Togliani, Connie Francis, Nilla Pizzi obtienen grandes éxitos, y en 1952 Achille Lauro, el famoso alcalde de Nápoles, relanza Piedigrotta a lo grande. Acude Beniamino Gigli y el portero del Napoli es autor de una canción titulada *Me ha metido un gol una bella muchacha....* Después, comienzan los festivales radiofónicos de la canción napolitana.

Pero nada hubiera ocurrido de no haber aparecido en escena, en el momento justo, Renato Carossone. Con su conjunto lanza al mundo *Lazzarella*, de Modugno y Pazzaglia; *Guaglione*, de Nisa y Fanciulli, lanzada por Aurelio Fierro primeramente; *Maruzzella*, del propio Carossone y Bonagura. Carossone se retiró el 7 de septiembre de 1960 en pleno olor de popularidad. Supo hacerlo a tiempo. Lo he visto alguna vez en la pantalla de televisión italiana, como una reliquia, en alguna breve intervención. Y es que todos son ya reliquias, como San Gennaro. Marisa del Frate, Fausto Cigliano, Teddy Reno, el ya citado Aurelio Fierro, Sergio Bruni, Roberto Murolo, Claudio Villa, Marino Marini, Betty Curtis, Luciano Tajoli, Tony Dallara, Massimo Ranieri, Renato Rascel, Franco Ricci, Giacomo Rondinella... Achille Togliani, Domenico Modugno... y el sucesor de Carossone: Peppino di Capri, nacido en Capri, como su propio nombre artístico indica, pero llamado en realidad Giuseppe Fajella, que supo en los años sesenta conjugar la canción tradicional napolitana con sus propias creaciones.

En los años setenta llega la invasión americana, inglesa y brasileña, con todo su armamento: jazz, rock, pop, salsa, rumba, mambo, etcétera. Los jóvenes napolitanos escuchan los discos de sus ídolos: Elvis Presley, Paul Anka, Beatles, Rolling. Nápoles inventa el rock-sud. Y surgen los Pino Daniele, Edoardo Bennato, la Nueva Compañía de Canto Popular, Eduardo de Crescenzo, los Alumnos del Sol, Teresa

de Sio, James Senese con Napoli Central, que asume la progenitura del jazz-rock napolitano. La lista sigue y sigue. Mi amigo Cesarini, decía al principio, sueña con incluir en su Museo de la Canción Napolitana a Pino Daniele. Cerca de su casa, de la cual era su huésped, escuché una noche de septiembre de 1987 a Pino Daniele, en olor de multitud, en el estadio Collana, que se yergue en el Vomero y que fue el anterior campo de fútbol del Napoli, antes de trasladarse al actual San Paolo, ya que el primero de todos, el Ascarelli, fue totalmente destruido por los bombardeos aliados en la II Guerra Mundial. Pino Daniele cantó una canción que dice: «Nápoles es un papel sucio y a nadie le importa...». Pino Daniele tiene razón, pero también es cierto que no es un poeta. «En Nápoles —escribía Bernardino Zapponi, conocido guionista de tantos films italianos— sobra música y faltan poetas.» ¿Pero la había en los tiempos de Salvatore di Giacomo, o es que miraban la realidad con otros ojos, con ojos de poeta, ajenos a la miserable realidad? ¿Hay que afrontar la realidad o deformarla...? En la ya citada enciclopedia de Ettore de Mura, la «biblia» de la canción napolitana, se llegó a calcular que todas las canciones napolitanas, ineludiblemente, están basadas en ciento treinta y tres argumentos diversos: destino, injusticias, lágrimas, penas de amor, partidas, marchas, América.

Pero no nos engañemos. Sobre todos los argumentos hay uno que prevalece sobre los

otros: el amor y el desengaño amoroso, como en muchos tangos argentinos también.

Y es que en Nápoles se ama con pasión y se pena con amargura. Y Nápoles la veremos siempre diferente, según nuestro estado de ánimo personal. Conocí Nápoles cuando estaba enamorado y he vuelto a Nápoles tras una gran desilusión amorosa. Y ahora es cuando he comprendido mejor que nunca a los napolitanos y sus canciones. «Todo pasa y todo se olvida...», dicen para consolarse.

V

El film *El Juicio Universal,* dirigido por Vittorio de Sica, arranca en San Martino, el famoso museo dañado por el terremoto de 1980 y del que hablaba al inicio, al referirme a una entrevista mantenida con su responsable. En la primera secuencia, un grupo de turistas de varias nacionalidades siguen a un guía que les va mostrando objetos y curiosidades de su interior. Cuando llegan a la terraza la voz del guía advierte: «¡Preparen sus ojos, señores! Ésta es la Nápoles de hoy! A la derecha Capo Miseno... Mergellina... Posillipo... Via Caracciolo... Castel dell'Ovo... Chiaia... Toledo...». Y finalmente, con voz solemne, exclama: «*E o'mare. O'mare signori, levateve'o cappiello..*». Y los turistas, ante tanta belleza, absortos ante el panorama, se descubren. Al igual que ese guía, yo también quisiera mostrarles Nápoles desde aquí. Cuando voy, siempre que puedo me asomo desde la impresionante terraza de San Martino para ver, arriba, un cielo azul y el sol implacable tantas veces cantado; enfrente, el mar maravilloso, las costas, las islas famosas, Capri, Ischia, Procida... el Vesubio. Abajo, el infierno de la ciudad... ¿Cuántas Nápoles existen? Para el escritor francés Dominique Fernández, hay dos Nápoles: la que se ve y la subterránea. Ciertamente existe una Nápoles que no se ve. Precisamente un ingeniero, Guillermo Melisurgo,

escribió un libro, *Nápoles subterránea*, hace noventa años, que recoge y testimonia lo que vio en sus correrías... subterráneas, acompañado por los *pozzari*, es decir, los poceros, los que se ocupan de limpiar las conducciones y pozos, como su propio nombre indica. El ingeniero contabilizó más de cinco mil grutas, dos mil pozos, algunos profundísimos, canales, conducciones de agua, estanques, piscinas, sumideros, depósitos particulares de agua, etc. Téngase en cuenta que Nápoles descansa sobre toba, que es materia muy manejable.

De ahí que a los napolitanos no les extraña que de vez en cuando el suelo ceda y se trague a un ciudadano, un coche, un niño o un turista. Todavía recuerdan los dramáticos episodios del Corso Vittorio Emmanuele y de Via Aniello Falcone. Es comprensible que el Municipio prohíba terminantemente la visita a la Nápoles subterránea, a diferencia de lo que ocurre en París y Viena, por ejemplo, donde es posible recorrer las cloacas. (En la capital austríaca, el film *El tercer hombre*, con la persecución final de Orson Welles, tuvo mucha «culpa» en los afanes del turista de los años cincuenta y sesenta por conocer las cloacas vienesas.)

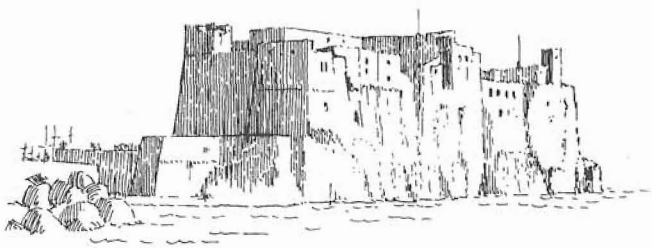
Y no lo prohíbe por los posibles hundimientos solamente, sino por el peligro que entrañan las ratas de cloaca, que aquí en Nápoles las llaman *zoccole*. Hace unos años, tras un hundimiento, surgió una *zoccola* que pesaba siete kilos y medio y medía, rabo incluido, un metro

veinte centímetros. De todos modos, los napolitanos siempre exageran.

Pocas veces una ciudad habrá sufrido tantos avatares en su historia como Nápoles desde que fue fundada. Resulta lógico, por lo tanto, que la realidad histórica se cruce y entrecruce con mitos y leyendas, que a fin de cuentas son la sal de la vida de una ciudad. ¿Qué sería de Nápoles sin sus mitos y leyendas? Ciertamente, algo aburrido e insoportable. Recuerdo que, hace muchos años, escribí una serie de reportajes para una revista española bajo el increíble título de «Itinerario tenebroso por la Italia de otros tiempos». La idea me vino al adquirir en Roma un libro recién editado, mejor dicho, dos, reunidos bajo el título de *Guía de la Italia legendaria, misteriosa, insólita y fantástica*. La guía de Sugar Editori no era original, porque en Francia ya había sido lanzada con éxito una colección en esta línea y con idéntica presentación tipográfica. A mi regreso a Madrid, los entregué a los dirigentes de la editorial Al-borak, que lanzaron una colección en idéntica línea (recuerdo una *Guía secreta de Toledo*, de Carlos Pascual, y otra de Madrid, de Antonio D. Olano, entre otras) que obtuvo mucho éxito.

Sin salir de mi casa, y de mi cuarto de trabajo, recorrí toda la Italia «tenebrosa y misteriosa» gracias a los dos libros citados, e hice unos resúmenes francamente inquietantes. Cuando le tocó el turno a Nápoles, incluí una historia que me sobrecogió y que hace referencia al Castel dell'Ovo.

Cuenta la historia que había una mazmorra —sin identificar en la actualidad— destinada a encerrar a los condenados con el máximo rigor. Pero un día se percataron que éstos desaparecían misteriosamente. Las mazmorras eran muy húmedas y cuando subía la marea, el agua le llegaba a la cintura al desgraciado



Castel dell'Ovo

encerrado en la misma. Redoblada la vigilancia, por fin se averiguó cuál era la causa de las misteriosas desapariciones. Se trataba de un cocodrilo, que se introducía con la marea alta en la mazmorra y devoraba al prisionero de turno. Se supuso que el cocodrilo habría podido llegar a Nápoles agarrado a la quilla de alguna de las muchas naves que llegaban provenientes de Egipto, y que el hambre le hizo dar con la mazmorra que se comunicaba con el mar a través de un conducto. Parece ser que durante algún tiempo, las autoridades callaron el hecho y su existencia fue aprovechada para deshacerse de algunos presos embarazosos. Cuando decidieron eliminar al animal, arrojaron al mar un ancla con un muslo de caballo como cebo. El cocodrilo cayó en la trampa y materialmente fue «pescado». Una vez liquidado, fue disecado, su piel cortada cuidadosamente y su interior rellenado de paja. Luego fue expuesto a la curiosidad pública en la entrada del Castillo, durante muchos años, hasta mediados del siglo XVIII. Evidentemente, el Castillo del Huevo tiene otras atracciones menos morbosas que le hacen digno de ser visitado. Erigido en el siglo XII sobre el antiguo emplazamiento de una villa que perteneció a Lúculo, del que se asegura pasaba sus jornadas ebrio por culpa de un «elixir de amor» que le proporcionaba un liberto sin escrúpulos —anticipo, quizás, del *Dulcamara* de Donizetti—, se llamó anteriormente Castillo Marino o del Mar, y debe su nombre actual, seguramente, al perfil ovoidal de su planta, aunque una leyenda afirma que fue porque Virgilio colocó un huevo dentro de una garrafa o botellón de vidrio y ésta a su vez dentro de una jaula de hierro y lo colgó en una de las dependencias del castillo, asegurando que la suerte dependía del huevo. Cuando éste se rompió, el castillo se hundió, en los tiempos de la reina Juana I. Ésta reconstruyó el castillo y colocó otro huevo.

De la reina Juana está llena de leyendas la ciudad. La fantasía popular siempre ha atribuido los sitios más dispares —y en ruinas— como presuntas moradas de la reina. Benedetto Croce ha querido ver en su persona el reflejo de dos reinas que existieron en la rea-

lidad: Juana I y Juana II, ambas de la casa de Anjou. De la reina Juana se cuenta su pasión amorosa, su lujuria, su ninfomanía. Una auténtica devoradora de hombres... y de caballos. Porque aseguran que en un momento de su vida no le satisfacían los hombres y se hizo amante de un caballo. Murió atrozmente, cuando un día los criados que ayudaban a ella y al caballo en el difícil pero placentero trance, por malicia o descuido, abandonaron al caballo a su suerte y éste la destrozó.

Creo que no debería proseguir sin afrontar de una vez por todas algo por lo que todo el mundo, cuando llega a Nápoles, pregunta, inquiere y visita: el Duomo y las reliquias de San Gennaro, es decir, las ampollas que provocan el milagro «anual» de la licuefacción de su sangre.

Las guías turísticas nunca se comprometen en demasía con San Gennaro y su milagro. *Il Mattino*, el diario napolitano por excelencia, no suele dar gran relieve e importancia al acontecimiento. De todos modos, los españoles, y más concretamente los madrileños, tienen su «milagro de San Pantaleón», que lo consideran de más categoría que el de San Gennaro, cuya sangre se licúa «no con la misma precisión y nitidez que la de San Pantaleón». Esto lo recogía un redactor del diario *El País* el 28 de julio de 1987, con motivo de haberse producido el «milagro». El día anterior, 27 de julio —idéntica fecha desde hace trescientos años—, se produjo de madrugada la licuefacción y permaneció así durante veinticuatro horas, con

un tono escarlata, hasta que se coaguló nuevamente. Esto ocurría en el monasterio de la Encarnación, situado junto a la madrileña Plaza de Oriente. San Pantaleón sufrió martirio el año 305 en Nicomedia, en la actual Turquía. San Gennaro, por su parte, fue decapitado en Pozzuoli, cerca de Nápoles, por los romanos, el 19 de septiembre del año 305. Elegido obispo de Benevento a los treinta años, tres años más tarde el procónsul Timoteo lo requirió ante su presencia para que aclarara su presunta condición de cristiano. Gennaro ni se inmutó. Sufrió terribles y atroces pruebas, según una leyenda, y terminó en el anfiteatro romano de la citada localidad puteola, testigo de tantos sacrificios de mártires cristianos. Gennaro, junto a tres diáconos y dos laicos, iba a ser destrozado por las fieras, pero el suplicio tuvo que ser suspendido por la inesperada ausencia del gobernador romano de la Campania. Les fue conmutado el suplicio por la decapitación. La leyenda es más atractiva. Narra que cuando Gennaro y los suyos esperaban, temblando pero con fe, el asalto de las fieras, Gennaro trazó en el aire la señal de la cruz y las fieras cambiaron de actitud y se acercaron a los fallidos mártires como gatitos, lamiéndoles los pies. Timoteo, el procónsul, se enfureció y dio la orden de decapitación general. De repente, durante una hora, quedó ciego; Gennaro rezó y Timoteo recuperó la vista, mas no por ello les perdonó la vida. Y mientras les decapitaban, le aquejaron unos espantosos dolores, pero

ningún médico pudo desentrañar la causa. Timoteo murió ese mismo día.

Otra leyenda cuenta que, horas más tarde, un ciego que había recobrado la vista con la venda que cubría los ojos de Gennaro durante su ejecución, recogió en dos ampollas la sangre vertida sobre la tierra. Este hecho otros lo atribuyen a Eusebia. La cuestión es que, quien fuera, en una de las ampollas vertió la sangre más limpia y en la otra, dado que la recogió ayudándose por unas pajuelas, la más sucia, con tierra, polvo y hierbajos que todavía se aprecian, y la entregó al obispo Severo —otros dicen que se llamaba Cosme— cuando trasladaban el cuerpo de Gennaro desde el Agro Marciano, donde primeramente fue sepultado, camino de otro lugar, más digno, en Nápoles. Era la época de Constantino. Al obispo se le licuó la sangre de las ampollas en sus manos. Más tarde descubrieron algo increíble: la sangre no se licúa sino es en presencia de la cabeza, y en la actualidad del cráneo, evidentemente, de Gennaro. En un documento anónimo del año 1398, *Cronicum Siculum*, se habla por vez primera de la licuefacción, pero del texto se deduce que el fenómeno ya se producía muchos años antes. Luego, a lo largo de la historia, ampollas y cráneo por un lado y restos mortales por otro sufrirían destinos muy diversos. En el Duomo, a la derecha, la tercera capilla está dedicada a San Gennaro. Se llama también Capilla del Tesoro y fue construida entre 1608 y 1637 sobre un proyecto de Francesco Grimaldi, cumpliendo el voto hecho por los napolitanos el 13 de enero de 1527 durante la terrible epidemia de peste que soportó la ciudad entre 1526 y 1529. La capilla está separada de la nave central por una preciosa verja de bronce modelada por Cosimo Fanzago en 1668. En el interior siete altares y detrás del altar mayor, obra de Solimena, se encuentra la estatua del santo. Las guías turísticas indican que bajo la estatua se custodian, dentro de un relicario de plata del siglo XIV, el cráneo y las ampollas con la sangre milagrosa. La última visita que llevé a cabo, en septiembre de 1987, tras el milagro correspondiente, me dio ocasión de comprobar que las reliquias no quedan expuestas al público devoto, por razones de seguridad, y se guardan en una caja fuerte. Precisamente el día anterior a mi visita, una señora proveniente de la isla de Ischia o Procida, no recuerdo bien, había arrojado un objeto contra la estatua del santo, por no haberle concedido el favor que le había formulado el día de la licuefacción. Es lógico, por lo tanto, que con tanto devoto despechado hayan tenido que adoptar tales medidas. El milagro se efectúa dos veces al año: el primer sábado de mayo y durante ocho días consecutivos, y el 19 de septiembre, aniversario de una erupción del Vesubio, de la cual Nápoles se consideró salvada gracias a la intervención del santo. Las reliquias siempre han estado preservadas con una lápida de mármol para evitar que el santo «viera» su sangre y evitar así que provocara

una licuefacción antes de tiempo. Ya he dicho que la licuefacción sólo se produce cuando las ampollas se encuentran a la vista del cráneo. Esto sólo cuenta por lo que respecta al «milagro» del Duomo, porque sucede otro hecho más increíble...

Hay en Pozzuoli, concretamente en la Solfatara, una iglesia, de los Padres Capuchinos, erigida en 1580, en el lugar donde fue decapitado Gennaro, que conserva la cepa de mármol con manchas de sangre, que suelen enrojecer en la fecha señalada. Y aquí viene lo curioso: el milagro se produce regularmente en ambos sitios, en el Duomo de Nápoles y en la iglesia de Pozzuoli. Estaba en Nápoles cuando ocurrió. Cinco mil fieles en el Duomo, y otros cinco mil en la iglesia de los Padres Capuchinos de Pozzuoli. A las diez horas y un minuto del sábado 19 de septiembre de 1987 se registró el hecho, después de treinta y un minutos de rezos y plegarias. En Pozzuoli sucedió minutos antes de las diez de la mañana. Escasos minutos de diferencia, como lo registró *Il Mattino* en una crónica publicada al día siguiente.

También conviene aclarar que el «milagro» del primer sábado de mayo no se produce en la Capilla del Tesoro, en el Duomo, sino en la iglesia de Santa Chiara, tras haber recorrido las reliquias la ciudad procesionalmente. Pero también con el cráneo presente... La gran escritora napolitana Matilde Serao explicó en una crónica magistral el «milagro» con detalle

y cómo una de las ampollas está casi llena y la otra semivacía, «ya que —aclara— Carlos III se llevó parte de su contenido a España». ¿Dónde está?, me pregunto.

Se pueden imaginar que en torno al milagro, su causa y sus efectos hay cientos de historias y anécdotas.

Para los napolitanos, tan infausta es la falta de licuefacción como una licuefacción demasiado rápida. Lo más positivo y deseado es que la licuefacción venga dada tras unos minutos de rezos y plegarias. El retraso tampoco se considera negativo siempre y cuando no transcurran más de tres horas. Cuando no ocurre, los napolitanos no presagian nada bueno para su ciudad. La primera vez que sucedió el «hecho milagroso» fue el año 1389. Al obispo San Severo se le licuaron las ampollas en sus manos, mientras trasladaban el cuerpo del santo de Pozzuoli a Nápoles, en la época de Constantino. El año 1987 todo fue bien y el Napoli ganó el *scudetto*, es decir, el título de Campeón Nacional de la Liga italiana. El primer sábado de mayo de 1988 el «milagro» se produjo muy tarde. Tres horas estuvieron implorando el arzobispo Michele Giordano y los fieles devotos... y no ocurrió nada. Todos presagiaron lo peor. Al día siguiente, el Napoli perdía ante el Milan lo que hubiera sido su segundo *scudetto*.

Hay una anécdota muy curiosa en torno a San Gennaro y la República Partenopea del año 1799. Parece ser que la sangre se licuó y además en presencia de los odiados oficiales

franceses que ocupaban la ciudad. Aseguran que un general le colocó una pistola al arzobispo en la tripa o en la cara —no está muy claro— y que el «milagro» se verificó... fuera de las fechas tradicionales, a petición del mismo. Los buenos napolitanos consideraron que San Gennaro accedió a licuar su sangre para salvar al arzobispo de las garras del francés. Pero la mayoría, indignada, pensó que San Gennaro se había hecho jacobino, por lo que fue destituido oficialmente como «patrono de la ciudad». Dado que también ostentaba el grado de capitán de la armada napolitana, con la paga correspondiente, fue sometido a consejo de guerra, degradado y condenado a la confiscación de sus bienes. Matilde Serao, con ironía y humor, compara el caso y piensa que San Gennaro fue de esta manera convertido en el Dreyfus del siglo decimonono. Es más, los napolitanos, furiosos, arrastraron con una cuerda al cuello la estatua de San Gennaro hasta los muelles y la arrojaron al mar. En su lugar, nombraron patrón de la ciudad a San Antonio. Pero años más tarde, el Vesubio comienza a arrojar lava. Corren a sacar en procesión a San Antonio del Duomo para que detenga la lava, pero no lo consigue. Nápoles corría peligro de desaparecer, al igual que Pompeya y Herculano, y he aquí que la estatua de mármol de San Gennaro, del puente de la Magdalena —que afortunadamente no había sido destruida por los iconoclastas—, mueve sus brazos y con un gesto manda a la lava detenerse. La

lava obedece, el Vesubio se calma, Nápoles se salva y San Gennaro nuevamente retorna como patrón de la ciudad, ya que la estatua había sido rescatada a tiempo por un pescador, que la guardaba en su casa. La historia es demasiado bonita para que sea verdadera. De hecho, después de 1799 hubo tres erupciones del Vesubio, en 1804, 1805 y 1810, pero la lava nunca llegó a amenazar a Nápoles y, por supuesto, no llegó hasta el puente de la Magdalena.

En los últimos años, la devoción a San Gennaro sufrió dos rudos golpes: uno, el hecho de que en 1969 el Vaticano declarase el culto a San Gennaro solamente local y facultativo. El otro, que el director del Instituto de Anatomía, profesor Gastone Lambertini, llevase a cabo un «reconocimiento canónico» de los restos del santo, que se encuentran en una urna, en el Duomo, en la capilla llamada Capilla Carafa, y comprobara que no todos los presuntos huesos del santo eran de la misma persona. Había otros restos pertenecientes seguramente a algunos compañeros de martirio. Y antes de seguir con los restos, una digresión en torno al milagro: ¿dónde está el truco..., si es que hay truco? En esta cuestión no valen las negaciones fáciles. Como la tesis de que se licúa porque cinco mil fieles apretujados dentro de un templo, en los cálidos, habitualmente, meses de mayo y septiembre napolitanos, producen un calentamiento ambiental capaz de licuar la sangre. Muchos napolitanos sonríen con la ex-

plicación leída por el profesor universitario Giacinto Albini, en la Real Academia de Ciencias Físicas y Matemáticas, a finales del siglo pasado, que se empeñó en sostener que la sangre de San Gennaro era en realidad una infusión de chocolate. Le rebatieron fácilmente: el milagro ya está homologado desde 1389 y Europa conoció el cacao tras el descubrimiento de América por Colón.

También en el convento napolitano de San Gregorio Armeno —en la calle que lleva su nombre— las monjas poseen, conservada en dos relicarios, la sangre de Santa Patrizia. Según una leyenda —¿qué sería de Nápoles, repito, sin sus leyendas?— la sangre salió del cráneo un siglo después de la muerte de la santa, tras la extracción de un diente. Hace unos años, calcularon que entre las varias iglesias e institutos religiosos de Nápoles se conservaban unas cuatrocientas ampollas con sangre que periódicamente se licúa...

Debo confesar que, intrigado por el caso, cometí también un pecado, una «locura» por así llamarla, del que hice partícipe a un santo varón agustino. Todo empezó con Maria Tiziana, una colega —colaboradora de *Il Mattino*—, que tuvo la paciencia y amabilidad de acompañarme e ilustrarme en el recorrido «gennariano» y «sanseveriano», los dos temas más apasionantes de Nápoles. Me habló de unas investigaciones llevadas a cabo en una Universidad norteamericana que al parecer explicarían «el milagro» de San Gennaro a la luz de la razón.

Una revista científica de dicho país adelantaba, diríamos, la «noticia». Meses más tarde contaba esto, en San Lorenzo de El Escorial, al agustino padre Agustín Fernández, profesor de química y matemáticas en el Real Colegio de Alfonso XII, ubicado en el mismo gran edificio.

El padre Agustín Fernández goza de renombrada fama en España por haber descubierto fórmulas de licores medicinales y cosmética que no quiere desvelar —ya que jamás ha buscado el lucro en sus investigaciones, pese a que ha recibido ofertas de laboratorios para comercializar sus licores y ayudas económicas para continuar la investigación—. Gracias a una entrevista de una colega, Minerva Donald —que curiosamente no llegó a ser publicada—, supe de sus trabajos. Se refería de pasada al fenómeno de la sangre de San Pantaleón y la de San Gennaro, afirmando que su explicación «podría encontrarse en la historia de la destilación». Me llamó poderosamente aquella afirmación y me puse en contacto con el padre Agustín en San Lorenzo de El Escorial. Nos citamos —curiosamente, en el Restaurante Genara— y luego fui a su modesta habitación, en la que vive y trabaja con una colección muy valiosa de libros de su especialidad. El padre Agustín Fernández es un alquimista de la era moderna, que asumiendo los principios rigurosos de la ciencia está redescubriendo todo lo que la química moderna desechó de la alquimia, sin tener en cuenta que muchos logros son importantes. Me recibió primeramente con

cierta desconfianza, pero cuando le aclaré que quería saber algo de San Gennaro, para incluirlo en este libro, me dio toda la información que tenía hasta el momento.

El padre Agustín, profundizando en las investigaciones sobre los secretos de la alquimia y en la búsqueda de nuevas fórmulas y recetas medicinales a base de plantas y flores, había encontrado en la inmensa y magnífica Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial un libro de alquimia y medicina del siglo XVI escrito en latín y traducido al francés, inglés y alemán de la época. El manuscrito ha permanecido ignorado en la Biblioteca del Monasterio cientos de años, aunque posteriormente descubrió que en la Biblioteca Nacional existe otro ejemplar. El libro es del médico y naturalista alemán Conrad Gesner y la edición del año 1555, impreso en Lyon. Su título: *Tesoro de los remedios secretos.* Como solía ocurrir en aquella época, el autor no se atrevió a poner su nombre y apellido auténticos y utilizó el pseudónimo de «Evonimo Philiatro», por temor a las represalias de sus colegas, contrarios a la difusión de las recetas. Fue un discípulo suyo quien, a su muerte, lanzó un segundo tomo, con nuevo material inédito, en el que desvela el verdadero nombre de su maestro.

El padre Agustín tuvo la suerte de encontrar la colaboración de un gran conocedor del francés antiguo, Andrés Manrique, que abandonó la Orden, se casó hace diez años y se dedica en la actualidad a dar clases de latín y religión

a los alumnos de un colegio en Móstoles, en las cercanías de Madrid. En sus ratos libres tradujo el libro en cuestión. En un capítulo titulado «Extracción de la quinta esencia de los frutos, flores, hierbas y raíces de la sangre humana y de la miel», el autor confiesa: «No alabo la utilización de sangre humana como remedio para los humanos. La razón y la experiencia me persuaden de ello. Sin embargo, nuestra religión parece defenderlo, dado el gran número de remedios que utilizamos...». Como no me interesaba mucho la obtención de la «quinta esencia» sino el «secreto» de San Gennaro, el padre Agustín pasó a leerme el capítulo XXVII, titulado «El aceite santo o aceite vivo». He aquí el comienzo del capítulo, literalmente transcrito:

«Se toman tres libras de sangre pura y roja de un hombre bien sano o de varios, entre los veinticinco y treinta años; una libra de esperma de ballena y otro tanto de médula de buey. Se destilan en un alambique bien zulacado; la primer agua saldrá blanca; la segunda, pálida; la tercera, leonada y la cuarta roja y un poco grasienta. El aceite, así destilado, crece y crece junto con la luna. Por lo que se denomina aceite santo.

»Si se introducen tres gotas de este aceite con un poco de vino en la boca de un enfermo que haya perdido sus facultades e incluso el habla, al instante recobrará las fuerzas y la palabra. El que bebe todos los días una gota de este aceite, con una cucharadita de vino, llega

a hacerse fuerte y robusto en el coraje, en el cuerpo y en todos sus miembros. Alargará su vejez cuanto se puede alargar, y no será atacado por veneno alguno.

»Dicho aceite cura también las viejas roturas y antiguas úlceras, siempre que, de antemano, sean lavadas con vino para ser desecadas. En cuanto a las heridas recientes, con el solo contacto con él se curan en tres días. Cura, igualmente, las excrecencias del fundamento (almorranas), tanto externas como internas, sirviendo de remedio a distintas afecciones como lepra, rafo, parálisis y otras. Para ello, debe tomarse en ayunas una gota de él, con una cucharadilla de vino blanco.»

Curiosamente, el traductor había glosado, al margen de la traducción, al entregársela al Padre Agustín, las siguientes palabras: «¿Sangre de San Gennaro y San Pantaleón?», en el primer párrafo.

Evidentemente, era lógico que al traducir le llamara la atención dicho párrafo. Un aceite destilado, en su fase cuarta, de color rojizo y textura viscosa, que crece y decrece —¿en una ampolla, quizás?— con las fases de la Luna, ¿no podría ser considerado como un «aceite milagroso» siglos atrás? Ahora bien, ¿quién podía acometer esta experiencia en sus retorteros? El alemán dice más adelante que un tal Bartolomeo de Montagna, de Padua, «hacía grandes elogios de la sangre humana sublimada», y añade: «Sin embargo, ciertamente, no la sabían preparar...». El autor reseña a continuación el procedimiento. Pero —es una pregunta personal— ¿cómo podía un italiano de Padua preparar el «aceite santo»? ¿Y el esperma de ballena dónde está? El padre Agustín Fernández me contó que la cosmética actual emplea mucho el esperma de ballena para productos de belleza para la mujer, especialmente en la eliminación de arrugas. Me mostró un libro, editado en Barcelona, del año 1903, que cita el esperma de ballena entre los ingredientes necesarios para un producto contra las arrugas.

Cuando nos despedimos, me prometió que un día, cuando tuviera tiempo, se pondría manos a la obra y trataría de obtener el «aceite santo». Le rogué que me lo comunicara. Y mientras esperaba su llamada pensaba con la imaginación desatada que el monasterio de El Escorial podría terminar convirtiéndose en algo parecido a la abadía a la que llegan Guillermo de Baskerville y Adso de Melk, en la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa*. Bastaría con que el padre Agustín descubriera el «aceite santo» y la Camorra napolitana tomará sus medidas... Todo, evidentemente, comenzaría con un asesinato, el del padre Agustín Fernández, por supuesto.

El día 23 de abril de 1988 me trasladé nuevamente a San Lorenzo de El Escorial para llevar a cabo el «experimento», permítanme que lo denomine así, en el Real Colegio de Alfonso XII, donde ejerce sus funciones docentes el padre Agustín Fernández, palentino de treinta y nueve años todo bondad y paciencia, al que

nunca podré agradecer el tiempo y sangre que perdió conmigo. Como marco para el experimento, San Lorenzo de El Escorial era un lugar adecuado. Antes tuve ocasión de conocer, gracias al padre Agustín, lugares cuyo paso está vedado al turista en general, ya que forman parte del claustro. De esta manera pude observar con detenimiento una especie de cuadro que acoge la «Relación de reliquias que se hallan en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial», y que en fiestas muy señaladas —como el día de San Lorenzo, por ejemplo— se muestran al devoto. Exactamente el monasterio guarda 7.422 reliquias. Luego se hace un desglose de la cifra. Cabezas enteras se registran 142 exactamente. Bien es sabido la gran afición que Felipe II tenía por las reliquias. Enviaba emisarios por toda Europa y lo compraba todo, sin parar en mientes, auténtico o falso. Obviamente, fue timado y estafado en muchas ocasiones. Algunos huesos de santo resultaron ser de animales. El gran sueño de Felipe II fue trasladar las reliquias de Santiago Apóstol a San Lorenzo de El Escorial, pero no se sabe a ciencia cierta si no lo planteó o lo vio difícil de conseguir.

Evidentemente, el caso «San Gennaro/Benevento» de seguro que se hubiera repetido con Santiago de Compostela y la capital del reino... Recorrí los pasillos del monasterio y me parecía estar escuchando las bellas notas del dúo del *Don Carlos*, de Verdi, «*È lui! L'infante...*», que una increíble y reaccionaria decisión impidió que realmente pudieran oírse cuando el director de cine y televisión, Franco Zeffirelli, solicitó rodar aquí la gran ópera del compositor de Busseto. No pudo ser... porque es posible que el espíritu de Felipe II siga reinando por estos lugares, que tantas historias ha conocido.

Ahora, en los aledaños, en una huerta que se divisa a lo lejos desde los ventanales del monasterio, todos los primeros sábados de mes se reúnen miles de creyentes que esperan el «milagro» de la aparición de la Virgen, o por lo menos su presencia incorpórea. Cierto olor a rosas parece indicarles a algunos que está con ellos. Todos esperamos siempre «un milagro», seamos o no napolitanos. Y mientras pensaba en estas triviales cosas, el padre Agustín ya se había puesto manos a la obra. Le había traído a Madrid lo que me había encargado, es decir, medio kilogramo de «esperma de ballena», adquirido al peso en una conocidísima droguería de la calle Desengaño. Había mucho público en el establecimiento, pedí la vez con un número y cuando el empleado exclamó: «¡57!», dije «esperma de ballena», con cierto pudor. No le impresionó en absoluto. Lo tenía en uno de los cientos de cajones, rotulados con títulos maravillosos. Me preguntó: «¿Cuánto?». «Medio kilo», respondí con voz queda...

Al llegar a San Lorenzo de El Escorial, el padre Agustín me esperaba. Nos fuimos a una carnicería que conocía y pedimos una tibia de buey. «¿Para el perro?», preguntó el carnicero. «No, para un experimento.» El carnicero son-

rió, convencido de que le estábamos tomando el pelo.

El tercer ingrediente, según la fórmula de Hugo Gordonio recogida por Conrad Gesner, era sangre humana. El problema era la coagulación. Por lo tanto era preciso actuar rápidamente, tras la obtención de la misma. Una doctora amiga, Sonsoles Sánchez, de Ávila obviamente con ese nombre, se avino a extraer al padre Agustín una dosis proporcional, ya que la exigencia de la receta original resultaba francamente excesiva, dado que tres libras de sangre pura y roja vienen a ser ¡litro y medio! El experimento ofrecía un problema importante: ¿cómo se debía hacer la destilación? El libro no lo dice. El padre Agustín, por intuición y experiencia profesional, optó por hacerlo «al baño maría». Así supe por qué se dice de esta manera. Es en recuerdo de «María la judía», que vivió en Alejandría. No utilizó un alambique antiguo —que los tiene—, sino uno moderno, y las dosis indicadas en el libro fueron adecuadas a cantidades más pequeñas y proporcionales. Durante tres horas estuvimos observando la pócima, que cambió de color. Finalmente, el padre Agustín extrajo un líquido viscoso... que curiosamente semejaba a chocolate. El olor también recordaba al chocolate. De sabor... ciertamente no nos atrevimos a probarlo, a pesar de las buenas cosas que promete Gesner. De ahí, quizás, el error del docto napolitano, poco instruido en fechas de descubrimientos, por otra parte. El padre Agustín introdujo el líquido rojizo, grasiento, en una ampolla y me la entregó sonriente, diciendo: «Hace muchos años, por traducir el *Cantar de los Cantares*, a un padre agustino le metieron en la cárcel durante cinco años. Yo no me hubiera librado de cuarenta, por lo menos... ». «O de la excomunión», le corregí.

La ampolla la tengo en mi casa, dentro de una vitrina de cristal, erguida, con una señal que indica su nivel primitivo... a la espera de que la luna, algún día, cuando crezca, o decrezca, refleje su poder, no solamente en el flujo y reflujo de los mares, en el cuerpo humano, en los lunáticos y en nuestro temperamento, sino también en mi ampolla. Y si algo sucediera no gritaré ¡Milagro!... ni volveré a Nápoles, por si acaso. La Camorra tiene gran fe en San Gennaro.

Olvidándome ya de la sangre, y volviendo a los restos, contaba que el obispo Severo, o Cosimo, los llevó a Nápoles, siendo enterrados en las catacumbas que llevan su nombre. Pero los beneventinos, sus diocesanos, no estaban muy de acuerdo con aquel traslado porque San Gennaro era en vida su obispo. Cinco siglos más tarde, Sicone, duque de Benevento, sitió Nápoles en el año 817. Un espía le confiesa saber el lugar exacto donde estaba el santo cuerpo, en las catacumbas. Una noche penetraron silenciosamente en las mismas y robaron los restos, llevándolos a Benevento. Y en Benevento permanecieron hasta 1159, en que fueron trasladados a Montevergine.

Durante dos siglos no se supo nada, hasta que en 1440 fueron encontrados por casualidad. Los monjes se negaron a entregar los restos a los napolitanos. Hubo de intervenir el papa y finalmente regresaron a Nápoles el año 1497. Y en el Duomo siguen... Hablando de las catacumbas de San Gennaro recomiendo vivamente su conocimiento. Pueden ser visitadas solamente por las mañanas los viernes, sábados, domingos y días festivos y con guía.

Son muchas las guías turísticas que sugieren varios «itinerarios», sin tener en cuenta el tiempo a emplear en la visita y en llegar al lugar. También conviene tener en cuenta tres cosas fundamentales: si el lugar a visitar está «in restauro», los días y horas en que se abren al público y si hay alguna huelga de personal. Resulta imposible ver en una mañana, como recomiendan ciertas guías, el Palacio Real y Parque de Capodimonte y las catacumbas de San Gennaro. Capodimonte solamente se puede visitar por las mañanas, al igual que las catacumbas, y no hay materialmente tiempo para contemplar tanta belleza encerrada en el palacio en dos o tres horas, si es que se reparte el tiempo matinal con las catacumbas de San Gennaro. Y es una lástima porque están muy próximas.

De Plaza Dante parten los autobuses urbanos para Capodimonte. Pronto se deja a la derecha, en Via Pessina, la mole del Museo Arqueológico Nacional para afrontar la Via Santa Teresa degli Scalzi, construida a inicios del

siglo XIX por José Bonaparte y Joaquín Murat, que la bautizaron con el nombre de «Corso Napoleón». Al igual que el puente que salva el

Palacio Real

barrio de la Sanitá, el primer barrio creado extramuros y con los servicios sanitarios más modernos para su época. De ahí su nombre... En la citada vía se encuentra la iglesia del mismo nombre. En el número 84 —hay que prestar atención, porque la lápida pasa inadvertida— se encuentra la casa donde vivió durante cuatro años, y murió, Giacomo Leopardi. Les hablaré más tarde de su tumba, digna de verse. Más adelante se llega a una plaza llamada «Emiciclo de Capodimonte». En medio, una pequeña lápida en recuerdo del rey Umberto I, con las famosas palabras pronunciadas en 1884 al enterarse de que una epidemia de cólera asolaba, una vez más, la ciudad cuando se aprestaba a ir a las fiestas de una localidad del norte de Italia: «En Pordenone se festeja, en Nápoles se muere. Voy a Nápoles». Pocas veces una fra-

se había sido tan electoralista y oportunista. De todos modos, de poco le valió. Tras pasar el puente de la Sanitá, se inicia el recorrido del Corso Amedeo de Savoia, inaugurado también por José Bonaparte en 1809.

Al final, se llega a una plaza —«Tondo de Capodimonte»— de la que arranca una pronunciada cuesta en curva. Al final de la primera rampa se encuentra la iglesia de la Madre del Buen Consejo, enorme, blanca, que recuerda —e imita— a la basílica de San Pedro en el Vaticano. Su interior no recoge grandes cosas, pero en el exterior se topa con el último «milagro» napolitano. En la escalinata principal, en el suelo, se yergue una estatua de la Virgen con el Niño. Estaba emplazada arriba del todo, pero el terremoto del 23 de noviembre de 1980 hizo que cayera a tierra desde gran altura... sin romperse ni mancharse. Nadie ha osado moverla y las parejas de novios, una vez contraído matrimonio, se hacen inevitablemente una foto ante la estatua «milagrosa».

Detrás de esta iglesia, a la izquierda y al fondo, está ubicada la entrada a las catacumbas de San Gennaro. En Nápoles hubo muchos cementerios cristianos y por lo tanto muchas catacumbas. Además de las de San Gennaro, están la catacumba de San Gaudioso, junto a la basílica de Santa Maria della Sanitá, que todos llaman «de San Vincenzo», la catacumba de San Severo, en la Sanitá, cerca de la parroquia del mismo nombre, y la catacumba de San Efebo o Eufebio, cerca de la iglesia de la Inmaculada Concepción, en la zona de Capodichino, es decir, del aeropuerto.

Morbosamente hablando, las catacumbas de San Gaudioso resultan las más atractivas, dado que ofrecen a la vista del curioso el increíble espectáculo de los cráneos expuestos y completados con dibujos del esqueleto, mostrando la categoría social o profesión del sepultado. Sí, sepultado, porque en el seiscientos era costumbre excavar nichos poco profundos y colocar a los cadáveres, sentados, hasta que se disecaban. Una vez llegados a este punto, el nicho era murado y la pared solamente dejaba al descubierto el cráneo. El resto del esqueleto, como digo, se dibujaba sobre el muro. De todos modos, las catacumbas de San Gaudioso, abandonadas, solamente muestran una pequeña parte de lo mucho que se extienden, y parece ser que se unían con las de San Gennaro. Nada más atravesar el puente de la Sanitá, del que hablaba anteriormente, un letrero, ya en el Corso Amedeo de Savoia, indica la dirección a tomar, a mano izquierda.

Por lo que respecta a las catacumbas de San Gennaro, constituyen el cementerio paleocristiano más grande de Nápoles, y ofrecen un gran número de pinturas y mosaicos, varios de ellos descubiertos recientemente. Precisamente, en mi visita en septiembre de 1987 me mostró el guía un maravilloso mosaico todavía sin identificar en lo que pudiera representar. Las catacumbas de San Gennaro no son un lugar tétrico, cerrado, tenebroso, con pasadizos,

como las catacumbas romanas. Más bien se trata de un templo bajo tierra, que permite conocer el iter del arte cristiano desde el siglo II hasta el IX. La cripta de los obispos y la antigua tumba de San Gennaro, descubierta no hace muchos años, resultan muy interesantes de ver y admirar. El guía muestra siempre, como gran atracción, una imagen de San Gennaro, del siglo V, la más antigua que se conserva y conoce. Parece ser que las catacumbas, siglos atrás, se convirtieron en el vertedero de cientos, miles de cadáveres, que fueron arrojados de prisa y corriendo durante la terrible peste de 1656. El año 1841 el abad Romanelli exploró las catacumbas y se encontró con un dantesco espectáculo. Miles de esqueletos, revueltos, mezclados, en montones confusos, con las mismas vestimentas que tenían al morir y que se conservaban intactas en aquel lugar. Cuando decidieron rehabilitar las catacumbas para que pudieran ser admiradas, con ánimo artístico y religioso, se tomó el buen acuerdo de eliminar todo vestigio de restos humanos. Tras haber visto las catacumbas, la jornada puede resultar maravillosa con la ascensión a Capodimonte, que se encuentra muy cerca, tras una dura pendiente, que se puede afrontar a pie, en autobús urbano o en el propio coche, naturalmente. Pero, repito, atención al tiempo disponible. Capodimonte, la residencia real, es una auténtica maravilla. Desde su parque se goza de una vista preciosa, y los jardines son muy acogedores. El Palacio Real de

Capodimonte lo mandó construir Carlos de Borbón en 1738 al arquitecto Juan Antonio Medrano. Hay que tomarse mucho tiempo, ya que es enorme en proporciones. Entre porcelanas, armería, bronces, pinturas, la visita resulta francamente emocionante. Los Tiziano, Botticelli, Bellini, Masaccio, Bassano, junto a los pintores manieristas, los venecianos, los holandeses —con Peter Brueghel y su *Parábola de los ciegos*—, los flamencos y los napolitanos. Para el visitante español, emotiva resulta la visión de tres obras de José de Ribera (*San Sebastián, Sileno ebrio* y *San Jerónimo*) y de Francisco de Goya, los retratos de María Luisa de Parma y Carlos IV en copias de Agustín Esteve, y el *Beduino cazador,* de Mariano Fortuny. Las salas dedicadas a la porcelana son algo digno de verse. No olvidemos que cerca del Palacio Real se alzaba la famosa Fábrica de Porcelana de Capodimonte, instituida por Carlos de Borbón en 1739 al estilo de la de Sajonia.

Desgraciadamente, en 1805 dejó de funcionar, y en su lugar, en la actualidad, funciona el llamado Instituto Profesional Estatal para la Industria de la Cerámica y de la Porcelana.

De todos modos, voy a confesar mi debilidad en Capodimonte: la Galleria dell'Ottocento sin duda alguna, con sus pinturas, a veces *naïf* a veces *manierista,* otras *pompier,* de los napolitanos en particular e italianos en general. Todo italiano patriota se detiene emocionado ante el cuadro de Cammarano *Los bersaglieri al asalto de Porta Pia,* que desde mi juventud

me subyugaba con ese *bersagliere* con plumas en su penacho que cae herido... ¿De muerte? Nunca lo sabré. Y el cuadro dedicado a Luisa Sanfelice —que siempre me ha recordado a nuestra Mariana Pineda—, obra de Gioacchino Toma, titulado *Luisa Sanfelice deportada a Palermo*... y tantos otros. Dejo al criterio de cada cual las visitas a cumplimentar en Capodimonte, y lo mismo vale para el Museo Arqueológico Nacional, que he citado anteriormente.

Museo Arqueológio Nacional

Hay que verlo absolutamente. Cierto es que lleva mucho tiempo en obras y trabajos de renovación, modernización y adecentamiento, pero es obligada su visita porque encierra una de las más importantescolecciones de antigüedades del mundo. Aquí está la civilización grecorromana en todo su esplendor a través de las esculturas, en mármol y bronce, pinturas, mosaicos, objetos preciosos, etc. Los hay que afirman que para conocer mejor la antigua Grecia no basta con ir a visitarla, sino que

además hay que ir al Museo Británico de Londres, y algo parecido sucede con Pompeya, Herculano... y Nápoles. Porque aquí está todo lo que había en las dos citadas localidades, de obligadísima visita también. Fue Carlos III de Borbón quien tuvo la idea, tras la consecución de Capodimonte, de destinar la Universidad de los Estudios, anteriormente caballerizas reales construidas en 1585, a albergar, como museo, todo el material arqueológico disperso y posteriormente localizado y recogido en toda la Italia meridional. Por lo menos una mañana —por las tardes el museo se cierra y también los lunes, pero es mejor confirmarlo— es necesario dedicarla a su visita completa y detenida. En esto, todas las guías serias coinciden... sin olvidar dos estatuas que pueden muy bien ser comparadas a los «bronces de Riace», y son las de Armodio y Aristogitone. De todos modos, Luciano de Crescenzo asegura que varias esculturas provenientes de las excavaciones de Pompeya no se muestran al público por considerarse «escandalosas».

Para completar el trío de los grandes museos napolitanos, me falta referirme al Museo Nazionale di San Martino, precisamente con el que he arrancado este capítulo, al referirme a las maravillosas vistas que se gozan desde sus terrazas.

El museo se asienta en lo que fue Cartuja de San Martino y está considerado como «el más típico monumento del barroco napolitano del seiscientos», gracias a los trabajos de Co-

simo Fanzago. Bajo la protección del Castillo de Sant'Elmo, visto el complejo desde lejos, desde el mar, da la impresión de que castillo y cartuja forman un todo. Erigida en el siglo XIV por deseo de Carlos de Anjou, terminó su construcción la célebre reina Juana I. A partir de 1860, con la Unidad, pasó a ser propiedad del Estado italiano, y por iniciativa del arqueólogo Giuseppe Fiorelli pasó a convertirse en el Museo Nacional de San Martino. Verdaderamente ha tenido mala suerte, porque cerrado y despojado de sus tesoros en 1940 por temor a los bombardeos —temor que desgraciadamente se confirmó—, fue modernizado y dispuesto con modernos criterios en los años sesenta, culminando la labor en 1974. Desgraciadamente, y lo he dicho al comienzo —al referirme a la entrevista que mantuve con su director, el señor Fittipaldi—, el terremoto de 1980 volvió a dañarlo, como bien lo pude comprobar. De todos modos, las obras de restauración prosiguen y afectan, por desgracia, a los famosos «pesebres» napolitanos que no estaban a la vista del público. Gracias a la gentileza del señor Fittipaldi me mostraron las salas, que espero estén ya abiertas al público cuando lean estas líneas. Y es que el Museo de San Martino es célebre por su sección histórica, ya que recoge toda la historia del reino y de la ciudad; por su sección artística, que ofrece una antología de la pintura napolitana; por sus carrozas; por su sección cartográfica, topográfica, su colección de escultura... y por lo que ya he adelantado: los

«pesebres natalicios» o «nacimientos», como los denominamos los españoles. En los días navideños, la calle San Gregorio Armeno se convierte en un gigantesco bazar dedicado a la venta de figuras para el «nacimiento» casero. El más famoso de todos es el llamado «pesebre de Cuciniello», de grandes proporciones y con una completísima colección de figuras y detalles. Hay también un «pesebre siciliano» y figuras de todas clases y estilos. De todos modos, el culto por el «pesebre» ha estado tan arraigado en Nápoles que existen numerosos pesebres particulares de gran belleza y calidad artística. En el monasterio de Santa Chiara, nada más entrar a la derecha, hay también un precioso pesebre, «*a pagamento*», por supuesto.

Y de los «pesebres» al teatro. En la sección «Feste e Costumi» hay unas deliciosas acuarelas de Pier Leone Ghezzi con motivos de la máscara napolitana de *Pulcinella*, anticipo de la sección teatral dedicada al famoso Teatro San Carlino, demolido el año 1884. Se alzaba en lo que hoy es Plaza Municipio, en el largo del Castello. Entre los recuerdos que se conservan, hay uno muy especial dedicado al célebre *Pulcinella* Antonio Petito, que murió en escena, trabajando, con la máscara puesta, el 26 de marzo de 1876. En *Carrusel napolitano* hay toda una larga y sensacional secuencia dedicada a Petito, acompañada de un ballet realizado por el gran coreógrafo Leonide Massine. En la versión comercial española se cargaron toda la secuencia por su excesiva duración. Sin

comentarios. Es fundamental esta visita para quienes quieran entrar en contacto con el teatro cómico napolitano, gloria de la ciudad.

El símbolo de Nápoles ha sido siempre *Pulcinella*, nuestro «Polichinela», famoso y popular personaje de la Commedia dell'Arte, hasta que los éxitos del Napoli lo han ido sustituyendo por la figura del *scugnizzo* Gennarí, un golfillo avispado que se las sabe todas... y que ha ido asimismo sustituyendo a la tradicional mascota de siempre, el *ciuccio*, es decir, el asno, aunque también lo sigan utilizando en las grandes ocasiones... y cuando les es posible. En vísperas de proclamarse campeones de Italia, en abril de 1987, los *tifosi* encargaron veinte asnos a Cerdeña. Luego no sabían qué hacer con ellos ni qué darles de comer. Pero en las tiendas especialmente dedicadas a la venta de recuerdos de la ciudad para los turistas, están a la venta los «polichinelas» napolitanos con su típica vestimenta: jubón o camisola blanca, careta o máscara negra que contrasta con su rostro barbilampiño y blanqueado, y una gran gorra blanca, casi capirote. *Pulcinella* es uno de los elementos básicos del teatro cómico napolitano, y asumido por los eternos componentes de la comedia del arte: Colombina, Pierrot, Pantaleón...

Muchos se quieren atribuir la paternidad de *Pulcinella*. Aseguran que en un pueblo de la provincia, Acerra, entre Caserta y Nápoles, nació la máscara, «inventada» por el sastre Andrea Calcese, al que los amigos apodaban —curiosamente— «Ciuccio» y que murió en 1656. Existía una casa en Via Suesso, que por abandono terminó derrumbándose, y en la que aseguraban vivió. Otros afirman que la máscara se la puso por vez primera un campesino de Giffoni. De todos modos su origen se remonta a tiempos mucho más remotos. Otro pueblo de la Campania, Atella, está considerado la cuna del teatro cómico italiano y en el mismo nacieron las famosas máscaras protagonistas de las *fabulae atellanae* o *ludi osci*, que eran muy bien acogidas por los romanos, pero que degeneraron hasta ser prohibidas por la autoridad. Las máscaras tenían sus nombres: Maccus, Pappus, Buccus, Dossennus. Al parecer Maccus sería convertida más tarde en *Pulcinella*. Fueron el soporte de la comedia romana y con el transcurso de los siglos terminarían

Pulcinella

convirtiéndose en los protagonistas de la Commedia dell'Arte. También de los *ludi osci* se derivó nuestra palabra «obsceno», debido al contenido que dichas comedias ofrecían. También en los teatros de marionetas —*le guarattelle*— *Pulcinella* o *Policenella* tienen presencia permanente.

De San Martino amo con predilección tres cosas: los jardines, el claustro y Ribera. En 1969 volvieron a abrirse al público lo que fueran, siglos atrás, el huerto de los cartujos y el herbario de la farmacia. Son unas balconadas o terrazas situadas en planos o niveles distintos, desde las que se gozan unas vistas maravillosas, únicas en el mundo. Aquí sí que morían los cartujos tranquilamente, viendo Nápoles durante toda su vida. También el prior tenía su huerto con una preciosa pérgola y bancales; más abajo, viñedos. En el claustro grande, la Muerte es recordada en el pequeño cementerio, con cráneos pétreos. Nuevamente salen a relucir los cráneos: en la catacumba de San Gaudioso, en el Duomo el cráneo de Gennaro, ahora los cráneos en piedra de San Martino, para tener siempre presente que en polvo y cráneos acabaremos todos. Esa fijación napolitana de la Muerte puede muy bien ser comprendida por el español mejor que ningún otro y secuela de una cultura —compartida por ambos pueblos— romana, católica y apostólica, asentada en un medioevo oscuro, tenebroso y amparada por una Iglesia que imponía la religión por el miedo y permitía que la devoción

se convirtiera en superstición, sin hacer nada por evitarlo.

En la Capilla del Tesoro se exhibe un *Descendimiento* (1637). Y por otros lugares, la *Comunión de los Apóstoles* (1651), de José Ribera, el español de Játiva al que los napolitanos llaman «lo Spagnoletto». Vivió muchos años en Nápoles y dicen que se labró fama de hombre egoísta, cruel, envidioso y despiadado con sus rivales. Aseguran que envenenó al célebre Dominichino y da la impresión de que estamos ante otro caso «Mozart-Salieri» al revés, porque de Dominichino pocos se acuerdan, pero la obra de Ribera está ahí, para admiración de todos.

Por lo que respecta al Castillo Sant'Elmo, parece ser que su nombre le viene por la existencia, en el siglo X, de una iglesia en dicho lugar dedicada a San Erasmos, luego Eramo, Ermo... Es una gran fortaleza con mucha historia y muchos asedios sufridos. Pedro de Toledo le confirió su forma estrellada. Sus calabozos han acogido a muchos napolitanos ilustres tras la caída de la República Partenopea. Aquí se rindieron al cardenal Ruffo, siendo posteriormente muchos de ellos ejecutados o deportados.

En la actualidad es cárcel militar y no está abierta al público en general. Una vez arriba, en el Vomero, quien aprecie la cerámica y no quede saciado tras lo visto en Capodimonte, puede aprovechar la proximidad de la Villa Floridiana. Es una magnífica mansión llamada así

porque fue donada por Fernando I de Borbón a su mujer morganática, la duquesa de Floridia. En la actualidad alberga el Museo Nacional de la Cerámica Duque de Martina, y exhibe una valiosísima colección —donada en 1931 a la ciudad de Nápoles por la viuda del duque de Martina, Placido di Sangro— de porcelanas mayólicas europeas, chinas y japonesas.

Al hablar de San Gennaro, he hecho una alusión a un recorrido «gennariano» y «sanseveriano». Ardo en deseos de hablar del inquietante príncipe de Sansevero. Para ello es preciso que nos lancemos al Nápoles antiguo, viejo, como quieran llamarle. Muy cerca de la Plaza Dante, pero en dirección contraria a la de Capodimonte —el plano es esencial—, detrás de la iglesia de San Domenico Maggiore —de la que ya hablaré más adelante— se encuentra una calle estrecha a la que se debe estar muy atento para no pasar de largo. Es la Via de Sanctis. Mejor sería llamarla *vicolo*. En el número 19 se halla el Palacio de los Sangro y la Capilla Sansevero. Fundada en 1590 por Juan Francisco Sangro como capilla funeraria de la familia, fue decorada años más tarde a su manera, entre 1749 y 1766, por Raimondo de Sangro, príncipe de Sansevero. Este príncipe vivió entre 1710 y 1771 y la fantasía napolitana le ha convertido en personaje de leyenda. Masón, quiromántico, inventor, mixtificador, escritor, artista, humanista, mecenas, filósofo, astrónomo, brujo, mago, hombre de armas... Lo fue todo. Benedetto Croce no lo trata con mucho

cariño en sus *Historias y leyendas napolitanas*, y cuenta que mató nada menos que a siete cardenales y con sus huesos construyó otras tantas sillas, utilizando la piel para los asientos... Lo que sí es cierto, y esto lo digo porque existe un plano que se conserva todavía, es que el príncipe de Sansevero inventó una «carroza anfibia», ciertamente de escasa utilidad, pero el pueblo napolitano magnificó el invento hasta hacerlo «milagroso».

Dicho todo esto acerca de su personalidad, penetremos en la capilla, tras haber pagado a la entrada, claro está. Aquí el arte se convierte en habilidad técnica, alucinación, prodigio, virtuosismo propio del setecientos napolitano, a través de tres estatuas fundamentalmente: *Desengaño*, *Pudizia* y *Cristo Velato*. La primera es de Queirolo, y representa un hombre que se libera de una red con la ayuda de un Genio, que simboliza su voluntad de renacer. Es obligado admirar la red, que no está hecha de una sola pieza, pero lo parece por la gran técnica desarrollada en su confección. La célebre *Pudizia* de Corradini es también otra muestra maravillosa del artista, pero todo ello queda oscurecido por la más famosa de las estatuas del lugar, el *Cristo Velato* de Sanmartino. El cuerpo del Salvador, yacente y desnudo, está recubierto con un velo ligero, transparente... de mármol. El velo forma parte integrante de la estatua, realizado en un solo bloque, no observándose ninguna juntura. Hoy día no podría hacerse nada parecido porque se desco-

noce la técnica empleada. Fue realizado en 1753 y naturalmente hay una leyenda napolitana, vulgar por cierto, porque de tal tipo existen en todo el mundo, que comenta que el príncipe dejó ciego al artista, tras culminar su obra, para que no volviera a hacer nada parecido...

La muy seria guía del Touring Club termina aquí la visita a la capilla, pero, ¡atención!, que lo más macabro de Nápoles está indicado en la misma capilla con un letrero. Una escalera de madera conduce a un sótano y en una sala, en un armario, se exhiben dos esqueletos... muy singulares. Aquí quizás debería haber un letrero que avise a las personas de sensibilidad acusada que pueden arruinar el almuerzo... si la visita la realizan por la mañana. Los esqueletos pertenecen a un hombre y a una mujer. De ella se sabe que era negra y que sufrió una cesárea. No son dos esqueletos cualesquiera, porque ofrecen a la vista todo su interior, es decir, huesos, corazón, venas, arterias, los mismos que en vida, conservados gracias a un proceso de «metalización» que el príncipe descubrió y del que se ha perdido la fórmula. Se dice que el príncipe suministró una sustancia química por él inventada a los dos siervos cuando todavía estaban vivos, para que la circulación sanguínea facilitara la mejor distribución del líquido por todo el cuerpo. A muchos les cuesta creer que «aquello» sean dos cuerpos humanos y afirman que todo es de plástico... Pero falta añadir un detalle, como el chocolate

de San Gennaro: que todavía, en los tiempos del príncipe, no se había inventado el plástico. Claro que de haber vivido más tiempo seguro que lo hubiera conseguido...

VI

Tras abandonar este museo de los horrores, sugiero otra visita más emotiva y musical... ¿Aman la ópera? Para mí es una pasión. Pero no encuentro muchas personas que la quieran compartir. Tuve ocasión de entrevistar en Busseto al biznieto —no consanguíneo— del gran Giuseppe Verdi, notario de dicha localidad, y comprobé con desilusión que no compartía mi gran admiración por su bisabuelo adoptivo. Lo mismo sucede con muchos italianos, incluidos los napolitanos. Tienen un famosísimo teatro de ópera, pero hace tiempo que no está a la altura de su gloriosa historia. El 4 de noviembre de 1987 celebraron la «Fiesta teatral por el día onomástico del Teatro San Carlos en el doscientos cincuenta aniversario» con una gran gala —en la que intervino nuestra Montserrat Caballé— dedicada a la música barroca napolitana. Resulta muy interesante efectuar una visita al recinto. Por las mañanas, previo pago, es factible. La última vez que lo hice trabajaban frenéticamente, ya que faltaban escasos días para la celebración del aniversario. Durante mucho tiempo su preciosa fachada estuvo cubierta de andamios y tubulares, pero el día fijado todo estaba listo para que las cámaras de la RAI italiana ofrecieran en directo el acontecimiento a infinidad de países, excluida España, lamentablemente.

Se inauguró el 4 de noviembre de 1737, onomástica de Carlos de Borbón, que fue quien lo ideó y ordenó su construcción, apenas ocho meses antes, al ya citado arquitecto Giovanni Antonio Medrano. Se representó la ópera *Aquiles en Sciro*, de Domenico Sarro —basada en la obra de Metastasio—, que también la dirigió. Cuentan que era un teatro espléndido, que vivió momentos de esplendor. Paisiello y Cimarosa encabezan una lista brillante de autores de la época, una época que había inventado la «ópera bufa» pero que en el San Carlos no se representó. Aquí se cultivó la ópera seria y Nápoles se convirtió en la capital de la música europea. Atraídos por su fama vinieron Haydn, Johann Christian Bach, Gluck, Hasse, etc.

También los más célebres cantantes de la época ambicionaban exhibirse en el escenario del San Carlos y muchos consolidaron en el mismo su fama, como Lucrezia Anguiari y Caterina Gabrielli, así como los celebérrimos *castrati* Caffarelli (Gaetano Majorano), Farinelli (Carlos Broschi), Gizziello (Gioacchino Conti), los tres provenientes de conservatorios napolitanos, hasta llegar a Gian Battista Velluti, el último *evirato cantore*, como les llamaban en Nápoles a los cantantes castrados, de los que se cuentan increíbles anécdotas.

Su fama era universal, siendo reclamados para actuar en Madrid, Lisboa, Viena, Leningrado (entonces San Petersburgo), etc. Nápoles era el centro más renombrado en la preparación de cantantes *evirati*, y un escritor inglés

confesaba haber visto rótulos en la ciudad con la inscripción: «Aquí se castran muchachos».

Había cuatro conservatorios para ellos: Sant'Onofrio, Pietá dei Turchini, Santa Maria de Loreto y Poveri di Gesú Cristo. Este último dependía del arzobispado y los tres primeros del rey.

Pero no todos los «castrados» eran cantantes geniales. La marquesa Solari cuenta en sus memorias que en cierta ocasión fue invitada, con lady Hamilton, por el famoso Paisiello a un ensayo general de un nuevo oratorio que debía ser estrenado ante los reyes e interpretado por cien castrados. Cantaron tan mal y tan fuera de tono que Paisiello, indignado, exclamó: «¡Ah, malditos muertos, habéis sido castrados con mal tiempo!», aludiendo al hecho sabido por todos de que los castrados no cantan en el tono debido si fueron castrados en un día de adversas condiciones climatológicas.

Se cuenta la anécdota de un castrado, el año 1765, en el Teatro San Carlos, llamado Luca Fabbris, que intentó afrontar una nota demasiado alta y murió por el esfuerzo, fulminado. En 1799 los franceses decidieron suprimir la castración de niños con fines musicales, decisión que fue muy mal vista por profesores de canto y aficionados a la ópera. Protestaban al grito de: «¡Viva el cuchillo! ¡El bendito cuchillo!». Aseguran que en la década posterior la adopción de tal medida se hizo notar en Italia provocando una crisis de cantantes.

La fatídica noche del 12 de febrero de 1816,

todo el brillante historial del San Carlos se vendría abajo por culpa de un terrible incendio que lo destruyó totalmente. Seis días después, el rey Fernando I de Borbón ordenó su rápida reconstrucción. El 12 de enero de 1817 vuelve a inaugurarse y su visión subyuga a Stendhal, que escribe un apasionado elogio del teatro, que ostenta el título de teatro más antiguo de Europa en activo. La Scala es cuarenta y un años más joven y la Fenice de Venecia, cincuenta y uno. Para la reinauguración Giuseppe Cammarano pintó el techo con *Apolo presentando a Minerva los más grandes poetas del siglo,* que todavía hoy se puede admirar. El telón, en cambio, no es el mismo ya que fue sustituido en 1854 por *El Parnaso,* de Mancinelli, hoy día restaurado.

Tuve la suerte de contemplar, desde el mismo escenario, la platea sin sus butacas, ya que estaban siendo renovadas. Viéndolo de tal guisa, me la imaginaba en los tiempos en que eran eliminadas para permitir que se celebraran los famosos bailes de Carnaval.

Aseguran que tiene una acústica maravillosa, pero desgraciadamente no lo he podido comprobar con ninguna representación operística. Suspendí un viaje a Nápoles, en febrero de 1977, cuando ya teníamos —mi mujer y yo— reservadas dos butacas para ver a Carlo Bergonzi en *Andrea Chenier.* La muerte de mi padre truncó a última hora este viaje y nunca más he vuelto a intentarlo. Por este recuerdo y por la admiración que siento por Rossini, Be-

llini y Donizetti, es por lo que me emocioné cuando paseaba por el escenario, a mi aire, mientras los tramoyistas preparaban el escenario para el 250 aniversario. Me imaginaba al público escuchando por vez primera la escena de la locura de *Lucia de Lammermoor*, que se estrenó aquí, como *La sonámbula* de Bellini y *Moisés* de Rossini.

El gran Rossini tiene una historia personal y musical muy ligada al San Carlos de Nápoles.

Y es que la historia del Teatro San Carlos cambió su curso profundamente cuando se hizo cargo del mismo, en la primera mitad del ochocientos, Domenico Barbaja, a quien Alejandro Dumas apodó «príncipe de los empresarios». Barbaja, con todos sus respetos a la «Escuela napolitana», que seguía manteniendo el tipo con Mercadante, Pacini y Zingarelli, entre otros, intuyó que había que renovarse y darle un aire más moderno a la programación de cada temporada operística. Contrata como compositor y director artístico a Gioacchino Rossini.

Llegado a este punto, citar de nuevo a Stendhal resulta totalmente inevitable... y curioso. Si no lo han hecho ya, recomiendo vivamente la lectura de su precioso libro *Vida de Rossini*. «Hacia 1811 —cuenta Stendhal— la gloria de Rossini llega hasta Nápoles, ciudad que se asombró de que pudiera haber en el mundo un gran compositor no napolitano. El director de los grandes teatros de Nápoles era un tal M. Barbaja, de Milán, mozo de café que, a fuerza de jugar, y sobre todo de cortar al faraón

y de organizar timbas, hizo fortuna de varios millones...»

Inicia así Stendhal una divertida, irónica y magistral narración de los años napolitanos de Rossini a través de una óptica personal que jamás oculta su gran amor y admiración hacia todo lo italiano. Todo lo referente a la Colbran, amante de Barbaja primero, señora de Rossini después, tiene un irresistible encanto. Stendhal la admira como mujer y la detesta como cantante. «Su inmenso poder, los importantes acontecimientos que podía determinar una palabra de su boca, todo se pintaba en sus ojos españoles tan bellos y en ciertos momentos tan terribles. Era la mirada de una reina...» La Colbran fue una gran cantante, pero nos explica Stendhal que no supo admitir su declive, dado que gozaba de la protección de Rossini, del empresario... y hasta del propio rey, se decía. «En 1820 —afirma—, para procurar una verdadera alegría a los habitantes de Nápoles no era la Constitución de España lo que había de darles, sino que había que liberarles de mademoiselle Colbran.» Para Stendhal, Rossini componía sus óperas en Nápoles pensando en su amada Colbran y en sus limitadas facultades, pasión que, a su parecer, le perjudicó. Pero los napolitanos se congraciaron con él en 1819, cuando compuso una «misa» tan bella que según Stendhal uno de los sacerdotes exclamó: «En serio, Rossini, si llamas a la puerta del Paraíso con esta misa, San Pedro no tendrá más remedio que abrirte a pesar de tus pecados...».

Lo que admira Stendhal de este Rossini napolitano es su desprecio por los «libretos serios» que le presentan. «Es el primero en burlarse de ellos y cuando ha acabado de reír, dice: "Y sin embargo, de aquí a dos años esto se cantará de Barcelona a Petersburgo. ¡Gran triunfo de la música!".»

Ocho años permaneció en Nápoles —de 1815 a 1822— y en el San Carlos estrenó varias de sus óperas, entre ellas *Ermione, Armida, Mosé, La donna del lago, Zelmira* y, si no como «estreno» —ya que se verificó en el Teatro Fondo, porque todavía el San Carlos estaba en obras— sí como «reestreno», *Otello*, con el español Manuel García como protagonista, padre de la famosa María Malibrán, que compartió temporadas con Giuditta Pasta, Rubini y dos tenores franceses: Adolphe Nourrit y Gilbert Duprez. Este último inventó el «do de pecho». Nourrit, no pudiendo resistir los éxitos de su paisano, una noche se suicidó arrojándose desde la habitación de su hotel napolitano el 8 de marzo de 1839.

Al término de una representación de *Zelmira*, Rossini huyó con su protagonista, la soprano española Isabel Colbran, que era amante del empresario, y con la cual terminaría casándose. El empresario dio entonces la oportunidad a un joven prometedor: Gaetano Donizetti. La anécdota me recuerda la trama de nuestras zarzuelas, al estilo de *El dúo de la africana*... Donizetti compuso para el San Carlos dieciséis óperas, entre ellas la citada *Lucia*, con

el rey del «do de pecho», Duprez, en el papel de Edgardo y la soprano Tacchinardi-Persiani en el de Lucía. En 1826, Barbaja estrenó la ópera de un estudiante del Conservatorio San Pietro a Majella. Su título: *Bianca e Fernando*. Su nombre: Vincenzo Bellini.

Más tarde vendría a Nápoles el gran Verdi, que estrenó varias de sus óperas en este coliseo... menos una: *Gustavo III*, prohibida por la censura en el último momento. Hechos los cambios pertinentes, la estrenaría en Roma con el título de *Un ballo in maschera*. A punto estuvo Verdi, animado por su segunda mujer, la Strepponi, de comprar una casa en Nápoles y transcurrir en ella los inviernos. Finalmente optó por Génova, dado que estaba mucho más cerca de su Sant'Agata, en Busseto.

A principios de este siglo, el San Carlos va a conocer las óperas de Puccini, Mascagni y de cuatro napolitanos ilustres —por nacimiento o estudios—: Leoncavallo, Giordano, Cilea y Alfano. Luego, el público napolitano acogerá a Wagner, cuyas óperas inaugurarán las temporadas durante diez años.

En el San Carlos se estrenaron *Francesca da Rimini*, de Zandonai, y *Fedra*, de Ildebrando Pizzetti... las dos con libreto de Gabriele D'Annunzio, que como ya he contado también escribió una de las más bellas canciones napolitanas: *A vuchella*.

Durante la II Guerra Mundial, el San Carlos sufrió algunos daños motivados por los bombardeos aliados. Desde 1943 hasta 1946 fue un

teatro al servicio de las tropas de ocupación. Los napolitanos solamente podían acceder a la galería. En 1948 volvió de nuevo a su normalidad... y sigue adelante, indeciso ante su porvenir y dividiendo a los napolitanos en dos bandos: los que creen en su futuro, porque hay una nueva generación de melómanos consecuentes, jóvenes que empiezan a descubrir el encanto de la ópera, y los que piensan que los napolitanos no aman la ópera y que solamente es patrimonio de una élite burguesa.

En un artículo publicado en *Il Mattino* a propósito del aniversario citado, Max Vajro, un periodista que trabajó en el San Carlos, sugería, con ironía, que lo mejor que le podía ocurrir al teatro era cerrarlo y hacer uno nuevo. De esta manera podría visitarse como museo sin que su uso lo fuera dañando, como sucede en la actualidad. Y recordaba que el teatro sólo puede acoger un millar de espectadores, de los cuales la mitad ven mal las representaciones desde el fondo de los palcos.

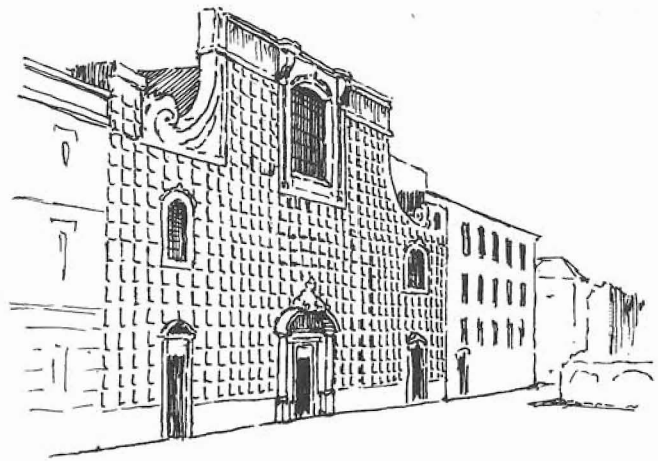
Dado que las representaciones suelen oscilar entre cinco y diez, calculaba que el costo económico resulta elevadísimo. Nada mejor, añadía, que construir «otro» San Carlos para diez mil espectadores. Quizás tenga razón... pero, ¿y el dinero? Una pregunta determinante en Nápoles...

La aconsejada visita al Teatro San Carlos ha de ser completada, por fuerza, para quien ama la música, con otra al famoso Conservatorio de Música San Pietro a Majella. Desgraciadamente ha estado muchos años *in restauro* por culpa de un incendio acaecido en 1973. Las obras de restauración se eternizaron, pero el terremoto de 1980, irónicamente, le favoreció, ya que pudo afrontar, en el año que estuvo cerrado, obras decisivas de modernización. Edificado en lo que fue convento de los celestinos, situado en la vieja Nápoles, en el corazón de Spaccanapoli, tiene fama de ser el más antiguo conservatorio de Italia y el más bello, con un claustro maravilloso.

Setecientos cincuenta alumnos de media, aulas modernas y abundantes y con una gran tradición de escuela pianística y violinista. De aquí salieron el director de orquesta Riccardo Muti, el violinista Salvatore Accardo y los grandes cantantes de ópera Maria Caniglia y Ebe Stignani. Pero lo que no perdonaron al San Carlos de Nápoles es que en el 250 aniversario... ¡no invitaran al director del conservatorio! Típica historia napolitana, hecha de celos, pasiones, susceptibilidades, rivalidades y agravios. Como en una ópera... Afortunadamente, del incendio se salvó por entero la biblioteca, quizás la más valiosa del mundo, con sus diez mil manuscritos, en gran parte obras maestras del seiscientos y setecientos, de la Escuela napolitana del ochocientos, partituras de Rossini, Verdi, Donizetti... Está abierta a los estudiosos solamente. En cambio, todo el que quiera puede visitar el interesantísimo Museo Histórico del Conservatorio, que exhibe una maravillosa colección de instrumentos musicales.

He hablado de museos, catacumbas, castillos, milagros, morbosidades y música, pero me falta en la relación el museo más grandioso de todos: la vieja Nápoles. Ya me referí anteriormente al hecho de que Via Toledo, la famosa calle cantada y alabada por muchos escritores que por Nápoles pasaron —Stendhal sobre todos y al que el Municipio, agradecido, le dedicó una modesta calle, que desemboca en la misma precisamente—, dividió la ciudad en dos partes. Pero, antes, otra vía, perpendicular a Via Toledo, corta también la ciudad en dos. Es la famosa Spaccanapoli, que viene a significar «corta Nápoles». Desde San Martino y su terraza se puede divisar perfectamente su trazo, estrecho y rectilíneo, de unos dos kilómetros y medio de longitud. Si Via Toledo es la calle ancha, Spaccanapoli es la estrecha, pero las dos igualmente bulliciosas. Sus diversos tramos dan origen a siete calles: Pasquale Scura, Domenico Capitelli, Benedetto Croce, San Biagio dei Librai, Vicaria Vecchia, Forcella y Giudecca. Invito a perderse por sus calles, andar, mirar, curiosear, «descubrir» esas tiendas donde —a manera de hospitales— reparan muñecas, «santos» y figuras en general, y esas otras que venden objetos religiosos de increíble mal gusto, un *kitsch* basado en devociones primitivas e ingenuas —jamás me olvidaré de un sonrosado niño Jesús durmiente, de plástico, con su cadenita al cuello, en una urna de cristal y música...—, pedir una *spremutta* de limón o naranja en los puestos «ambulantes», pero que son fi-

jos, con su largo ceremonial que va desde la elección de los limones adecuados, su corte y exprimido, todo hecho con calma, cuidado y sin prisas, porque en Nápoles las cosas se hacen sin prisas. Hay tanto que ver... y todo tan maravilloso, tan abandonado, tan miserable al mismo tiempo. Bajando por Domenico Capitelli, de repente se encuentra uno con la Plaza del Gesú y la famosísima aguja de la Inmaculada, en medio de dos edificaciones de ineludible visita: la iglesia de Gesú Nuovo y Santa Chiara. La «Guglia» de la Inmaculada, de trein-



Gesú Nuovo

ta metros de altura, es un típico exponente del barroco napolitano y fue construida entre 1747 y 1750. Cuarenta y dos años antes surgía en su lugar una estatua ecuestre de Felipe V de

España, en recuerdo de su visita a la ciudad, pero el furor popular se la cargó el 7 de agosto de 1707 y por suscripción pública se erigió la susodicha aguja. Para consuelo de patriotas, digamos que la aguja, en su balaustrada, exhibe cuatro estatuas y una de ellas es la de San Ignacio de Loyola, cosa que no ha de extrañar sabiendo que la iglesia de enfrente, la de Gesú Nuovo, es y fue edificada por los jesuitas sobre lo que antiguamente era el Palacio Sanseverino, entre 1584 y 1601. Se conserva gran parte de la fachada, hecha a base de puntas de diamantes, que siempre me recuerda la basílica de Aránzazu, en mi Guipúzcoa natal. La iglesia sufrió un incendio en 1639 y un terremoto el 5 de junio de 1688 que derrumbó la cúpula. La sustituta fue declarada «en peligro» años más tarde y lo que vemos ahora es una *scodella* de Ignazio di Nardo. La última vez que visité la iglesia, un domingo muy concurrido, las voces provenientes de uno de los confesionarios retumbaban en la nave y supongo que de los pecados del penitente quedaron muy enterados los que guardaban turno...

Hablé de Santa Clara al referirme a la canción napolitana *Monasterio Santa Clara*. Es una visita emotiva e ineludible. Lo que se admira y contempla son dos cosas diferentes: la iglesia por un lado y el claustro por otro. El autor de la letra de la canción, como contaba, confundió ambas cosas. Lo que las bombas aliadas destruyeron, el fatídico día 4 de agosto de 1943, fue la iglesia y su techumbre, la configuración barroca y muchos monumentos del interior de la misma. En la entrada de la iglesia se exhiben unas impresionantes fotografías en las que se puede apreciar cómo quedó la iglesia tras el incendio, que duró cuarenta y ocho horas. Nada se pudo hacer para atajarlo... Pero como no hay mal que por bien no venga, el incendio —según algunos— sirvió para que la iglesia, en su reconstrucción, mostrara de nuevo al devoto y visitante su original estilo gótico-provenzal, aunque otros lamentan que la maravillosa tardobarroca, que la convirtió en una de las iglesias más espléndidas del mundo en el setecientos, fuera pasto de las llamas.

Desde San Martino y su terraza se aprecia muy bien Santa Clara y su nuevo tejado, ya que Santa Clara tiene una nave de excepcional altura, unos cuarenta metros, con materiales utilizados en su época, sólo superada por las catedrales de Milán, Utrecht y Beauvais. También sufrió la sacudida del terremoto del 23 de noviembre de 1980, forzosamente citado varias veces. La estructura, del 1300, lo soportó muy bien —como siempre—, pero no así la cara interna del techo, de reciente construcción, que hubo de ser reforzado. La iglesia de Santa Clara es uno de los más importantes monumentos medievales de Nápoles y se comenzó a construir en 1310 por voluntad del rey Roberto I de Anjou, apodado «El Sabio», enterrado detrás del altar mayor, en una grandiosa tumba, obra de Giovanni y Pacio Bertini, de Florencia. El incendio de 1943 la afectó gra-

vemente y las pilastras que sujetaban el baldaquino se vinieron abajo, pero quedó intacto el sarcófago y las figuras alegóricas, entre ellas la de su segunda mujer —a su derecha—, la reina Sancha de Mallorca (la primera fue Violante, hija de Pedro III de Aragón), la que hizo posible la iglesia y el convento de Clarisas, por dispensa del papa Juan XXII, ya que el reglamento establecía una distancia a observar entre las casas religiosas. Los actuales franciscanos, que se ocupan de Santa Clara, lo tienen todo bien organizado y dispuesto. He hablado con ellos en varias ocasiones, la última a propósito de su agudo sentido del humor, ya que en el famoso claustro, del que luego hablaré, hay un cartel que dice: «No crea que escribiendo su nombre aquí pasará a la Historia. Nos encargaremos rápidamente de borrarlo». Para el turista español, es especialmente interesante la décima capilla, que es la sepulcral de los Borbones. Está la tumba de María Cristina de Saboya, mujer de Fernando II, y las de las cinco hijas de Carlos III, muertas a temprana edad. También se yergue el sepulcro monumental querido por Carlos III para su primogénito el príncipe Felipe, obra de Sammartino. En total se conservan los restos de treinta y un príncipes de la Casa de Borbón, entre ellos tres reyes: Fernando I, Francisco I y Fernando II.

Tras la visita a la iglesia resulta obligado y muy emocionante la visita al claustro de las Clarisas. Para ello, es preciso salir de nuevo a

la calle, ya que por el interior está prohibido. Los franciscanos advierten, para evitar confusiones, que el convento de los franciscanos, es decir, de los hermanos menores, era en el que actualmente residen las Clarisas, y tenía su entrada junto a la iglesia, al lado derecho de su fachada. Ahora se accede desde la misma Plaza de Gesú. Para visitar el claustro hay una entrada bien indicada, a las espaldas de la iglesia, y está vigilado por los franciscanos. No se paga nada, solamente la voluntad, dice otro cartel. Y atención, porque ya lo dije, en la misma entrada se puede visitar también un sugestivo «pesebre» con figuras de pastores del seiscientos y setecientos napolitanos.

Hay que escoger bien el día y estar en buen estado de ánimo para gozar con la visita al claustro de las Clarisas, porque la sensación que se puede experimentar de paz, recogimiento y serenidad, son indescriptibles. Un día caluroso, de cielo azul, laborable, para que no haya público napolitano con niños que juegan y gritan, es lo más aconsejable. Protesté a un hermano franciscano por el hecho de que no habiendo nadie en el claustro, un servicio megafónico expandiera música religiosa, rompiendo el encanto y el silencio presuntamente imperante en el lugar. Me replicó que ponían música de fondo para disimular la algarabía de la gente.

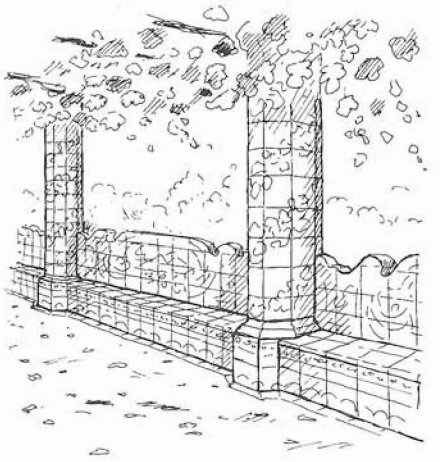
La mayólica, es decir, la cerámica, los azulejos que adornan el jardín rústico que concibiera Domenico Antonio Vaccaro en el siglo

XVIII, configura un conjunto armonioso. Los colores vivos, polícromos, en la penumbra verdusca, junto a los amarillos cálidos, recrean la vista y solazan el espíritu, y valga el tópico. Un ladrillo detenta la fecha de la decoración en cerámica: 1740, fecha en que todavía no había sido fundada la Escuela de Capodimonte. Fueron, por lo tanto, artesanos locales los autores. Sus nombres: Donato y Giuseppe Massa, discípulos a su vez de Francesco Antonio Grue, el famoso ceramista de Castelli, enviado a la cárcel de Nápoles con una sentencia de diez años de prisión por haberse rebelado contra el marqués della Valle Siciliana, que había sometido a abusivos impuestos a los artesanos de la cerámica. El virrey de Nápoles le permitió que impartiera clases de cerámica en la cárcel, dada su fama de gran artista. Es así como se forjó —entre rejas— una escuela de ceramistas napolitanos con influencia de Castelli en la producción napolitana.

Nada más indicado que adquirir en la conserjería una colección de postales a todo color de las mayólicas del claustro.

Antes de decir adiós a Santa Clara, un vistazo a su «campanile», que aun siendo alto ahora, estaba destinado a serlo mucho más que ningún otro de la ciudad. Pero el terremoto de 1456 hizo que se hundiera en parte. En 1604 se terminó su cauta reconstrucción, es decir, la que vemos ahora. Cuando la insurrección de Masaniello, fue ocupado por nuestros compatriotas, que se hicieron fuertes en su interior

e instalaron cañones en la planta del campanario.



Claustro del Monasterio de Santa Clara

De nuevo en la Plaza Gesú Nuovo, aunque se puede salir directamente desde el claustro y antes de seguir por Spaccanapoli, es importantísimo acercarse a la Plaza Monteolivetto, que está muy cerca, para ver esa maravilla de iglesia que es Santa Anna dei Lombardi. Se encuentra la Plaza Monteolivetto —así se llama también la iglesia— entre la Plaza S. D'Acquisto —denominación oficial motivada por el monumento que preside la plaza en honor del oficial de Carabineros, medalla de oro de la Resistencia, en la última contienda, aunque todo el mundo la sigue llamando Plaza Caritá, que

tomó su nombre de una pequeña y cercana iglesia— y la Plaza Gesú Nuovo.

Santa Anna dei Lombardi es, sin duda alguna, la iglesia más interesante de la ciudad por el número y valor de las esculturas del Renacimiento que contiene. Sufrió el terremoto de 1805 y fue gravemente dañada por los bombardeos de la última guerra... Afortunadamente, ha sido muy bien restaurada. De todos sus tesoros, el más conocido, popular y reproducido por todos los folletos artísticos es la *Piedad*, el grupo de la *Pietá*, en la quinta capilla, la del Oratorio del Santo Sepulcro. Son ocho figuras en terracota de tamaño natural, realizadas por Guido Mazzoni en 1492. En la actualidad se muestran al público con un conseguido juego de luces. De las ocho, llama poderosamente la atención por su realismo —como todas, pero en esta figura de la Virgen especialmente— la titulada «O lamiento», en castellano «el lamento». Los napolitanos ya se encargaron en su momento, es decir, cuando las fabricaron, de identificar a cada personaje con el correspondiente en la vida real de aquel entonces. En «San Juan» han visto reflejado a Alfonso II de Aragón. José de Arimatea sería Fernando I de Aragón, y María Magdalena, Lucrecia de Alanno o de Alagno, que en su vida particular parece ser que se le semejaba... antes de convertirse, y que era además la favorita de Alfonso.

Dejando las maledicencias, hago hincapié en el precioso «pesebre» en mármol que se muestra al visitante nada más entrar, a la izquierda, en la capilla Piccolomini, al fondo, y cuyo autor es Antonio Rossellino.

Quizás el tramo más bello y atractivo de Spaccanapoli sea el situado en la Plaza de Gesú y Via del Duomo. Es la más noble y la más rica en edificios monumentales de la vieja ciudad.

Arranca en la Via Benedetto Croce —que antes se llamaba Via Mariano Semmola, ahora «trasladada» a las afueras, junto al Hospital A. Cardarelli—. Enseguida deja a su derecha Via Santa Chiara (la salida más corta del claustro) y a la izquierda la Via San Sebastiano. Merece la pena echar un vistazo a la pequeña iglesia de Santa Marta, fundada por Margarita de Durazzo, incendiada durante la revuelta de Masaniello y más tarde restaurada. Entré y estaban celebrando misa. Cinco o seis mujeres escuchaban a un viejo sacerdote en su plática. Terminada ésta prosiguió en el altar la misa y comenzó a sonar el viejo órgano, colocado junto a la entrada. Me parecía estar en otro mundo... El nombre de la calle viene dado, obviamente, por la existencia, en el número 12, del Palacio Filomarino, construido en el siglo XIV —sufrió daños con Masaniello, pero sigue mostrando su magnífico portal barroco, obra de Sanfelice—. Y por el hecho de que en él vivió y murió el gran filósofo humanista, ensayista y escritor napolitano Benedetto Croce (1866-1952), que fundó en este palacio, el año 1947, su famoso Instituto Italiano para los Es-

tudios Históricos y que contiene una riquísima biblioteca. Obligado contemplar su patio interior, austero y amplio. Los vecinos del inmueble no parecen participar de las mismas emociones que el visitante. Tras contemplar, vía adelante, otros magníficos palacios, nuevamente se topa con otra magnífica plaza, y en medio la aguja correspondiente.

Se trata de la Plaza San Domenico Maggiore y de la iglesia que le da su nombre. Por la plaza tiene una entrada muy singular, con dos amplias escaleras laterales en piedra, una a la derecha y otra a la izquierda, que conducen al plano superior, donde está el templo. Es una de las iglesias más grandiosas de la ciudad y fue la preferida de la nobleza napolitana durante el Renacimiento. Construida en estilo gótico, fue reformada en estilo barroco y nuevamente restaurada en 1848 en estilo gótico, al igual que sucedió con Santa Clara, sin bombardeos pero con dos terremotos en su haber —1445 y 1456— y un incendio en 1506, aparte de los desastres artísticos imputables solamente a los seres humanos que han guiado sus destinos. Aquí vivió —en el convento adjunto— Santo Tomás de Aquino, y dio sus clases de teología al rey y la nobleza.

En el altar principal el crucifijo milagroso que habló a Santo Tomás diciéndole: «*Bene scripsisti de me, Thoma; quam ergo mercedem recipies?*». Tomás respondió: «*Non aliam nisi te*», y quedó muy bien. En la sacristía, cuarenta y cinco féretros que contienen los restos de

diez príncipes aragoneses y otros personajes ilustres. También estaban los restos de Alfonso I, pero en 1667 fueron trasladados a España. En otra capilla de la sacristía están los restos de Fernando Francisco de Ávalos, marqués de Pescara, héroe de la batalla de Pavía, a quien Francisco I entregó su espada en señal de rendición. La espada está junto a los restos. Para los españoles también es motivo de atracción al cuadro *Aparición del Padre Eterno a San Vicente Ferrer*, de Luca Giordano. En los intrincados subterráneos se guardan el cadáver embalsamado del célebre cardenal Ruffo, acérrimo defensor de la Iglesia y de los Borbones contra la herejía napoleónica.

De nuevo en la calle, hay muchos caminos a elegir desde la Plaza de San Domenico Maggiore. Cerca está el Palacio del Príncipe de Sansevero, que una vez visitado da opción a seguir por la también famosa Via dei Tribunali. Antes, si ha emprendido el itinerario desde Plaza Dante, se pasa por la famosa Puerta Alba o Port'Alba, donde se verán inmersos en un corto pasaje repleto de librerías, la mayoría de ellas dedicadas a la venta de textos escolares. El mes de septiembre, antes del comienzo del curso, es todo un espectáculo presenciar las colas de madres con niños a la búsqueda y captura de libros de texto. De ahí se termina en la iglesia y en el Conservatorio de Música de San Pietro a Majella, al cual ya me he referido.

Volvamos a la Via dei Tribunali. Como su propio nombre indica, tomó su nombre de los

tribunales que se concentraron hacia la mitad del siglo XVI en esta calle.

Como bien es sabido, los napolitanos, a lo largo de la historia, siempre fueron amantes de pleitos, jueces y juicios. Aman el litigio. Brillantes oradores, defensores natos de causas perdidas que siempre intentan ganar... varios films han reflejado este «vicio» napolitano del pleito y tribunales. Real como la vida misma, desde luego. En esta Via también hay, naturalmente, numerosas iglesias y templos, como la Capella Pontano, la iglesia barroca Santa Maria Maggiore, cerrada al culto por las bombas que le cayeron durante la II Guerra Mundial, y, más adelante, sobre una elevada escalinata, en Plaza San Gaetano, la iglesia de Paolo Maggiore, que no es lo que era... por culpa esta vez del terremoto del 5 de junio de 1688. ¿Recuerdan aquella inolvidable secuencia del film *Pan, amor y fantasía*, con Vittorio de Sica en el papel de comandante de carabinieri, preguntando en el pueblo, al que acaba de llegar, ante los edificios destruidos: «¿Terremoto?». «No, bombardeo...». «¿Bombardeo?». «No, terremoto...». Algo parecido ocurre en Nápoles si se pregunta mucho...

En el lado opuesto de la plaza está la famosa iglesia de San Lorenzo Maggiore, una de las más importantes iglesias medievales de Nápoles. Erigida por los franciscanos con la ayuda de Carlos I de Anjou y sus sucesores, estuvo mucho tiempo cerrada por obras de restauración, pero afortunadamente —a pesar de lo

que afirme alguna que otra guía— está abierta al público en general y devotos en particular. Sufrió el terremoto de 1731 y ha vuelto a su viejo estilo gótico.

Y si en Florencia Dante se quedó prendido de Beatriz nada más verla, aquí, en esta iglesia, ocurrió lo mismo con Boccaccio y una hermosa mujer llamada por él «Fiammetta». Aseguran que era la hija natural de Roberto de Anjou. Esto ocurrió en 1334 y la pasión al parecer le duró cuatro meses. Afirman que la tal Fiammetta era una zorra de tamaña consideración y Boccaccio cayó en sus redes. Once años más tarde se alojó en el convento otro famoso: Petrarca, que venía en misión diplomática. La noche del 24 de noviembre de 1343 no la olvidó jamás... Se lo contó a Giovanni Colona en una carta. Todo le pasó por incrédulo. Aquella noche, los napolitanos estaban muy nerviosos y agitados, porque un obispo aficionado a la astrología había pronosticado nada menos que un terremoto y un maremoto. Petrarca se fue tranquilamente a dormir, pero a media noche estalló la tormenta y se movió la tierra. Aterrorizado, bajó rápidamente a la iglesia a rezar con los frailes. Por la mañana, se acercó al mar y el maremoto no se anduvo con bromas: los barcos se hundieron, buena parte de Amalfi quedó destruida... y Petrarca por poco perece. Juró no embarcar nunca más en su vida.

De la Plaza San Gaetano se pasa enseguida a la Placita de San Gregorio Armeno, con la

iglesia del mismo nombre y el anexo monasterio, donde las monjas conservan la sangre de Santa Patrizia. La iglesia merece la pena ser visitada y la calle también, especialmente en las fiestas navideñas, ya que, como dije con anterioridad, sus numerosas tiendas y puestos ambulantes se dedican a la venta de figuritas para el Belén con todos los «accesorios» posibles e inimaginables, en un ambiente muy peculiar. Claro está que los napolitanos no se divierten solamente instalando en sus casas los «pesebres» o «nacimientos», o visitando los clásicos, es decir, los de San Martino, Santa Chiara, del Espíritu Santo, del Carmine Maggiore o el viviente de Santa Anna dei Lombardi, inspirado en el belén napolitano del Setecientos. Tienen otra manera más peligrosa de divertirse al llegar a final de año... a base de fuegos de artificio, cohetes, petardos, *botte*, auténticas bombas... y fusiles.

En la Navidad de 1987, los diarios registraron un niño muerto y 188 heridos, solamente en Nápoles. Al niño, de trece años, lo mataron cuando estaba en el balcón en la Nochevieja, presenciando la habitual algarabía. No se ha sabido quién fue. El padre, emigrado a Irlanda, no había conseguido llegar a tiempo para pasar la Nochevieja con la familia, pero llegó a tiempo para los funerales. Una historia napolitana que podría interpretarla perfectamente Eduardo di Filippo. De los heridos citados, veinticinco quedaron mancos, entre ellos tres niños de diez, trece y catorce años. En el mismo Nápoles, veintiún coches fueron incendiados y un petardo provocó un incendio en el Hospital Loreto, al penetrar por una ventana y caer sobre un colchón. La Policía suele dedicarse durante todo el año a descubrir fábricas clandestinas de cohetes, secuestrando quintales y quintales de pólvora negra y de «fuegos prohibidos», pero resulta muy difícil localizar los lugares. Desgraciadamente, una explosión, con los heridos consiguientes, suele ser el primer indicio...

Para llegar a Via Duomo, el camino más corto es la Via dei Tribunali, volviendo de nuevo a la Plaza San Gaetano. Pronto se llega a la Plaza de los Girolamini, con la iglesia del mismo nombre, llamada también de San Felipe Neri. Aquí no fue un terremoto, sino un bombardeo, el del 20 de febrero de 1943, el que dañó el interior y una parte del bello cielo raso de madera, pero ya ha sido restaurado. Terminada la visita, la calle desemboca en Via Duomo. A la izquierda, enseguida se encuentra el Duomo, con San Gennaro y todas sus consecuencias...

Alrededor del Duomo se localizan varias iglesias, algunas *in restauro* como la de San Giorgio Maggiore. A un costado del Duomo, «la aguja» de San Gennaro, elevada por voto de la ciudad tras la erupción del Vesubio en 1631, y al lado la iglesia del Monte de la Misericordia, con las «siete obras de Misericordia» de Caravaggio.

Siguiendo por Via Duomo hacia Via Foria, se llega a la Via y Plaza o Largo Donnaregina,

donde, cosas de Nápoles, hay dos iglesias con el mismo nombre. Una es barroca y la otra medieval, y se llaman Santa Maria Donnaregina. La primera sufrió gravemente los efectos de los bombardeos de la última guerra mundial y está *in restauro*. La segunda, la medieval, la iglesia «trecentesca», fue gravemente dañada por el terremoto de 1293, y entre 1928 y 1934 fue restaurada en su originario estilo gótico del siglo XIV. Es una de las iglesias más antiguas de Nápoles.

Muy cerca de ambas se encuentra otra iglesia, muy antigua también, San Giovanni a Carbonara, *in restauro* durante mucho tiempo por culpa del bombardeo aéreo del 4 de agosto de 1943. Ubicada en Via Carbonara, lugar donde se depositaban todas las inmundicias y basuras de la ciudad en tiempos de los Anjou, era también lugar de duelos y peleas. El pobre Petrarca, que no levantó cabeza en esta ciudad, asistió a un duelo y vio caer muerto a un joven, apuñalado. La gente aplaudía al vencedor y el poeta se fue aterrorizado, dejando a todos asombrados por su actitud. En la iglesia está enterrado el rey Ladislao, detrás del altar mayor, en un grandioso monumento gótico que ordenó levantar su hermana Juana II, que le sucedió. Los dos están representados sentados en sendos tronos. Dos hermanos terribles, Ladislao murió excomulgado y envenenado, según algunos historiadores, por culpa de un potente veneno administrado por un médico de Perugia, que quiso de esta manera vengarse de

la deshonra infligida a su hija. Murieron la hija y Ladislao. Un argumento modélico para Verdi, aunque algo parecido hizo en *Rigoletto*. Ladislao fue una especie de Barbazul a la napolitana. Se casó tres veces y tuvo numerosas y jovencitas favoritas. De la primera mujer obtuvo del papa Bonifacio IX la anulación matrimonial. La segunda murió tres años después del matrimonio. Al parecer era estéril, y trató de superarlo tomando extraños «fármacos». María de Lusignano murió sin conseguirlo. La tercera, Maria d'Enghien, corrió peor suerte. Era viuda y princesa de Taranto y Lecce. Ladislao se quedó con las dos localidades, y a la viuda —porque era viuda de Raimondello Orsini— la encerró en Castel Nuovo tras haberla humillado repetidas veces. Salió cuando Ladislao murió... ¿Quién le mató realmente? Hay cientos de sospechosos.

Por lo que respecta a su hermana, ya dije que Croce creía ver en ella una de las Juanas que crearon la leyenda de la reina de tal nombre. Curiosamente, en la misma iglesia, por una pequeña puerta que se abre entre las cariátides del monumento erigido a su hermano, se llega a la Capella Caracciolo del Sole, donde se encuentra el sepulcro del que fuera su amante, sir Gianni Caracciolo, personaje de leyenda también.

Odiado por todos por su ambición, murió apuñalado en el cercano Castel Capuano la noche del 18 de agosto de 1432. En el campo era un valiente, pero tenía miedo de los ratones.

No hay que confundirlo con el almirante Caracciolo, al que por instigación del almirante Nelson se le colgó en 1799 del palo mayor de la fragata *Minerva*. Está enterrado en la iglesia de Santa Maria della Catena, en Via Santa Lucia.

Llegados a este punto, bien puede decirse que todas las calles citadas vienen a desembocar en la inmensa mole del Castel Capuano, sede del Palacio de Justicia y llamada comúnmente «La vicaría». Fue residencia real hasta el siglo XV, cuando los monarcas aragoneses decidieron trasladarse a Castel Nuovo. Don Pedro de Toledo lo convirtió en sede de los tribunales. La entrada principal está presidida por el escudo de armas de Carlos V, el águila y las columnas con el lema «Plus Ultra», que tantos problemas nos acarreó. Los días laborables resulta curioso, aleccionador y divertido pasear por el patio interior, que da paso a divertidas salas de audiencia. Aquí está «el alma napolitana» en su más pura y dialéctica expresión, con sus gestos, manos, voz, inflexión... Y muy cerca del Castel, la famosísima Porta Capuana, erigida en 1484. Magnífico arco triunfal del Renacimiento, fue construida en 1484 según un proyecto de Julian de Maiano. Sus dos torres cilíndricas aragonesas son muy elegantes. Una se llama «Honor» y la otra «Virtud», pero casi ningún napolitano lo sabe... A través de los siglos, Porta Capuana vio pasar por su arco a Carlos VIII, Carlos V, Felipe V, Carlos III de Borbón, el Gran Capitán Gonzalo

de Córdoba... En «Vieja Nápoles», Felice de Filippis cuenta la famosa anécdota del rey Carlos V, que antes de pasar por la misma sintió una necesidad, bajó de su caballo y entró en un jardín cercano. Una anciana le increpó duramente, recriminándole que lo hiciera en el momento en que iba a pasar el emperador. «El emperador soy yo», pero la vieja continuaba increpándole porque no se lo creyó... Un monseñor del cortejo aclaró la cuestión, y la anciana se excusó y el cortejo continuó su rumbo.

Dando un giro, recomiendo llegar de nuevo a Via Duomo, al número 288, para visitar el Palacio Cuomo, que alberga en su interior el Museo Cívico Filangieri, con colecciones de arte muy sugestivas, monedas, armas y pinturas del siglo XVI al siglo XVIII. Me gusta mucho la preciosa maqueta de la Nápoles amurallada, que se aprecia nada más entrar. Es una de las construcciones más bellas del Renacimiento napolitano. Ironías del destino. Cuando se decidió alargar Via del Duomo, en el siglo pasado, el edificio fue demolido piedra por piedra y trasladado veinte metros sin sufrir daños. En 1943, todas sus colecciones, que por precaución habían sido retiradas del edificio y depositadas en una villa de San Paolo Belsito, fueron incendiadas por las tropas alemanas el 30 de septiembre de 1943. Lo que ahora vemos proviene de donaciones particulares y de lo salvado del incendio. La misma suerte corrieron —porque fueron también depositadas en la misma villa— las colecciones que estaban en

el Archivio di Stato. Dicho Archivo es un enorme edificio que antiguamente fue monasterio benedictino. El año 1845, Joaquín Murat lo convirtió en el Real Archivio di Stato.

Su gran atracción la constituye el famoso «claustro del Plátano», llamado así por el gran plátano de especie oriental que la tradición afirma haber sido plantado por el propio San Benito y que sus hojas curaban las heridas. Era enorme, con una altura de 8,45 metros a flor de tierra, pero tuvo que ser abatido el año 1959 porque se secó y constituía una amenaza para el edificio contiguo. Pero sin el plátano, la visita sigue siendo muy interesante y para el estudioso español mucho más, porque sus tesoros documentales son inestimables, ya que en el mismo se halla el Archivo de la Casa Real Borbón.

El Archivo está muy cerca del Museo Cívico Filangieri, y junto a él, en la Plaza de San Marcelino, la iglesia que le da nombre, varias veces restaurada, y en frente, la iglesia de los Santos Severin y Sossio, que guarda reliquias de ambos. El segundo fue compañero de martirio de San Gennaro. La iglesia quedó destruida con el terremoto de 1731 y restaurada seis años más tarde. Todavía se pueden admirar pinturas del griego Belisario Corenzio, que pintó desde 1609 hasta 1643. Tenía 85 años y un día, allá arriba, en los andamios, se sintió mal, se mareó, se cayó y se mató. Está sepultado en la misma iglesia. También están sepultados los hermanos Sanseverino —Giacomo, Sigismondo y Ascanio—, que fueron envenenados el mismo día por su tío para quedarse con la herencia.

Por el Vico Sanseverino se llega al Palacio del Monte de Piedad, con un magnífico patio interior abierto a la curiosidad del visitante, pero no así la Capilla de la Piedad, que está *in restauro*. De todos modos, su fachada es bellísima, con dos estatuas de Pietro Bernini, la *Sicurezza* y la *Caridad*, temas obligados tratándose de una institución ahorrativa y benéfica.

De aquí se sale de nuevo a Spaccanapoli, en su tramo de la Via San Biagio di Librai, camino de nuevo de la ya citada plaza de San Domenico Maggiore. Antes nos encontramos con una preciosa joya: el Palacio Carafa Santangelo, uno de los edificios más interesantes del Renacimiento en Nápoles, que exhibe elementos característicos de la arquitectura catalana con formas florentinas, de la cual hablaré más adelante.

Entre la Via Nilo y la ya citada San Biagio se toparán con una antigua estatua del Nilo yacente, que dio nombre al barrio y a la actual plaza. Importada de Egipto por los alejandrinos, al igual que su culto, le cortaron la cabeza, la enterraron, la volvieron a desenterrar y le colocaron una cabeza de hombre barbuda. Así se exhibe ahora, en medio de la algarabía de los habitantes de uno de los rincones más pintorescos de la vieja Nápoles. Muy cerca, en la ya citada Plaza del Nilo, se alza la iglesia de

Sant' Angelo a Nilo, con el famoso sepulcro del cardenal Rinaldo Brancaccio. La puerta principal se halla en Via Mezzocannone y exhibe su impronta gótico-catalana, muy recomendable de ver y admirar. Llegados a este punto, lo mejor es seguir por la Via Mezzocannone, a lo largo del enorme edificio de la Università degli Studii, que alberga varias facultades y está siempre repleta de estudiantes. Hay un cine en medio de la calle, y en el atrio unos restos del muro de la ciudad grecorromana. Debo confesar que llegado a este punto observé la cartelera cinematográfica, proyectaban el film de Eric Rohmer *El amigo de mi amiga* y entré para ver el film, cansado y agotado por el siempre «fabuloso» itinerario que ofrece Spaccanopoli. A la salida de la proyección tuve ocasión de situarme, más abajo, en una esquina con mucha... leyenda, una leyenda muy española por cierto. En un edificio, a la altura del primer piso, en el número 9 de Via Mezzocanone esquina a Via Sedile di Porto, hay un bajorrelieve muy antiguo con una figura mitológica. Algunos creen reconocer a Orión, pero la tradición popular le asignó un nombre y apellido: Nicoló Pescé.

Conseguí una fotocopia de la antigua revista *Napoli Nobilissima*, que reproduce en sus fascículos íntegramente el texto de la rarísima *Relación española de la leyenda de Nicoló Pescé* relatada en verso, numerados de doce en doce por razones de impresión.[1] Comienza la historia...

Deste Pece Nicolao
cuya historia algunos saben
diré si me dan oido
y oiran maravillas.
Nació en la Villa de Rota,
que está dos lenguas de Caliz (sic)
playa Andaluza y dichosa,
abundosa quanto afable.

El romance es muy largo. Lo resumiré. Cuenta la historia de un niño que le gustaba mucho bañarse y nadar. Sus padres decidieron cortar por lo sano, porque ya era vicio y pasión. El muchacho escapa de casa y el padre le maldice al verlo desaparecer entre las aguas, convirtiéndose en «sireno», mitad pez mitad hombre, abocado a vivir siempre en el mar. Pero con el tiempo hizo las paces y venía a hablar con la familia y los amigos en la orilla de la playa y daba sabios consejos a los marineros y pilotos en general.

Tratándose de un sireno, es lógico que en Nápoles esta leyenda calara muy dentro del pueblo marinero, máxime, como ya conté, si tenemos en cuenta que otra leyenda asegura que Partenope era una sirena...

La leyenda española parece provenir originariamente de Faro de Messina, de donde pasó a Nápoles y de ahí a Europa. En muchos poemas, novelas, poesías y óperas dramáticas se ha recogido la leyenda del que también deno-

1. Miguel de Cervantes cita en *Don Quijote* a este personaje de leyenda.

minan en Italia «Cola Pescé» o «Pescé Cola», sin que haya motivos o indicios para sospechar que haya habido patrocinio de alguna firma norteamericana de refrescos. Benedeto Croce recoge la leyenda en su libro *Historias y leyendas napolitanas*, en una versión muy poética y más desoladora. El arranque es el mismo, pero luego interviene un rey, que le pide informe de cómo es el fondo del mar; más tarde, que le cuente de qué manera se sostiene Sicilia en la superficie del mar. Nicoló le informa de todo.

Capricho tras capricho, el último resultará fatal para Nicoló. Porque el rey pretende saber qué profundidad es capaz de alcanzar Nicoló, bajo el mar. Le ordena recuperar una bala de cañón, que lanzará desde el Faro de Messina. Nicoló se niega, porque teme que no podrá volver. El rey insiste, el cañón dispara, Nicoló nada deprisa, se sumerge en el lugar donde la bala ha desaparecido. Consigue hacerse con la bala, en el fondo del mar, pero se percata de que se trata de un espacio sin agua, sin olas, y sin posibilidad de nadar. Prisionero del vacío, muere.

De la leyenda, pronto se pasa en Via Mezzocannone a la realidad del tráfico napolitano en el muy próximo Corso Umberto I, que es donde desemboca. Le llaman el «Rettifilo» y es una de las avenidas más amplias y largas de Nápoles. Arranca en Plaza Bovio y termina en Plaza Garibaldi, donde se encuentra la Estación Central de Ferrocarriles. Como siempre

sucede en las estaciones, los alrededores están poblados por gente de todos los colores que vende infinidad de objetos más o menos legales. Desde el bajorrelieve de Nicoló Pescé, nada más atravesar el Corso, se encuentra el paseante con una plazoleta, antesala de la iglesia de San Pedro Mártir. Construida en 1294 y completada en 1347, sufrió de todo: aluvión en 1343, terremoto en 1456 y bombardeos en 1943. Fue reconstruida por última vez —toquemos madera— en 1953. Afortunadamente se salvaron sus obras de arte, especialmente las de Colantonio, de las que destaco para el turista español *San Vicente Ferrer.*

Tras la epidemia de cólera de 1884, los napolitanos decidieron resanar la ciudad, al menos en parte, y fundaron la Società del Risanamento. Zonas de la ciudad vieja fueron demolidas y surgió algo así como una Gran Vía madrileña, pero con más empaque, ya que contaba con el edificio de la Universidad en principio y posteriormente con los bellos palacios que se construyeron para adecuar el ambicioso proyecto de Enrico Alvino, que se adelantó a su tiempo en la concepción urbanística, previendo lo que iba a pasar. Se quedó corto.

Cuentan que días antes de la inauguración, a la que asistió el rey en persona, se organizó una tremenda discusión entre el alcalde y el prefecto. El primero pretendía que la Via fuera bautizada Corso del Risanamento y el segundo Corso Re d'Italia. Prevaleció la segunda tesis por respeto al visitante. Pero en la actualidad

no se denomina de ninguna de las dos maneras. Se llama Corso Umberto I.

Antes de contemplar el inevitable monumento a Garibaldi en la gran plaza que lleva su nombre, se ofrece al paseante la gran iglesia de San Agostino della Zecca; la preciosa iglesia de Santa Maria Egiziaca, mandada construir por la reina Sancha, y la iglesia dell'Annunziata, que también sufrió el correspondiente incendio, terremoto y bombardeo aliado. Su «campanile», tras el terremoto de 1688, tuvo que ser rebajado de altura. Se llega a la misma muy pronto, abandonando el «Rettifilo» por un momento, a la izquierda, por Vicolo Grande. Casi al final del Corso se encuentra la iglesia de San Pietro ad Aram, donde según la tradición San Pedro convirtió a la fe cristiana a San Aspreno y Santa Cándida. Al primero consagró como primer obispo de la ciudad.

Es obligadísimo, dando la espalda a Garibaldi, bajar por el Corso que lleva su nombre para llegar a Plaza Nolana, acceso urbano del siglo XV con un interesante bajorrelieve de Fernando I de Aragón a caballo. Dejando a un lado la Estación Ferroviaria Circumvesubiana, es muy agradable descender por Vico Sopramuro, porque permite ver restos de la antigua muralla aragonesa con una torre del año 1484. Y tras este recuerdo entrañable llegamos a uno de los barrios más castizos de Nápoles: el barrio del Carmine, repleto de puestos ambulantes de frutas, hortalizas y pescado, para alcanzar la

plaza del Carmen y la famosísima basílica de Santa María del Carmine.

Aquí está concentrada la esencia del pueblo napolitano. Desgraciadamente, los bombardeos de la última guerra arrasaron parte de la zona, aunque la iglesia del Carmine se salvó. El 16 de julio se celebra con una sonada fiesta popular la festividad de la Virgen, y se disparan fuegos artificiales, afición muy dada por el pueblo napolitano... y peligrosa, como comenté con anterioridad. A esta preciosa, histórica y entrañable iglesia trajeron los cadáveres de los ajusticiados en la contigua Plaza del Mercado, los más importantes se entiende, para recibir sepultura. La costumbre la inició Corradino de Suabia, al que hizo decapitar Carlos I de Anjou el 29 de octubre de 1268, junto a su primo Federico de Baden, duque de Austria, y siete compañeros más. El último suabo —ya está de nuevo la leyenda funcionando— aseguran que, antes de colocar su cabeza a disposición del verdugo en el sitio de rigor, recogió la de su primo y la besó. Una vez decapitado, un soldado apuñaló al verdugo para que no pudiera alardear de haber liquidado a personaje tan noble. Leyenda aparte, es notoria la veneración que el pueblo napolitano profesó siempre a Corradino. Su estatua, obra de Thorvaldsen, se ubica en la iglesia del Carmen, por supuesto, regalo de Massimiliano, rey de Baviera, el año 1847, aunque en ese año era todavía príncipe heredero.

Tras la ejecución, la plaza se convirtió en es-

cenario habitual de todas las ejecuciones públicas... pero respetando las categorías. Los nobles tenían su tálamo para la decapitación; los plebeyos la horca, y para delitos menores una especie de viga o barra con cuerdas para ser expuestos. Pero también estaba la hoguera. En 1346 fueron quemados vivos dos de los asesinos de Andrés de Hungría, Roberto Cabano y el conde de Terlizzi.

Aquí estalló la revuelta de Masaniello, aquí fueron ajusticiados los liberales en 1799, cuando cayó la República Partenopea. Dos de ellos, Cirillo y Pagano, se disputaron la precedencia en el cadalso y como no se ponían de acuerdo, se lo jugaron a la pajita más corta. Luego, se los llevaron a todos a la iglesia del Carmen para ser enterrados y ya no hubo más discusiones. El 12 de noviembre de 1806 murió también en el mismo escenario el famoso «Fra Diávolo», apodo de Michele Pezza, que de guerrillero amigo de los ingleses pasó a dedicarse al bandidaje. Capturado por los franceses en Baronissi el 1 de noviembre de 1806, tuvo la suerte, póstuma, de que Auber le dedicara una ópera con su apodo como título.

Faltan en la relación de ajusticiados Masaniello y el almirante Caracciolo. El primero es una historia aparte. Del segundo ya dije que fue colgado en la fragata *Minerva* y que sus restos reposan en Santa María de la Catena. Una historia macabra narra que su cadáver fue arrojado al mar, dentro de un saco con lastre. Días más tarde, al parecer el saco se rompió y surgió en la superficie el cadáver horriblemente hinchado y desfigurado del almirante, junto al barco del rey, que, aterrorizado, dio orden de alejarse, pero el cadáver, con el movimiento de las olas, seguía pegado al barco. Finalmente, el cadáver fue pescado y enterrado.

El liberalismo napolitano aportó un invento que, tras su caída, no fue suprimido: la guillotina, que sustituyó a la horca. La montaban la noche anterior a la ejecución en la plaza, justo donde desemboca en la actualidad Vico Mercato, que hasta 1850 se llamó Vico Sospira Bisi, y por el que venían los que iban a ser ajusticiados. El nombre lo dice todo... «suspiros repetidos» o algo parecido.

Atención muy especial merece Masaniello y su revuelta. Porque Masaniello es el símbolo de la rebelión popular napolitana frente a la rebelión intelectual de los liberales y la rebelión burguesa contra las dominaciones extranjeras en general.

De qué manera más curiosa, amena, irónica, lúcida y cruel cuenta Luciano de Crescenzo la historia de Masaniello en su divertido libro *Cosi parlava Bellavista*, del que posteriormente se realizó un film. Debo confesar que tenía un marcado desdén contra el napolitano Luciano de Crescenzo a raíz de la lectura del primer libro editado en España, de su *Historia de la filosofía griega*. El primero de los dos volúmenes lo tradujo mi hija Beatriz, que se veía impotente y nerviosa ante tantos «napolitanis-

mos» vertidos en el mismo. Terminó conociendo al autor en Barcelona o en Madrid, con motivo de su lanzamiento, y se encontró con un hombre afable, cordial y simpático. El libro, —en dos volúmenes— no me gusta. Publiqué en una revista una reseña y lo catalogué de Montanelli de segunda clase.

Pero *Cosí parlava Bellavista*, anterior en su bibliografía, es excelente a todas luces. El autor domina el tema y los personajes. Curiosísima es su versión de los hechos que acaecieron con Masaniello.

Algunas guías suelen referirse al «pescador de Amalfi». No era de Amalfi, nació junto a la Plaza del Mercado, en Vico Rotto, y vendía pescado. Pescadero, en todo caso, y no pescador. Se llamaba realmente Tommaso Aniello y la ciudad, hasta hace pocos años, no se dignó dar su nombre a ninguna calle, avenida, vía, vicolo, plaza o placita. Finalmente, tiene una gran plaza junto a la Via Nuova Marina, junto a la iglesia del Carmen y la Plaza del Mercado. Masaniello, para Bellavista-Crescenzo, encarna el llamado «espíritu napolitano» porque «expresa mejor que nadie las contradicciones, el instinto de amor, la incapacidad para ejercer el poder, la generosidad y la ignorancia... Masaniello es amor y desorden». «No es —añade— un Che Guevara de su tiempo, porque "su" revolución fue una grande, épica y cómica tragedia.» Como todas las obras de teatro de cualquier género, la revolución de Masaniello tuvo un ensayo general un mes antes de los sucesos que

conmovieron a la Europa liberal. Masaniello perdió la calma cuando a su mujer la arrestaron por dedicarse al contrabando de harina, y se vengó incendiando el puesto del «interventor», por así llamarlo. Antes, había sido autor de una broma real, de mal gusto... Con la excusa de las fiestas del Carmen se presentó ante el Palacio Real con doscientos paisanos, los *lazzaroni*, vestidos de turcos y con larguísimas cañas de bambú a modo de lanzas. Colocados en fila ante el balcón que ocupaba el virrey y todos los grandes de España, depositaron las lanzas en el suelo, se dieron la vuelta y mostraron ostensiblemente las posaderas en tal guisa. Una semana después, el 7 de julio —San Fermín en Pamplona— de 1647, empezó la verdadera «representación» por culpa de un impuesto sobre la fruta, acordado por el duque de Arcos con el beneplácito de la nobleza napolitana. El pueblo se echó a la calle, lanzando higos e imprecaciones contra los soldados españoles, e invadió el Palacio Real. Finalmente el impuesto tuvo que ser suprimido. Masaniello había ganado. El virrey le invita a palacio. Según Bellavista, aquí empezó la decadencia de Masaniello. Más tarde es invitado a tomar la limonada con su mujer, doña Bernardina, la que traficaba con harina. Al parecer se dejaron embaucar por el virrey y la virreina, que regaló tres vestidos a Bernardina.

Desde ese día, dicen que Masaniello cambió... Se autoproclamó «Generalísimo de la Serenísima Real República Napolitana» y ya sa-

bemos lo que pasa en estos casos... El poder embriaga, el poder corrompe, el poder enloquece... y al parecer Masaniello enloqueció. Ebrio de poder, dispuso a su manera las cosas y con peculiar y personal sentido de la justicia se enfrentó a todo el mundo, a los españoles y a sus paisanos. Es encarcelado y huye. Se refugia en la iglesia del Carmen e inopinadamente sube al púlpito y se dirige a los fieles napolitanos —el púlpito se puede admirar en la actualidad— en uno de los discursos más patéticos, míseros y dolorosos que jamás se hayan pronunciado en este mundo. «Amigos míos, pueblo mío, gente: me creéis loco y quizás tengáis razón. Realmente estoy loco. Pero no es culpa mía. Han sido ellos los que me han hecho enloquecer...», comienza diciendo para terminar exclamando: «Desnudo nací y desnudo quiero morir. ¡Mirad!», y se quita la ropa que lleva ante los gritos de las mujeres y las risas de los hombres. Masaniello llora, desciende del púlpito, lo siguen y en un corredor del convento lo matan a tiros de fusil. Después lo decapitan y sus restos son arrojados a un foso. Tenía veintiséis años.

Días más tarde, el pueblo, al que han aplicado otro impuesto, se acuerda de Masaniello, recoge los restos y su cabeza es unida, cosida al cuerpo y paseado en procesión, seguido de ciento veinte mil napolitanos. Enterrado de nuevo en la iglesia del Carmen, nunca más se ha sabido dónde están realmente sus restos. Dicen que por razones políticas...

Antes de abandonar el gran escenario de la farsa operística que tuvo como protagonista a Masaniello (tenor), a su mujer Bernardina (soprano), al virrey de España, duque de Arcos (barítono), a su consorte (mezzosoprano) y a ese oscuro personaje, Genoino (bajo), cerebro e ideólogo de la revolución, ex secretario del conde de Osuna y que a la sazón contaba más de ochenta años sobre sus espaldas cuando se metió en la aventura que tan mal acabaría para todos, incluido el gran coro, es decir, el pueblo napolitano —que al final terminaría gritando «¡Vivan las cadenas!», o lo que es lo mismo, «¡Viva el Rey, viva Masaniello y viva la Virgen!» cuando los españoles volvieron a restaurar el orden—, repito, antes de dejar estos lugares aconsejo la visita de la iglesia de San Elegio. Un rótulo la define como «la más antigua de Nápoles» y cierto es... en lo que queda de ella. Construida a finales del siglo XIII en estilo gótico, fue destruida, tras avatares de distinto tipo, por el bombardeo del 4 de marzo de 1943.

Restaurada con acierto, en mi última visita percibí el mal gusto parroquial que imperaba por doquier, especialmente en su ornamentación. Es increíble la fascinación que ejercen sobre los napolitanos —incluidos los párrocos— los tubos de neón, azulados, como los colores de la Virgen y del Napoli, que confunden la devoción mariana y la pasión «calcística». En el coro, unos niños, aburridísimos, trataban de aprender unos cánticos que un sacerdote, ina-

sequible al desaliento, trataba de inculcarles con desesperante tenacidad.

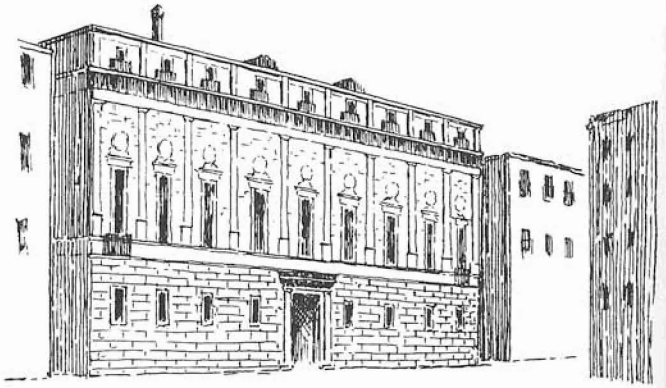
Salí de la iglesia y atravesé el famoso Arco del Reloj, construido en el Cuatrocientos y restaurado en el siglo XIX. Une la torre de la iglesia con la casa contigua y el conjunto en sí es una pura delicia en su contemplación. Las bombas aliadas respetaron afortunadamente este rincón, cuya desgracia estribaba en ubicarse muy cerca del viejo puerto, al que llamaban Porto Piccolo o del Mandracchio. Parece ser que esta última denominación se daba también a las dársenas de otras ciudades. Aseguran que se deriva de una hipotética palabra fenicia, que significaría «puerto». Otros afirman que proviene de la operación de embarcar mandras o mandrías, es decir, rebaños, manadas de distintos tipos de animales. Sea lo que fuera, el caso es que los habitantes del puerto y su entorno eran tenidos por groseros, inciviles y maleducados. Y los napolitanos acostumbraban a decir, como insulto, «educado en el Mandracchio». Hasta en el dialecto romanesco se empleaba la expresión «¡parece la reina del Mandracchio!», que no era precisamente un cumplido. Quizá aquí nació el *pernacchio.*

Al igual que *pulcinella* comienza con «p», hay otra palabra también con «p» inicial que en Nápoles goza de gran respeto: *pernacchio,* del latín «*vernaculus*», y que podría ser traducida como «mueca», burla. Pero nos entenderemos mejor utilizando su acepción y uso vulgar: «pedorreta». En Nápoles hay verdaderos especialistas del *pernacchio.* Se requiere gran habilidad para poder producir, con la ayuda de las manos, la emisión vocal de un sonido grave, expansivo, espectacular... que es muy celebrado por el pueblo llano.

Muy cerca de este puerto para pequeñas embarcaciones se encontraba la Via del Pilar —ahora Via Cristoforo Colombo— que debía su nombre a una pequeña iglesia construida por los marineros en honor de la Virgen del Pilar en 1602. La calle la hizo construir el conde-duque de Olivares, y fue destruida por los bombardeos de la última guerra mundial. La iglesia fue demolida a principios del Ochocientos. Una verdadera lástima.

Pero, dando por terminado este recorrido por la vieja Nápoles monumental, el turista español tiene por fuerza que realizar dos visitas obligadísimas: la basílica de San Giacomo degli Spagnoli y los *quartieri spagnoli.* Cara y cruz de una presencia en estas tierras durante muchos años y con diferentes dinastías monárquicas, presencia que asume acento levantino, aragonés y catalán. Por eso, nuestra ruta ha de conducirnos inevitablemente a la Rua Catalana, que no ofrece en la actualidad más interés que su evocador nombre. En esta rua, cuenta Gino Doria, se expuso un cuadro muy grande en el que San Antonio fustigaba a San Gennaro, tras haber sido el primero declarado patrón de la ciudad, en vista de que San Gennaro se había hecho jacobino, anécdota que ya conté anteriormente. Como también el triste fi-

nal de las casas que configuraban la vía catalana, incendiadas durante la rebelión del pueblo napolitano el año 1547 al negarse a que



Palazzo Gravina

fuera implantada la Inquisición. Antes de llegar a nuestro objetivo, es el momento para acercarse a la Plaza Matteoti, donde, por ironías del destino, se yergue un edificio construido por el fascismo mussoliniano. Me refiero al Palazzo delle Poste e Telegrafi, construido por Vaccaro. Objetivamente considerado para la época en que fue construido, tiene su mérito, por su intención modernista y precursora. Claro que para construirlo se destruyeron zonas de gran valor histórico, pero ya sabemos que Mussolini no paraba en mientes. Roma salió peor librada... Esta zona, con el Risanamento primero, Mussolini después, los bombardeos aliados más tarde y el alcalde Achille Lauro finalmente, consiguieron «destruirla» totalmente. El rascacielos que se yergue junto a Via Medina y que alberga al Hotel Jolly Ambassador's es uno de los más grandes errores urbanísticos que se hayan podido cometer en Nápoles. Sus clientes ciertamente gozan de maravillosas vistas, pero el edificio rompe con el entorno urbanístico de la ciudad.

Tuve ocasión también de explicar que Mussolini ordenó en 1936 la construcción de la Estación Marítima. Tendió un puente de plata a los que emigraban y de aquí zarparon tantos infantes, con ilusión o a la fuerza, cantando «*Faceta nera, bella Abisinia...*» buscando un lugar bajo el sol africano... como años antes el puerto antiguo fue testigo de la salida de otros infantes y soldados que cantaban «*Tripoli, bel suol d'amore...*» porque enfrente, en Trípoli, estaba el paraíso prometido... y luego irremisiblemente perdido.

Por la Via del Municipio se llega a la Plaza del Municipio. Antes, a la izquierda, Calata San Marco les recordará un atentado perpetrado el 14 de abril de 1988 contra un centro recreativo situado en esa calle para militares del Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica. Cinco personas murieron. Los norteamericanos no se han ido nunca de esta ciudad, tras haberla arrasado con sus bombas durante la II Guerra Mundial. Aunque también los alemanes hicieron su parte...

En la gran Plaza del Municipio, a la derecha, se yergue la basílica de San Giacomo degli Spagnoli, junto al gran edificio del Ayunta-

miento. Arriba del todo, en el monte, se divisa San Martino y Sant'Elmo. Los Borbones proyectaron albergar en el edificio los ministerios, pero como la burocracia siempre crece, y en Nápoles más que en ninguna otra parte, al final se quedó alojando al Municipio solamente.

La iglesia, con un hospital anexo, fueron construidos por orden del virrey don Pedro de Toledo el año 1540 y puestos bajo la protección de la monarquía española. La dignidad de Basílica Pontificia le fue conferida por S.S. el papa Pío X el 20 de mayo de 1911. Era entonces rey de España y de Nápoles Carlos V y la ciudad albergaba a una cantidad ingente de caballeros, soldados y gente de fortuna, españoles todos ellos. De ahí que el monarca decidiera abrir un centro espiritual, que también lo fuera hospitalario, bancario... y carcelario, pues el edificio llegó a disponer de una pequeña cárcel para delincuentes españoles, que en Nápoles gozaban de una especie de privilegio del foro. La historia de la basílica de San Giacomo fue muy azarosa, al igual que la del banco y el hospital. De todas las pasadas glorias ha quedado la basílica, que también sufrió graves daños por culpa del bombardeo anglonorteamericano en la noche del 9 de noviembre de 1941.

Resulta interesantísima la visita. Algunas capillas están siendo restauradas y en el ábside, tras el altar mayor, se encuentra el monumento sepulcral del virrey don Pedro de Toledo, obra de Giovanni Merliano de Nola. Don Pedro

se lo encargó para llevárselo a España —ya lo dije antes—, pero murió en Florencia y allí estuvo enterrado temporalmente, hasta que en 1577 fue trasladado a esta basílica napolitana. Se discute mucho acerca del valor artístico de la sepultura, pero para el turista español resultará toda una revelación. El catalán, más concretamente, puede admirar una copia de la Virgen de Montserrat, ya que la basílica es también sede de la Pia Opera de Montserrat. Hasta 1841 dicha institución estuvo radicada en la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, pero los bombardeos de 1941 la destruyeron totalmente, aunque sigue existiendo la Via Montserrato, muy corta, entre Piazza Bovio y Via Alcide de Gasperi.

Es curiosa la historia del Pío Monte y Capilla de los Catalanes, cuya administración pasó, por decreto del 20 de septiembre de 1808, del Ministerio del Interior del Reino de Nápoles, a la Confraternitá e Monte del SS. Sacramento existente en la Santa Casa y Hospital de San Giacomo degli Spagnoli. El mismo decreto estipulaba que los cofrades de dicha institución habrían de elegir un individuo de nacionalidad catalana domiciliado en el reino con bienes y bien situado, pero los cofrades solicitaron del Gobierno del rey Joaquín que los catalanes continuaran administrándose por su cuenta.

La pequeña iglesia dedicada a la Virgen de Montserrat se encontraba en la confluencia de la Via Porto con la Via San Bartolomeo, y fue erigida en 1506 por un fraile laico del monas-

terio de Montserrat de Cataluña y después oficiada por los benedictinos. La iglesia era frecuentadísima en Nápoles y, según la tradición, bajo uno de sus pórticos, denominado de San Camilo, el santo jugaba a la brisca con tal pasión que un día perdió hasta la camisa. Tocado por la Gracia se arrepintió. El Risanamento por fortuna no la tocó en 1889, cuando tantas iglesias fueron demolidas, pero los bombardeos de la II Guerra Mundial desgraciadamente no la perdonaron. Es curioso y asombroso lo que sucede en Nápoles con sus iglesias. Incendios, terremotos, *risanamentos*, bombardeos, saqueos, nada ha podido con ellas. En esta ciudad hay más iglesias, capillas y oratorios que en la misma Roma, casi el doble. No hay lugar en el mundo que tenga más focos de devoción que Nápoles. En el año 1856, solamente en el centro de la ciudad, se registraba la existencia de cuatrocientas iglesias. En la actualidad se calcula que el número de edificios religiosos, en todas sus variantes, supera el medio millar. Pueden imaginarse, por lo tanto, que resulta inviable una relación exhaustiva y una visita completa de todas ellas. Sucede, además, que hay muchos edificios prohibidos, secretos, cerrados a cal y canto a la curiosidad del turista. También se calcula que un setenta por ciento de la cifra registrada está integrada por iglesias que permanecen abiertas al culto..., pero se encuentran en tal estado de abandono, por falta de medios económicos, que solamente se abren para una misa tempranera, diaria

o festiva, durante una hora. Y no existen sacristanes, capellanes, monjas o monaguillos que, como en otros tiempos, estén dispuestos a mostrar la iglesia, capilla u oratorio correspondiente, por una propina más o menos generosa. Por otra parte, ha habido muchos expolios y la gente tiene miedo de difundir el valor del tesoro de su respectiva iglesia.

Volviendo a la basílica de San Giacomo, la actual sacristía ocupa el lugar en que estuvo la llamada Capilla de los Catalanes. Sus dimensiones fueron reducidas tras las obras de restauración llevadas a cabo entre 1893 y 1903 y está dedicada a la Vergine Assunta in Cielo, con una pintura de Criscuolo. Proviene de la antigua capilla sin duda alguna, como lo indica el escudo pintado en la urna sepulcral de la Virgen. En la basílica existen muchas capillas pertenecientes a notables familias de ascendencia española. Una de las capillas es propiedad de la familia Vargas Machuca, cuyo fundador se hizo famoso en el sitio de Sevilla. Cuentan que, rotas su lanza y espada rodeado de moros, cogió un ramo nudoso de olivo y empezó a golpear a sus enemigos. Su comandante en jefe le animó gritando: «¡Así, así Vargas Machuca!», precedente dudoso del grito que en la actualidad suelen pronunciar los hinchas futbolísticos del Real Madrid, «¡Así, así gana el Madrid!». Los rivales gritan lo mismo... pero con otra intención.

Pero hablando de familias napolitanas descendientes de la aristocracia española, hay un

lugar, vedado totalmente al turista, digno de verse y conocer. A través de un amigo es posible hacerlo. Mi visita se la debo a mi amigo Gian Carlo de Goyzueta y su familia, que me mostraron el hermético Circolo dell'Unione, instalado en el mismo recinto que el Teatro San Carlos y que funciona desde el año 1861 por concesión graciosa del soberano. En un delicioso ambiente *demodée*, refinado, aristocrático y formal, en el que los hábitos sociales se respetan al máximo, tuve ocasión de almorzar con personajes de la sociedad napolitana vinculados a nuestra historia, a nuestra cultura y a nuestra sangre hispana. Todos ellos rabiosamente monárquicos, orgullosos de Nápoles y convencidos firmemente de que la ciudad tiene ante sí un porvenir brillante y prometedor. Me gustaría compartir su entusiasmo y su fe por esta ciudad, pero la realidad que se muestra en la calle es muy diferente a la irrealidad que se vive en el Círculo. Cuando el viejo ascensor, bien conservado, pieza encantadora de museo, me volvió a dejar en la superficie terrenal tras ser despedidos por circunspectos camareros y mayordomos con guantes blancos, educados y correctos, me pareció haber descendido a los infiernos nuevamente y haber vivido, a través del túnel del tiempo, una Nápoles que me temo morirá con los que tan educadamente me acogieron...

De la basílica de San Giacomo se puede salir —en lugar de a la Plaza del Municipio de nuevo— a la Via San Giacomo. Unos metros más

arriba, hacia Via Toledo, se encuentra la entrada del Instituto Cultural Español de Santiago, que alberga aulas y dependencias para los alumnos napolitanos que aprenden el castellano. El Instituto fue fundado en 1948 y la sede actual funciona desde el 6 de noviembre de 1971, junto con una biblioteca hispano-napolitana. Al frente de la institución se encuentra Avelino Sotelo Álvarez, un gallego que lucha porque nuestra cultura siga siempre presente y vigente en el ámbito de lo que es el reino de Nápoles. En esta tierra he podido siempre comprobar que se nos quiere y aprecia. Impagable resulta la labor que el Instituto Cultural Español ha hecho, por ejemplo, para dar a conocer la presencia catalana en el sur de Italia, en la Campania y en la misma Nápoles. No olvidemos que con Alfonso V el Magnánimo, Nápoles y toda Italia meridional, la Campania especialmente, conocerían un gran esplendor, concretamente en el campo pictórico, escultórico y arquitectónico. Muchos maestros catalanes fueron llamados, entre ellos Bartolomé Prats, Bartolomé Vilasclar, Antonio Fraburch, Antonio Gomar, Juan Martorell, Miguel Pérez, etc. Todos ellos habían precedido a Sagrera y Pere Joan. Este último permaneció en Nápoles, junto a Mateu Forcimaña, mientras el resto volvería con el tiempo a su patria. Los dos son autores de obras escultóricas importantes. La influencia catalana en la arquitectura meridional italiana tuvo mayor eco en los pequeños feudos que en la misma capital. Por

eso, animo a los lectores catalanes que traten de recorrer el «itinerario catalán de la Campania», un itinerario que incluye, además de Nápoles, Capua, Sessa Aurunca, Carinola, Fondi —que ahora forma parte del Lazio—, Teano, Nola, Sorrento, Salerno, entre los lugares más notables. Recomiendo antes la lectura de *Architettura meridionale del rinascimento*, de Massimo Rosi, interesantísima publicación realizada con el concurso del Instituto Cultural español de Santiago, donde la podrán encontrar. Una referencia muy estimable, ciertamente.

A lo largo de la última década, libros, folletos, exposiciones, conferencias... durante el curso escolástico, hacen que en esta tierra siga viva la presencia española. Un completísimo y voluminoso libro de Riccardo Raimondi, sobre la Real Arciconfraternità e Monte el SS. Sacramento de Nobili Spagnoli, me puso en conocimiento de todo lo referente a la presencia y actividades de esta entidad en Nápoles.

De esta manera supe del gran número de iglesias españolas que hubo dedicadas todas ellas a la Virgen del Pilar y que los napolitanos transformaron en «Virgen de la Colonna». Tras abandonar el Palazzo San Giacomo, que alberga, en su parte sur, las instituciones descritas y en la parte norte, la que da a Via Toledo, la sede del Banco de Napoli, esperan al otro lado de dicha vía los *quartieri spagnoli*, que ni los terremotos, incendios, bombardeos, Mussolini, el *Rissanamento* ni la Camorra han podido destruir... En este barrio se encuentra

la iglesia de la Trinidad de los Españoles. Junto a esta iglesia fueron surgiendo casas para las tropas españolas acuarteladas, el llamado Tercio, que también albergaron a sus familias... y a otras mujeres, que el pueblo napolitano llamaba caritativamente «mujeres de los barrios». Arriba, en el fuerte o ciudadela de Sant'Elmo, solamente podían entrar y vivir los que tuviesen ciudadanía española. Algunos napolitanos, por motivos profesionales o tradición familiar, solicitaron la ciudadanía española para poder vivir en la misma.

Pasear por los «barrios españoles» resulta fascinante. Da lo mismo elegir una calle que otra. Todas arrancan de Via Toledo, todas en pendiente, rectilíneas y paralelas, se cruzan con otras iguales, pero perpendicularmente. Exactamente como los antiguos «castros» romanos, pues a su imagen y semejanza los construyeron los españoles. Al pasear por ellas, se encontrarán con los típicos *bassi*, es decir, los bajos de los edificios. A los extranjeros en general les choca mucho este tipo de vivienda, que originariamente fue concebida para albergar a los gremios y sus respectivos menesteres. Pero ante la falta endémica de viviendas, los napolitanos las transformaron en sus hogares. Para el turista español, la existencia de los *bassi* no sorprende ni asombra. Tenemos casos bien patentes. Pero, de todos modos, los *bassi* napolitanos resultan muy especiales, entrañables, humanos, tiernos, patéticos y miserables. No quiero poner poesía al hablar de los mismos

ni hacer literatura barata. Están en los *bassi* porque no tienen otra opción. En un autobús urbano camino de Sant'Elmo hablé casualmente con una señora que había nacido y transcurrido su infancia y juventud en los *bassi* y, para ella, abandonarlos fue una auténtica liberación. Odiaba los *bassi* con toda su alma. He visto, en esas viviendas de una habitación, la típica imagen de la familia en torno a la mesa a la hora de la cena, con el abuelo o la abuela en la cama. Toda la intimidad mostrada al extraño, al paseante, al viandante. El mobiliario siempre es el mismo. Un frigorífico, un televisor, un sofá-cama y una cama grande matrimonial. Promiscuidad, falta de intimidad e higiene, hacinamiento, calor en verano, frío en invierno, pobreza en algunos casos... éstos son los *bassi*. No me gusta, no me ha gustado nunca, pasear por los barrios con *bassi*. Me parece cometer una falta de pudor y de respeto hacia unas gentes que si pudieran se habrían marchado ya, porque nadie ama vivir en «los bajos».

Ya desde la Unidad de Italia los políticos se empeñaron en eliminar los *bassi*, pero no lo lograron. Ni el mismo Mussolini, el más optimista y temerario de todos, lo consiguió. En 1935 Nápoles tenía 850.000 habitantes y los *bassi* eran 56.000. Esto significaba que casi un tercio de la población vivía de mala manera. Otra ironía del destino: los bombardeos de la aviación aliada resolvieron en parte el problema, porque no solamente destruyeron objetivos militares, edificios públicos, monumentos e iglesias, sino que desaparecieron barrios enteros... con los *bassi*. Hay *bassi* en los barrios españoles, en Pizzofalcone, en la Sanità, en Montesanto, en el cuadrilátero de la vieja Nápoles... Hay muchos *bassi* todavía, por desgracia. Y no es un elemento típico, sino una realidad deprimente. Jamás he visto poesía en los *bassi*. Y si algo ha hecho a tales viviendas agradables a la vista, es la entrañable humanidad de quienes los habitan. Porque son gente abierta, cordial, inequívocamente optimista, sabia, de vuelta de todo en la vida... Es el «espíritu napolitano» el que habita todavía en los *bassi*.

Recorrer los «barrios españoles» sin un rumbo fijo tiene sus sorpresas. Recuerdo que un día, de repente, me encontré, a media mañana de un día laborable, con un escenario que parecía arrancado de un film de Luchino Visconti. Un palacio señorial, pero muy abandonado, el Palacio Tarsia, y en su patio o explanada de la puerta principal un «abusivo» imponía su ley. Es decir, un ciudadano que un día determinado monta su negocio de parking privado y pone el cartel «P», de parking. Y el que quiera aparcar paga, como está mandado... Un amigo napolitano me mostró desde el Corso Vittorio Emmanuelle un colegio de jesuitas, con una espléndida terraza. Curiosamente, hacía muy poco tiempo que acababan de robar todos los bustos que adornaban la barandilla de la terraza...

Durante cinco años, en *Il Mattino* se publicaron unos trabajos muy interesantes en torno

al centro histórico de Nápoles —con especial acento en los «barrios españoles»— y reunidos posteriormente por Arturo Fratta en un volumen titulado *Centro storico e città futura*. Las cifras que se ofrecen resultan alarmantes: de 1971 a 1981 la población de los «barrios» descendió de 59.000 a 29.000 habitantes. Los establecimientos comerciales de 4.700 a 2.100. Once calles, tras el terremoto, tuvieron que ser cerradas al tráfico y el sesenta por ciento de las casas resultaron seriamente dañadas por el dichoso terremoto. Igualmente alto resulta el porcentaje de «tirones», «robos» y drogadictos en la zona, siempre creciente además. Un muchacho de los «barrios españoles» decía a un periodista cuando el Napoli quedó campeón: «No habíamos tenido nunca una fiesta así; en los *quartieri* sólo hay miseria. Pero a nosotros nos parece que todo vuelve a sonreír y vemos un futuro mejor». Un año después, todo esto resultaba irónico. Pan, miseria y fantasía. La verdad es que no saben qué hacer con los «barrios españoles». ¿Rehabilitarlos o destruirlos por completo? Ésta es la cuestión.

El paseo por los *quartieri spagnoli* puede terminar en cualquier punto de Via Toledo. Curiosamente, en Via Toledo no hay grandes cosas que ver aparte de la gente, las tiendas y el tráfico, es decir, la vida —Stendhal dijo de Via Toledo que era la más «alegre y popular del mundo», ¡y eso que todavía no se habían inventado los automóviles!—, pero allí se puede tomar un respiro en dos terrazas típicas: la

una, interior, en la famosa Galleria Umberto I o «umbertina»; la otra, exterior, la del famoso y ya citado Café Gambrinus. Ninguna de las

Calle típica de los *quartieri spagnoli*

dos son lo que eran. En la Galleria no queda ya nada de su pasado esplendor. Construida entre 1887 y 1890, según un proyecto de Emmanuele Rocco, vivió —ya lo decía al hablar de la canción napolitana— momentos de esplendor cuando existía el famoso Salón Margherita, que tanta gloria dio a la ciudad. La cúpula es de Paolo Boubée. De todos modos tiene su encanto pasear por la misma. En la Galleria se rodó una graciosa secuencia de *Maccheroni*, con Jack Lemmon y Marcello Mastroianni paseándose con sendos y grandes *babàs* con *panna*. Es obligado degustar los *babàs*

napolitanos. El *babà* es un dulce muy parecido a nuestros «borrachos». La diferencia estriba en los licores usados para emborracharlos. La *panna* va a gusto de cada cual... Hay un lugar entrañable en la Galleria que recomiendo visitar porque es posible que termine desapareciendo. Me refiero al Salón de Limpiabotas. Está situado afuera, frente por frente al Teatro San Carlos. El día en que debía acudir al almuerzo del Círculo de la Unión, traje y corbata obligados, culminé mi puesta a punto con la obligada limpieza de zapatos en dicho Salón. En el número 9 de la Galleria, el Ayuntamiento, en 1975, tuvo la feliz idea de reagrupar a unos veteranos limpiabotas —¡supervivientes de tantas cosas!— en un lugar adecuado. Ciro, Giuseppe, Antonio, Gennaro y Antonio Borrelli, que acababa de cumplir noventa años cuando lo visité por última vez. Me dijeron que uno ya había muerto. Quedaban cuatro, desanimados, descontentos, desmoralizados... El Ayuntamiento los tenía abandonados. No había servicio de limpieza y por la noche el lugar se convertía en letrina pública para personas y animales.

¡Cuántas cosas podría contar el *Sciuscià* Antonio Borrelli de la historia de Nápoles...! Hay tres palabras con «s» que son muy napolitanas: *sciuscià, scugnizzi* y *sciantosa* y de las tres he hablado ya. En Nápoles —al igual que en Turín, con sus limpiabotas de la Estación Central, que lo hacen muy bien— había un verdadero culto por los zapatos limpios, lustrosos, brillantes... Todo es ya historia, y los mismos turistas son los primeros que no utilizan el servicio, porque pocos utilizan zapatos para sus correrías por la ciudad. Pero debo confesar personalmente que ante los mayordomos del Círculo dejé muy alto el pabellón. Estoy seguro de que superé la prueba gracias a Antonio Borrelli...

Desde la Galleria Umbertina se pueden hacer muchas cosas: penetrar en el Palacio Real, verlo, admirar su biblioteca, bajar a Castel Nuovo y visitarlo. Y desde allí iniciar un largo y maravilloso paseo por la Via Almirante Acton, que discurre junto al mar, observando los muelles —Porto Beverello, Molo San Vincenzo, Molosiglio, etc.—, detenerse en la curva, donde hay unos jardines con bancos y la estatua de Augusto —colocada en el «reinado» de Mussolini en 1936, por supuesto— con pintadas y una maravillosa vista. Desde aquí, por la Via Nazario Sauro, dejando a la derecha el barrio de Santa Lucia, se llega hasta el pequeño puerto de Santa Lucia. Y la famosísima Fontana de la Inmaculada o de Santa Lucia, con los tres arcos adornados con las estatuas de Bernini y las cariátides de Michel. Dejando a la izquierda, o visitándolo, el Castel dell'Ora, seguir por la Via Partenope y Via Francesco Caracciolo por toda la bahía hasta el otro puerto, el de Mergellina. Inolvidable... Desde la gran Plaza del Plebiscito, junto a la Plaza de Trieste y Trento, hay también otros dos interesantes itinerarios... y un cuarto totalmente desecha-

ble. Este último es el Túnel de la Victoria. Mide 624 metros y es muy difícil llegar con vida a la otra parte. Puede uno morir asfixiado con tantos gases que acumula con la terrible circulación automovilística, especialmente si hay que detenerse por algún frecuente atasco. Construido entre 1927 y 1929 bajo el Monte Echia o Pizzofalcone, desemboca en Via Chiatamone, frente por frente al diario *Il Mattino*, tantas veces citado, quizás por los amigos que allí tengo.

Desde las dos citadas plazas se puede ir andando al mismo lugar, dando un precioso rodeo por Via Chiaia, repleta de magníficos establecimientos comerciales y pasando por debajo del puente de Chiaia, que une desde 1636 el ya citado barrio de Pizzofalcone y Mortela. Se puede ascender por las escaleras o por un ascensor gratuito, impersonal y moderno. El que quedó clausurado, junto a la Nunziatella, era de museo, una auténtica maravilla.

Siguiendo por Via Chiaia se pasa ante el popular y restaurado Teatro Sannazaro. Luego surge el gran Palacio Cellamare para desembocar en la Via Santa Caterina, con la iglesia que da nombre a la calle. De esta calle arranca la Via Gaetano Filangieri. En el primer edificio hay un rótulo que recuerda que en el mismo murió el famoso compositor Francesco Saverio Mercadante el 17 de diciembre de 1870. El barrio es señorial y elegante. La calle continúa con el nombre de Via dei Mille y al final se encuentra la iglesia de Santa Teresa a Chiaia,

construida por el famoso Fanzago, pero muy deteriorada por diversas restauraciones posteriores. Hay una estatua de la Santa de Ávila, de Fanzago, y unos cuantos cuadros de Luca Giordano que ilustran diversos momentos de la abulense. De regreso por la misma calle, recomiendo un magnífico bar heladería llamado La Caffetiera. El café es soberbio y los helados también. Pero si se quiere descansar y tomar un café, o lo que le apetezca, sentado tranquilamente, muy cerca está la Plaza de los Mártires, presidida por un curioso y famoso monumento triangular: la llamada Columna de los Mártires, erigida entre 1866 y 1868 en recuerdo de los napolitanos caídos en las revoluciones contra los Borbones. En su base, cuatro leones en cuatro posturas muy diferentes y que simbolizan las cuatro revoluciones napolitanas: las de 1799, 1820, 1848 y 1860. Y junto a los leones, al aire libre, una preciosa terraza, siempre concurrida y animada.

El cuarto y último itinerario para llegar a la plaza de los cuatro leones no va por abajo, por el túnel, ni por los lados, es decir, Via Chiaia o Via Chiatamone, por el lado de la bahía, sino «por arriba», por Pizzofalcone, barrio encantador y de obligado recorrido. Lo mejor es iniciarlo en la Plaza del Plebiscito, subiendo por su izquierda hasta la Plaza Demetrio Salazar, donde se encuentra el Museo dell'Istituto d'Arte, con curiosas colecciones artísticas producidas por sus alumnos, desde que se fundó en 1878. Por la Via Solitaria se llega pronto

a la Via Egiziaca a Pizzofalcone, y en la misma se encuentra la iglesia de Santa Maria Egiziaca a Pizzofalcone, con una de las vírgenes más queridas por los napolitanos, Santa Maria Egiziaca, de Andrea Vaccaro, en el altar mayor.

Pizzofalcone tenía, años atrás, fama de ser nido de contrabandistas de tabaco. También se le llama Monte Echia. Fue un volcán, cuyo pequeño cráter se puede visitar. Pizzofalcone es un mundo, con sus *bassi*, quizás más cuidados y «ricos» que los de los «barrios españoles». De todos modos el abandono y la suciedad en esta parte de la ciudad son ostensibles, lamentablemente. Desde la terraza circular del Monte Echia se goza de una vista estupenda, con Castel dell'Ovo a los pies, pero lo encontré todo muy sucio y abandonado. El Palacio Carafa de San Severino, que aloja en la actualidad el Archivo Militar, está siempre *in restauro*.

En Via Monte di Dio hay muchas cosas que ver... si le dejan a uno. Al fondo de la misma está la Nunziatella, sede del famoso y glorioso Colegio Militar. No es posible la entrada, a no ser que se tengan amigos. El Colegio Militar explica la pintoresca presencia por las calles napolitanas, especialmente los días festivos, de niños vestidos con un llamativo uniforme con capa azul y gorra militar con pompón. Son los alumnos de la Nunziatella. Me recordaron los alumnos del colegio militar Leoncio Prado que vi en Lima y de los que habla Mario Vargas Llosa en su novela. Muy cerca del colegio estaba el ascensor público, ahora en paro, del

que hablaba antes. Si es hora de almorzar o cenar, recomiendo un famoso restaurante, Amici Miei, cuyo, único defecto estriba en la dificultad de encontrar un «puesto». Está en Via Monte di Dio. Y si se encontrara falto de dinero, muy cerca está Il Mattonello, con excelente comida casera y precio muy asequible. Una vez «comidos y bien bebidos», como dice la canción, hay que rendir homenaje mudo y emocionado al edificio que representa la cultura de la nueva Nápoles. Me refiero al Palazzo Serra di Cassano, con teórica entrada también por la Via Egiziaca. Construido en la primera mitad del Setecientos por el arquitecto Ferdinando Sanfelice, restaurado recientemente tras haber sido adquirido por el Estado italiano en 1982, acoge al Istituto Italiano per gli Studii Filosofici, que dirige el profesor Gerardo Marotta —no confundirlo con Giuseppe Marotta, autor de *El oro de Nápoles*, entre otras narraciones—, conocido también como «el último jacobino» por su dedicación, pasión y defensa acérrima de la República Napolitana, «guillotinada» en 1799. Del Palacio de Croce al Palacio Marotta no hay muchos kilómetros de distancia. Dos palacios históricos que son foco y albergan dos culturas distintas, pero muy importantes, y no sólo para Nápoles. Visitarlos es el mejor homenaje que se puede hacer a la cultura napolitana contemporánea. Además, el Palazzo Serra di Cassano no aloja por casualidad a este importante Instituto. Hay algo más emotivo y entrañable que conviene contar. De este

palacio salió camino de la guillotina el joven duque Serra di Cassano, ebrio de lecturas de enciclopedistas franceses que su magnífica biblioteca contenía. El 20 de agosto de 1799 traspasó por última vez la puerta principal que mira al Palacio Real, allá a lo lejos. Cuando se fue, la puerta se cerró y nunca más se abrió. La gran biblioteca, que fue su perdición, sería vendida años más tarde por la familia, que había quedado en la miseria. Los libros se encuentran en la actualidad en la Rylands Library de Manchester, según cuenta Dominique Fernández en su libro *Le volcan sous le ville*, junto con otra anécdota muy aleccionadora: cuando la reina de Inglaterra visitó Nápoles, hace unos años, toda la nobleza napolitana fue invitada a la recepción oficial en honor de la soberana. Los Caracciolo declinaron la invitación recordando la afrenta sufrida por su antepasado, el almirante que murió colgado del palo mayor de la fragata inglesa *Minerva*, por instigación de Nelson. Quizás algo parecido hubiera podido ocurrir cuando al celebrarse el 250 aniversario del Teatro San Carlos, alguien hubiera sugerido invitar a los reyes de España. «¿Un Borbón en Nápoles...?»

De todos modos, resulta curioso observar una contradicción típicamente napolitana... tras la unidad italiana y, posteriormente, tras la II Guerra Mundial, con la democracia, Nápoles profesó siempre un acendrado fervor monárquico-conservador. Posiblemente, ni la herencia española ni el genocidio cultural llevado a

cabo por la reacción en 1799 han influido tan decisivamente en la sociedad napolitana en este siglo como algunos pretenden demostrar. Son los propios napolitanos, la sociedad napolitana, quien ha de verse, examinarse, analizarse y autocriticarse en su realidad histórica presente lejos de todo victimismo.

Es muy difícil comprender la «cuestión napolitana» y los hechos que han conducido a esta ciudad, a esta región, a la situación actual. Desde que Carlos III hiciera a Nápoles capital del reino borbónico en 1734 hasta la unidad de Italia en 1860, ese arco histórico, inmenso, movido, discutido e inquietante, encierra un hecho, sangriento, que para algunos resulta clave: el genocidio cultural de 1799. En el Palacio Serra di Cassano, Gerardo Marotta y los suyos sostienen incansablemente las repercusiones que en el Reino de Nápoles tuvo la Revolución francesa de 1789 y llega a la conclusión de que el genocidio de los intelectuales, aristócratas muchos de ellos, que prepararon la República Napolitana fue la ocasión fallida para que Nápoles rompiera con su pasado, reaccionario, absolutista y conservador, heredado de la dominación española. Porque, para algunos historiadores y pensadores, todos los males que hoy día afectan a la sociedad napolitana, en sus estructuras político-administrativas y sociales, provienen de la política seguida por los virreyes españoles, que marcó para siempre y por los siglos el quehacer napolitano. Marotta, en este sentido, prosigue la línea emprendida por

Croce el año 1899, en el primer centenario de la República Napolitana, que supo reivindicar los nombres de las víctimas a aquél dedicada. Pero Croce no pudo conseguir que en la Plaza del Mercado, donde cayeron las cabezas de los citados y más, se yerga el monumento a los mártires. Sigue siendo ahora el sueño de Marotta... Mi última estancia en la ciudad partenopea me desveló muchas cosas, me abrió los ojos a la realidad «auténtica» de una ciudad que se debate entre el ser y el no ser. Nápoles se define ahora «el reino de lo posible» y quienes rigen sus destinos están tratando de cambiar la faz de la ciudad de cara al año 2000 —verlo y después morir, desde luego— y dar un sentido a la vida de los ciudadanos, muchos de los cuales se debaten entre el paro y la emigración. En el ya mencionado Círculo de la Unión, uno de sus miembros me confesaba su fe en el futuro de Nápoles... y en el dinero que esperan siempre recibir de Roma, de la querida y al mismo tiempo odiada Roma. ¿Serán sueños? Quizás el escritor más lúcido, e irónico, de Nápoles sea en la actualidad Domenico Rea, un napolitano que critica sin piedad a sus conciudadanos desde sus crónicas regulares en *Il Mattino*, el diario napolitano por antonomasia. Un escritor que denuncia la realidad de la sociedad napolitana. Pero me temo que las denuncias en Nápoles resultan inútiles. La corrupción está siempre latente y protegida. Y es que me falta escribir una palabra absoluta: «mafia», que en esta ciudad tiene otra

denominación más precisa: «Camorra», que gobierna, rige los destinos de la ciudad, de los concejales, de los conserjes, de los barrenderos, de los enterradores, comerciantes, contratistas de obras, albañiles, traficantes de drogas y un largo, larguísimo, etcétera.

A decir verdad, no hay dos Nápoles, como al principio enunciaba, al citar a Dominique Fernández. Hay tres... La que se ve, la subterránea... y la camorrística, que no se ve, pero se palpa, se intuye, se presiente. Para el turista, la Camorra le es ajena completamente. En Nápoles, mafioso se nace. Es un acervo cultural, por así decirlo. La mafia ha sido siempre, por excelencia, siciliana, donde nació, pero llegó a la península a través de Nápoles, donde adquirió identidad propia. No sería oportuno trazar aquí y ahora una historia de la Camorra napolitana. Digamos simplemente que en Nápoles está presente todos los días... Bien lo saben mis colegas de *Il Mattino*. El 23 de septiembre de 1985 caía muerto a balazos en Torre Annunziata un joven periodista de dicho diario, Giancarlo Siani. Dos años y medio más tarde, veía en la RAI un reportaje en torno a su misteriosa muerte con una fallida entrevista a uno de los presuntos culpables, declarado inocente con la enérgica intervención de la «mamá», y las desconsoladoras palabras de un hermano del asesinado que albergaba la esperanza de que, de una vez por todas, fueran descubiertos los culpables. Pero muchos dudan de que esto ocurra algún día, empezando

por el propio director del diario napolitano, Pasquale Nonno, un excelente profesional a quien tuve ocasión de conocer personalmente. En la pequeña pantalla respondía a un colega romano, que achacaba a *Il Mattino* poco arrojo y decisión al afrontar el tema de la Camorra. En su reposada pero contundente respuesta vino a decir que resulta muy fácil hablar así desde Roma..., pero otra cosa es afrontar la Camorra y vivirla en su propio terreno, en las zonas de Torre Annunziata, Torre del Greco, como corresponsal, y en la misma Nápoles, en barrios como Forcella y Secondigliano, donde la Camorra campa a su aire.

La Camorra siempre está presente en la vida napolitana... Se hace público un increíble proyecto que pretende trazar una autopista en torno al Vesubio, pisoteando y destruyendo un cementerio pompeyano. Parece una locura... pero es que detrás está la Camorra inmobiliaria.

Cuando el Napoli ganó el *scudetto* en 1987, se especuló mucho sobre los intereses de la Camorra en este asunto futbolístico. ¿Qué tenía que ver la Camorra con el equipo de fútbol? Muy sencillo: existe en Nápoles un sistema clandestino de quinielas futbolísticas, el *totonero*, que proporciona pingües ganancias a sus detentadores, pertenecientes a la Camorra. Hubo un momento en que la Camorra no tenía dinero suficiente para hacer frente a los pagos de las apuestas, ya que los napolitanos apostaron a favor de su equipo. Se dijo que hubo presiones hacia los jugadores, especialmente

contra Maradona. Se trataba de la «nueva familia», rama de la Camorra que gestiona el juego clandestino. Un magistrado napolitano, juez instructor del tribunal de Nápoles, interrogó a cuatro jugadores del Nápoles, entre ellos Maradona. Los cuatro declararon que «no habían advertido ninguna situación de presión, intimidación o amenazas». Era lógico, aquí nadie habla, aunque se llame Maradona.[1]

El juego clandestino reina por doquier en Nápoles. Los hermanos Lo Russo controlan Santa Lucía y Secondigliano. En marzo de 1987 era abatido a tiros Mario Iafulli, uno de los jefes de la «Nueva Camorra» organizada por Raffaele Cutolo. Seis años antes, en el mismo lugar, le habían herido de gravedad, muriendo sus dos acompañantes. Ajuste de cuentas, venganzas. A Iafulli, los jueces le imputaban el asesinato del director de la cárcel de Poggioreale, Giuseppe Salvia, ocurrida el 14 de abril de 1981. La cárcel de Poggioreale es famosa en Nápoles. Curiosamente, lleva el mismo nombre que el cementerio, digno de verse por sus panteones, sepulcros y tumbas. Cuando el Napoli ganó el *scudetto*, sobre una de las tumbas alguien escribió: «No sabéis lo que os habéis perdido». Al día siguiente apareció «la respuesta» del difunto: «¡Y tú qué sabes, imbécil!».

Pero el diálogo entre «vivos» y «muertos» en Nápoles cobra especial acento en los diarios,

1. Las mismas sospechas y denuncias se suscitaron cuando el Napoli perdió a última hora el campeonato en mayo de 1988.

en la «sección necrológica». Más que esquelas mortuorias, lo que acostumbran los napolitanos a insertar en el periódico —la mayoría en *Il Mattino*— es un «mensaje» al difunto. «Abuelito, tu recuerdo vivirá siempre en mí. Tu adorado Paolo.» Por supuesto, Paolo paga la tarifa establecida. «Grety, Fabrizia, Bàrbara y Maria Tiziana lloran la pérdida del adorado tío, el abogado Vittorio Porta.» Las sobrinas pagan el llanto, obviamente. La categoría y prestigio del muerto se puede medir por el número de columnas que ocupen las condolencias. Tengo un recorte de media página dedicada casi toda ella al dottore Emilio de Feo, notable político democristiano, que falleció el 23 de septiembre de 1987. Todos le querían, por lo visto. Y lo decían pagando.

Antes de Poggioreale, la cárcel era la de San Francisco y por ambas han pasado figuras «ilustres» de la Camorra napolitana. El gran Salvatore di Giacomo, al que tantas veces he citado al hablar de la historia de la canción napolitana, «inmortalizó», por así decirlo, la cárcel de San Francisco con la famosa canción *A San Francisco,* música de Salvatore Gambardella. En noventa endecasílabos, Di Giacomo refleja todo el mundo de la *malavita* napolitana, rompiendo el lirismo habitual que caracterizó toda su producción literaria en dialecto. También Vittorio de Sica, en su libro *Napoli,* cuenta que de niño, cuando iba a casa de su abuela, en el Vicolo Martiri d'Otranto —que cruza Corso Garibaldi y era colindante con la antigua cár-

cel de San Francisco—, por la noche con sus tres hermanos, ponían mucha atención para escuchar las canciones con mensaje provenientes de las celdas y las respuestas que surgían de la misma calle. Un diálogo que también se daba en la cárcel romana de Regina Coeli. En diciembre de 1987 fallecía en el Hospital Ascalesi, situado en la Via Egiziaca Forcella, el joven de diecisiete años Vittorio Giuliano, casado y padre de un niño, a causa de consumo de drogas. Aparentemente un habitual suceso de tres líneas en los periódicos. Pero un increíble incidente «camorrístico» surgiría a la hora de trasladar el cadáver del hospital al cementerio. Y es que el joven era sobrino de Luigi, uno de los jefes de la Camorra de Forcella, y que a causa de su estado delicado de salud, cumplía una condena en su domicilio. Y la Camorra, «gente de honor», no podía consentir que el cadáver fuese llevado al cementerio desde el hospital y no desde su casa, sin haber sido llorado por toda la familia y amigos. Ante la negativa, doscientos sujetos se apoderaron del cadáver en el hospital. Un centenar de policías y carabineros rodearon más tarde la casa ante la hostilidad de todo el barrio. Querían el cadáver, porque había sido robado y era un delito lo que se había perpetrado. Finalmente, se llegó a un acuerdo... a la napolitana. Les dieron un tiempo para llorar al cadáver en casa, pero se lo volvieron a llevar al hospital y de aquí al cementerio. La Camorra había dejado sentir, una vez más, su fuerza...

Con la emigración napolitana, la Camorra se exportó a los Estados Unidos. Y de todos es bien sabido, a través de novelas, films y telefilms principalmente, cómo actúan. El famoso policía Joseph Petrosino —del cual se hizo un film en torno a su vida— consiguió atrapar al chantajista del tenor Enrico Caruso y a otros muchos elementos de la Camorra y de la Mano Negra, otra organización del mismo estilo, pero siciliana. Petrosino, llevado por su fervor antimafioso, cometió un grave error: se trasladó a Palermo en busca de los antecedentes penales de uno de los jefes y murió a balazos. «Don Erri» pagaba su impuesto por ser napolitano, y por tener dinero, claro está.

La Camorra, durante la II Guerra Mundial, hizo pingües negocios con las tropas de ocupación aliadas, sobre todo en torno al puerto. En Nápoles residía el tristemente famoso Lucky Luciano, que mantuvo unas estrechas y nunca bien aclaradas relaciones con oficiales del ejército norteamericano. La Camorra napolitana dominó el mercado negro de víveres. Con los años, los víveres fueron sustituidos por el tabaco americano, la prostitución y el juego. En la actualidad, la droga es lo que domina principalmente el quehacer de la Camorra napolitana. El intrépido que se lanza a la aventura de desenmascarar la trama de la Camorra casi siempre es hombre muerto, sea magistrado, policía o periodista. Giancarlo Siani es el penúltimo ejemplo. El último siempre está pendiente. En los años cincuenta, Luigi Zampa rodó

un film —*Proceso a la ciudad*— en el que un magistrado terminaba sometiendo a proceso a toda una ciudad. Evidentemente, la ciudad era Nápoles... aunque no se dijera en concreto. Todo el mundo entendió el mensaje. El film, en su denuncia, a pesar de los cuarenta años transcurridos y aunque su trama estuviera situada a finales del siglo pasado, sigue siendo válido y vigente.

Pero sería tremendamente injusto que no citara, que no aludiera a la «otra Nápoles», la Nápoles que desde 1980, después del terremoto, trata de superarse sobre todos los tópicos que la aprisionan desde hace siglos.

Nápoles es la tercera ciudad de Italia, la capital del Sur, del Mezzogiorno, la ciudad de las contradicciones. De su millón trescientos mil habitantes, se calcula que trescientos mil viven al día, sin oficio ni beneficio, en el paro. Pero no mueren de hambre. No hay casi instalaciones deportivas en el centro de la ciudad, pero los niños se arreglan por su cuenta y de esta ciudad salen campeones de muchas especialidades. En esta ciudad, los barrenderos fichan al entrar al trabajo y luego se van a cumplimentar otro, por su cuenta y riesgo. Así está Nápoles, con basuras sin recoger, su suciedad y su inmundicia. Pero luego, en cada casa, a pesar de su aparente modestia, encontrará todos los modernos inventos del bienestar y la comodidad. Y, por supuesto, el coche en la puerta.

Hay una clase burguesa alta que intenta por todos los medios marchar hacia adelante. Fun-

ciona la Fundación Napoli Novantanove, no con el sentido del próximo 1999, que está a la vuelta de la esquina, sino con la nostalgia, ya comentada, de la Nápoles de 1799. El 99 puede ser el número mágico de la «loto» partenopea. Porque por el futuro de la ciudad ya están apostando muchos industriales del Norte. Tienen como slogan «Nápoles que funciona» y el Banco de Napoli es el primero que está invirtiendo en cultura, cultura del Sur, del Mediodía, mediterránea. Gianni Agnelli, Carlo de Benedetti y Silvio Berlusconi están interesados por el futuro napolitano. En Nápoles, en 1983, nació la primera niña probeta de Italia. Y no fue un «milagro de San Gennaro», sino una realidad científica. El Instituto Zoológico de Nápoles, al igual que su Observatorio y el Jardín Botánico, son conocidos en todo el mundo por los especialistas, al igual que su facultad de Arquitectura. Hay que dar un margen de confianza a esta ciudad, a este país, a esta tierra... Pero, y aquí está el grave «pero», mientras esta ciudad esté dominada por intereses de grupos, a través de la violencia, soterrada, de unos cuantos; mientras la población siga inmersa en la incultura y el paro, sin mayores ambiciones que el consumismo desenfrenado, todo futuro que se proyecte sobre folios y paneles serán sueños imposibles. O posibles solamente para unos cuantos. Como siempre sucedió...

Pero terminemos con el largo paseo yendo por el «lado de Posillipo», que diría Proust, diametralmente opuesto al de Santa Lucía.

Desde la Plaza de los Mártires se llega muy pronto, por Via Calabrito, a Riviera de Chia y a la Plaza Vittoria. Esta indicación creo que resulta interesante, porque al igual que antes recomendaba llevar a cabo a pie uno de los paseos más atractivos del mundo, desde el Palacio Real a Mergellina, también desde este punto, en el autobús público número 120, que arranca en Plaza Plebiscito, se puede llevar a cabo una maravillosa excursión a Posillipo, hasta el final de trayecto, es decir, hasta que el conductor diga «hay que bajarse». Desde la plazoleta de Capo Posillipo se divisa la zona industrial de Bagnoli, Pozzuoli, Cabo Miseno, etc. Aquí, en Posillipo, se reunieron, según crónicas periodísticas, los de la Camorra, y no para admirar el paisaje precisamente, sino para decidir, en abril de 1987, qué hacían en el caso de que el Napoli ganara el campeonato.

Retrocediendo por la Discesa Coroglio, a la derecha está el Viale Virgilio, que conduce al Parco y su Belvedere. En día de sol espléndido, hay que prepararse para ver uno de los panoramas más bellos del mundo: el golfo de Nápoles. Como un inmenso circo, pletórico de belleza, con el Vesubio presidiéndolo todo, la península sorrentina, Capri y demás islas...

Posillipo se deriva del griego *Pausilypon* y viene a significar «que calma el dolor». Lo sabían muy bien los griegos y luego los romanos. Es una lástima que no dejen ver la «Gruta de Seiano» por razones de seguridad. Atraviesa la colina de Posillipo y la ideó el famoso arquitecto

e ingeniero Cocceio, para unir directamente Pozzuoli con la Villa Pausilypon, propiedad de Vedio Polione, que se la regaló a Augusto. Mide novecientos metros y cuentan que es más alta en su mitad que en las extremidades y que desde su punto medio se vislumbran dos lucecitas en cada extremo. Son las bocas de entrada y salida. Tiene tres salidas laterales que van a dar a la Cala Trentaremi, a la que sí se puede acceder, al igual que a la cala de San Basilio, en la actualidad. Pero la bajada más famosa y obligada es la que parte de la plaza llamada Quadrivio del Capo —de evidente connotación mussoliniana— y que ahora es Via Strato. De la misma parada del autobús parte Via Marechiaro... en pronunciada cuesta, camino del mar, entre villas, chalets, colegios y jardines. Un paseo delicioso y evocador. Y abajo la *finestra*, la famosa ventana de la que habla la famosísima canción napolitana. El lugar es encantador y surgen alrededor varios restaurantes, aunque el que se lleva la fama es el llamado La Finestrella, obviamente.

Tras haber bajado hay que subir, pero existe un servicio regular de microbuses para quienes no tengan coche o estén cansados. Una vez arriba, es aconsejable tomar el autobús de línea nuevamente para bajar de nuevo a Nápoles. La Via Posillipo la construyó el general francés Joaquín Murat y es una carretera increíblemente bella por el paisaje que va mostrando. Cuando se llega al Parco Carelli, se puede descender para ver el famoso Palazzo Don-

na Anna, es decir, el Palacio de Doña Ana Carafa, mujer del virrey Felipe Ramiro Guzmán. Iniciada su construcción el año 1642 por el inevitable Fanzago, no llegó a concluirla y estuvo muchos años pendiente de restauración. Esta situación dio lugar a la inevitable leyenda. Al parecer, doña Ana, mujer ambiciosa, soñó con una morada suntuosa para ella y su familia. Pero cuando el virrey tuvo que volver a España, doña Ana enfermó de melancolía y murió. Aseguran que su fantasma vaga por el gran palacio.

Me pregunto si viendo este paisaje se puede morir de melancolía; me lo preguntaba camino de uno de los lugares más cargados de leyenda de Nápoles: el Parco Virgiliano, donde se encuentran la supuesta y —vacía— tumba de Virgilio y la de Leopardi, con dudosos restos mortales. Ya sea bajando de Posillipo o llegando de la ciudad hay que alcanzar la Plaza Piedigrotta, junto a la famosa iglesia que lleva su nombre.

Atravesando por debajo el puente del ferrocarril de la Estación de Mergellina, a mano izquierda, surge enseguida la entrada al Parco. Es zona de gran tráfico porque del mismo lugar arranca la Galleria delle Quattro Giornate, inaugurada en 1940. Es la antigua Grotta Nuova, excavada en 1882, posteriormente transformada y ampliada. Cuando no había tanto tráfico en el túnel como ahora y en Fuorigrotta no se habían construido tantas casas —se comprenden de esta manera las denominacio-

nes «Fuori» y «Piedi» antepuestas a la «gruta», para indicar dos zonas muy diferentes de Nápoles—, algunos napolitanos, en tardes de marzo y octubre, venían a este túnel para contemplar un maravilloso y mágico efecto del sol, que en su puesta, en el *tramonto*, venía exactamente a colocarse en el círculo de salida del túnel, por la parte de Fuorigrotta. El efecto aseguran que era maravilloso. Algunas veces el rayo de sol se reflejaba en los ventanales cristalinos de algún Palacio de Chiaia... Ahora, los napolitanos pasan por aquí, ajenos a todos estos románticos encantos, y los domingos, enarbolando sus banderas azules y gritando desde los miles de automóviles que se dirigen o vienen del Estadio San Paolo, la catedral del fútbol napolitano, que se encuentra en Fuorigrotta, al igual que la Feria de Ultramar, que, como ya dije, ordenara construir Mussolini para mostrar grandezas que nunca llegó a alcanzar...

Muy cerca se encuentra la segunda galería, la llamada Galleria Laziale o de Posillipo, inaugurada el año 1940. Hay otra tercera galería, exclusivamente ferroviaria, que, curiosamente, el viajero que llega en tren a Nápoles desde Roma es lo primero que puede ver, si lo sabe, surgiendo del último túnel; es la tumba de Virgilio. El lugar, los días laborables, es encantador porque suele estar vacío y solitario. Fue inaugurado en 1930 con ocasión de la celebración del bimilenario del nacimiento del poeta. El colombario romano, donde la tradición

secular asegura estuvo sepultado Virgilio, es muy sugerente. Virgilio murió en Brindisi el año 19 a. de C., pero al parecer vivió muchos años en Nápoles y mostró deseos de ser enterrado en esta ciudad. Hay numerosas leyendas en torno a Virgilio, siempre muy querido, admirado y respetado por los napolitanos. La creencia popular le atribuía poderes mágicos, y todo monumento con virtudes milagrosas se decía en Nápoles que había sido construido por Virgilio.

El parque tiene otras cosas que ver, especialmente la gruta vieja o romana de Posillipo llamada antiguamente «Cripta romana», pero en la actualidad solamente se puede contemplar su entrada, porque, al igual que la gruta de Seiano, está cerrada al público por razones de seguridad. Una lástima. Mide setecientos metros, es decir, doscientos metros menos que la de Seiano, y al parecer la construyó el mismo arquitecto en el siglo I a. de C. Ha sido restaurada y ampliada en varias ocasiones. También se han cerrado otras cuevas y grutas a los visitantes y solamente está permitido verlas desde unas terrazas. En cambio, a mitad del camino que conduce a la tumba de Virgilio, sí que se puede contemplar en todo su encanto la tumba de Giacomo Leopardi, excavada en la toba. Hablé de Leopardi al indicar la lápida de la casa donde murió, en Via Teresa degli Scalzi, el 14 de junio de 1837, víctima, como otros tantos miles, de la epidemia de cólera. Desde 1939 se encuentra enterrado en este lu-

gar, tras su traslado de la iglesia de San Vitale de Fuorigrotta. Para algunos estudiosos, la tumba no contiene los restos auténticos del poeta, ya que al parecer fue arrojado a una fosa común, como ocurría en los tiempos del cólera con los muertos, fuesen o no víctimas de la epidemia, para después ser destruidos con cal. Antonio Raniero, gran amigo del poeta, y su hermana Paolina, que cuidaron del mismo en sus últimos y terribles años, se vanaglorió siempre —escribió hasta un libro— de haber llevado a cabo grandes esfuerzos y gastos por su cuenta para convencer al párroco de la citada iglesia de que los restos del poeta fuesen enterrados en la misma. Lo consiguió y cuentan que mensualmente visitó la tumba durante cuarenta y cuatro años. Tuvo mucho mérito, desde luego. En 1888 murió Raniero, y la sepultura fue olvidada hasta que con motivo de la celebración del nacimiento del poeta, muerto a los 39 años, la tumba fue declarada monumento nacional. El 21 de julio de 1900 se abrió la caja mortuoria, por razones de trabajos en el monumento, y se comprobó que había unos escasos restos humanos que se deshicieron entre las manos... Eso quedó y eso es lo que guarda la tumba del Parco Virgiliano.

Terminada la visita al Parco Virgiliano, está muy a mano la ya citada anteriormente iglesia de Santa María de Piedigrotta, una de las más populares de la ciudad y a la que me referí cuando hablaba de las famosas «fiestas» que tanto tuvieron que ver con la historia de la can-

ción napolitana en sus inicios. Aquí vienen los napolitanos a orar ante la Virgen, de la que son muy devotos. Velas encendidas a voluntad del visitante, previo pago de doscientas liras. Se expresa un deseo a la Virgen dejando que arda la vela, aunque las hay también que funcionan con pilas. A mí, personalmente, la Virgen no me concedió el deseo que formulé, quizás por intervención de San Gennaro, que debe de estar bastante enfadado conmigo.

Y de Piedigrotta, como hacían los reyes, pero en carroza, dirija sus pasos nuevamente al Palacio Real por toda la bahía... caminando. Desde el cercano puerto de Mergellina, con sus «aliscafos» que parten raudos para las islas, siga por Via Caracciolo, dejando a un lado la Plaza de la República, Villa Pignatelli, los jardines de la Villa Comunale y el Aquarium, muy digno de verse —en sus horas señaladas, naturalmente—, procurando que sea al atardecer, y vuelva nuevamente al lugar donde el paseo arrancó, por la Via Partenope. Pasarán ante el edificio que alberga la pensión que tantas veces me ha acogido, Le Fontane al Mare, modesta, sencilla, humilde... y económica.

Con un poco de suerte, me suelen facilitar una habitación con vistas a la bahía. Resulta maravilloso para los ojos... y terrible para los oídos, dado el tráfico en Via Partenope. Muy cerca de esta pensión, me alojé en mi primera estancia en Nápoles en el Hotel Maurizio, ya desaparecido. Han transcurrido veinticinco años.

Nápoles significó en mis primeras visitas lo mismo que Illiers-Combray para Marcel Proust en su niñez. Por la derecha, por el «lado de Guermantes», que lo convertía en el «lado de Posillipo». A la izquierda, por el «lado de Swann», es decir, por el lado de Santa Lucía, del puerto y la ciudad. Qué lejos quedan aquellos paseos de mi juventud ilusionada y enamorada, con el recuerdo de la «Albertine» que cada uno de nosotros —en mi caso era una mujer— lleva siempre en su mente y en su corazón. Con aquel ánimo, Nápoles me parecía bellísima. La elección de uno de los caminos me producía serios problemas, porque era como elegir dos mundos diferentes... Han pasado muchos años y al igual que Marcel Proust, convertido en persona adulta, vuelvo al escenario de la ensoñación para descubrir la historia de una decepción.

El sentimiento es importante a la hora de recorrer un lugar soñado. ¿Qué diferencia podía haber entre el Illiers que conoció Marcel Proust en su niñez, que tanto le asombraba y subyugaba, con el que volverá a visitar treinta años más tarde y que hará que se lleve una gran desilusión? No había diferencia alguna. Era simplemente que Marcel había cambiado, había amado y ya no amaba... Y es que un estado de ánimo nos puede llevar a una decepción total de lo que tanto habíamos soñado e idealizado. Al igual que Proust descubre al final de su vida que los caminos de Swann y Guermantes no eran tan inconciliables como creía

y lo mismo daba ir por un lado que por otro porque «se podía ir a Guermantes por Meseglise, que es el camino más bonito», inoportuna frase de Gilberta, también mi última estancia en Nápoles me reveló que los dos caminos, el de Posillipo y el de Santa Lucía, son en realidad uno solo, y que no había dos mundos distintos, el de los pinos y flores de Posillipo, y el de las canciones y pizzas a la napolitana del lado de Santa Lucía. Y como el amor ya no deformaba la realidad de mi vida, la realidad napolitana se me mostró constantemente en toda su miseria.

¿Quién inventó realmente el famoso dicho «*Vedi Napoli e poi mori*»? No lo sé, no lo sabe nadie a ciencia cierta, pero en el siglo pasado, tratando quizás de justificar un slogan tan pomposo y necrofílico, los napolitanos decían que Mori era una de tantas islas que se veían allá, en el horizonte, y que había que visitarla, obviamente después de haber visto Nápoles...

Evidentemente, Mori no existe, pero, en cambio, ahí estan Capri, Ischia, Procida... Y es que, como decía al inicio, Nápoles es Nápoles... y sus alrededores. ¿Dónde termina Nápoles y dónde empiezan los alrededores? Difícil precisarlo, pero resulta evidente que no puedo dar por cancelado este inventario napolitano sin una escueta relación de los mismos.

Embarcaciones de todo tipo, incluidos los rapidísimos «aliscafos», parten tanto del Mollo Beverello, junto a la Estación Marítima, como del puerto de la Mergellina. No disponiendo de mucho tiempo mi recomendación personal es tomar una embarcación que incluya el recorrido completo de las tres islas —en verano existe esta posibilidad—: Capri, Ischia y Procida. Con buen tiempo —en Nápoles casi siempre hace buen tiempo— la gira incluye la oportunidad de contemplar la ciudad y toda la costa desde el mar, y luego comparar... ¿Desde dónde es más bella Nápoles? ¿Desde el mar? ¿Desde el

Vesubio, Posillipo, San Martino o Capodimonte?

Visitar Capri en los meses de julio y agosto puede resultar una gran equivocación. La famosa isla está sufriendo, los últimos años, la invasión de un turismo de masas que le ha hecho perder su identidad, su personalidad, su encanto, su maravilloso aislamiento... Los caprenses se consuelan pensando que este fenómeno se da a nivel mundial. No hay nada más desolador que contemplar, en los muelles de Nápoles, en los embarcaderos, a cientos y cientos de turistas, de todas las nacionalidades, esperando la llegada del barco correspondiente que los trasladará a las islas. La mayoría va solamente a Capri. Un autobús espera a los turistas con el guía correspondiente, para mostrar las huellas del espléndido pasado griego y romano de la isla hasta la arquitectura más reciente, como la cartuja de San Giacomo y la parroquia de San Stefano, presente siempre en todas las postales que reproducen la famosa «placita» de Capri, hace años llena de encanto y en la actualidad insoportable de gente y ruidos. De Capri a la bella Anacapri para contemplar la iglesia de San Michele y... evidentemente, Villa San Michele —donde vivió el médico y escritor Axel Munthe—, construida sobre ruinas romanas. Desde su maravilloso jardín, la vista increíble de un panorama que abarca Ponza, en los Apeninos, hasta Calabria. En lugares como éste solamente se pueden escribir libros como *La historia de San Michele*. «De la barca de Sorrento salté a la pequeña pla-

ya...», arranca el libro. ¿Lo recuerdan? Aquí vino Oscar Wilde, se vio con Axel Munthe, pero al parecer no tenían mucho que decirse. Dos años más tarde, Oscar moría en París. Sus ojos vieron esta maravilla y sin embargo en Berneval —en su odioso destierro en tierras francesas— nunca consiguieron ver a su amada Inglaterra. Yo tampoco... porque tuve la oportunidad de comprobarlo cuando visité Berneval.

La jornada termina gozando de la vista de los famosos farallones y de la gruta azul. Una recomendación de madre y prosaica: quienes sean propensos a marearse, atención a la excursión, porque algunas veces, dada la afluencia de visitantes, hay que guardar turno un tiempo, y si el mar se mueve un poco, puede dejar un desagradable recuerdo. Por desgracia, las inmundicias reinan en estos lugares por culpa de tanto excursionista sin escrúpulos y sin educación. A Capri ya no van los «Vips», como solían hacerlo en los años cincuenta y sesenta. Han huido a otros lugares... más solitarios. Demasiada gente, demasiada suciedad, demasiado ruido. Éstos son los tres elementos que pueden arruinar a Capri si las autoridades competentes no adoptan serias medidas. Y esto no lo digo yo, sino *Il Mattino*....

También Ischia conoció otros tiempos más gloriosos años atrás. Por el famoso Hotel Reina Isabel pasaron, bien para descansar o para trabajar en algún film rodado por estas tierras, Rossellini e Ingrid Bergman, Onassis y María Callas, Sophia Loren y Carlo Ponti, Charles

Chaplin, Alfred Hitchcock, Katharine Hepburn, Alain Delon... En este hotel, en una maravillosa *suite*, compartieron lecho, riñas y discusiones Liz Taylor y Richard Burton cuando se rodaban los exteriores del film *Cleopatra*. Aquí está el famoso castillo aragonés y el balneario de Lacco Ameno, refugio favorito de la sociedad italiana adinerada; la catedral, la iglesia de la Inmaculada, el santuario de Santa Restituta... y lo mejor de todo: un paseo en canoa rodeando la isla. Son treinta millas solamente.

Y de Ischia a Procida, la más pequeña de las llamadas «islas Flegreas». De origen volcánico, como Ischia, estuvieron unidas, siglos atrás, a tierra firme con los Campos Flegreos. La iglesia abadía de San Michele es lo más atractivo de Procida, lugar de veraneo de napolitanos pudientes que, diariamente en verano, se trasladan a su trabajo, en la ciudad, mientras la familia «*resta a casa*».

Y tras las islas, las siguientes jornadas han de ser automovilísticas —en autobús, apuntándose a un *tour* o alquilando un coche, cosa nada recomendable— por fuerza. Una jornada bien planeada puede dar de sí como para ascender al Vesubio y visitar Pompeya y Herculano después.

Impresiona subir al cráter y no me voy a repetir, pues hablé del Vesubio al referirme a la canción napolitana y al funicular famoso. Sería larguísima la relación de erupciones, temblores y terremotos que el Vesubio ha provocado. En el presente siglo registró actividad de

1913 a 1929 y de 1933 a 1944. El 18 de marzo de 1944 entró en paroxismo, se registraron tres muertos y desde el 19 de abril de 1944 no ha dicho «esta boca es mía»... En su descenso, por la carretera más próxima a Nápoles, se llega a Torre del Greco, la capital del coral. Retrocediendo un poco está Herculano. A su playa llegaron a todo correr sus habitantes, los que pudieron, cuando el año 79 d. de C. el Vesubio se puso tremendamente serio y les envió una enorme avalancha de fango que luego se solidificó. En la misma aguardaron a las embarcaciones de Nápoles. Todo el mundo creyó siempre que se habían salvado. Hace pocos años, las excavaciones —que desde Carlos III siempre han estado funcionando, a pesar de ciertas etapas de descanso, obviamente por falta de presupuesto— descubrieron que las naves no llegaron. Los restos de los infortunados siguen todavía saliendo a la luz. Recientemente, en el Castel Sant'Angelo de Roma, tuve ocasión de ver una interesantísima exposición de muebles de época romana recuperados en Herculano. Había una cuna casi en perfecto estado. Diecinueve siglos más tarde, el vacío de aquella cuna seguía siendo inmenso. Me imaginaba una madre arrebatando, presurosa, al niño de su profundo sueño, para huir a la playa del sueño eterno. También se mostraba una estatua de Dionisio en bronce. Todavía hay mucho por descubrir en Herculano... y en Pompeya, localidad muy próxima por la autopista, dejando a la izquierda Torre Annunziata, don-

de «reina» la Camorra, al igual que en Torre del Greco.

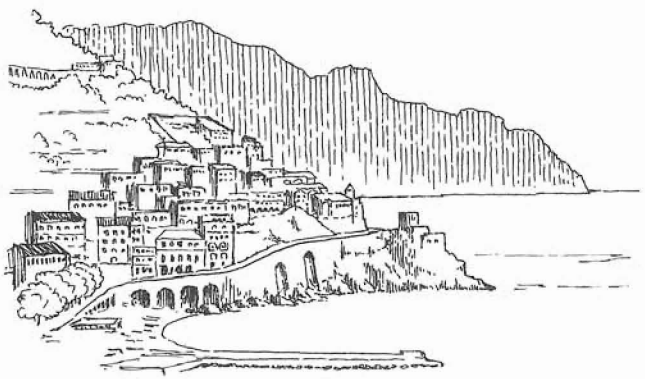
A Pompeya acuden los napolitanos e italianos en general no precisamente para ver las ruinas de la ciudad desaparecida bajo las cenizas —cenizas para Pompeya y fango para Herculano—, sino para postrarse a los pies de la Madonna del Rosario, en el santuario que lleva su nombre. En la Campania es muy normal bautizar «Rosario» a los hombres y «Rosaria» a las mujeres. Muy cerca se encuentra la ciudad dormida de Pompeya. Aquí la muerte fue más dulce. Pompeya bien se merece una jornada entera. Hay que recorrer en solitario sus calles, sus plazas, sus tiendas, sus jardines, sus prostíbulos. Hubo un momento en que creí oír las voces de sus antiguos habitantes, ajenos al peligro. «¡Mira el Vesubio!» «Tranquilo», decía el amigo. Todos murieron asfixiados y posteriormente sepultados por las cenizas. Los perros también. Y tres detenidos en la cárcel, como se pudo comprobar tras las pertinentes excavaciones. Da la impresión de que por la noche, cuando todos se retiran y los guías cierran las puertas de acceso, vuelven a la vida de puntillas... Todavía se siguen descubriendo cosas maravillosas en Pompeya. En mayo de 1988 las excavaciones dejaron al descubierto la pared de una casa con unos frescos. En uno de ellos se ve una pareja de extraña belleza, que fueron bautizados «Castos amantes». Los arqueólogos creían estar excavando el lateral de una piscina.

Otra jornada inolvidable puede abarcar toda la península sorrentina. Desde Torre Annunziata, la autopista conduce a Castellamare di Stabia. Aquí acaba la *autoestrada*, pero una maravillosa y transitadísima carretera —en verano especialmente— conduce a Sorrento, pasando antes por Vico Equense.

La maravillosa Sorrento, la de la canción que anima siempre a volver, el lugar que amó apasionadamente Richard Wagner, donde descansó varias semanas. «Es un idilio, se tiene la impresión de estar en la capital del mundo...», exclamó entusiasmado un día. Lo malo es que la frase ahora puede completarse añadiendo: «con todo el mundo», porque al igual que en la cercanísima Capri —desde Sorrento se llega rápidamente—, en verano se vuelve algo insoportable. Wagner, al igual que Stendhal, amó con locura Italia, incluida Nápoles. Dijo: «¡Dios mío, aquí cada cosa es maravillosa!», y Cósima, su mujer, lo apuntó, porque ya estaba preparando sus memorias... las de ella, claro está. Wagner vio Nápoles y después murió... en Venecia, tres años más tarde. En mayo de 1880, Wagner recorre la costa sorrentina y amalfitana. Positano, Amalfi, con su gótico arsenal y la catedral, testigos del pasado glorioso de la gran república marinera. Y Ravello, con el maravilloso jardín de Villa Rufolo, que le hizo concebir el de Klingsor en la escena del segundo acto de su *Parsifal*.

Del otro lado de Nápoles, hacia Roma, es también muy recomendable llevar a cabo una

excursión, un *tour* organizado, que los hay, que les muestre el fabuloso conjunto arqueológico de Cuma, el más antiguo de Italia; el an-



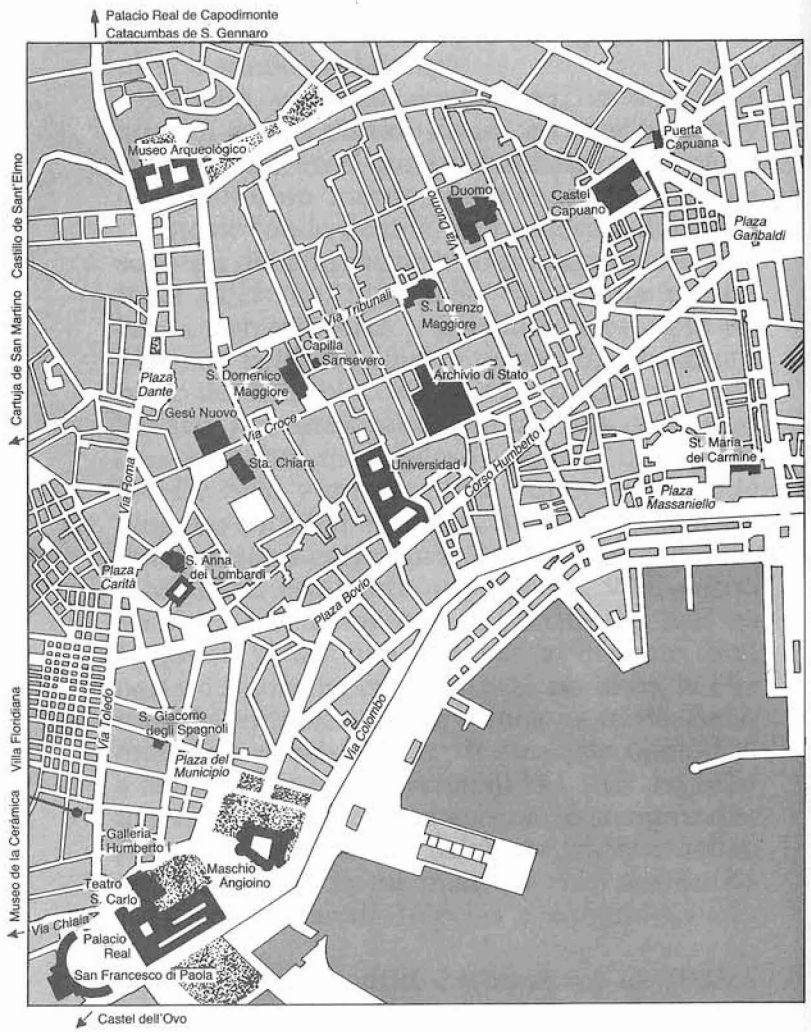
Amalfi

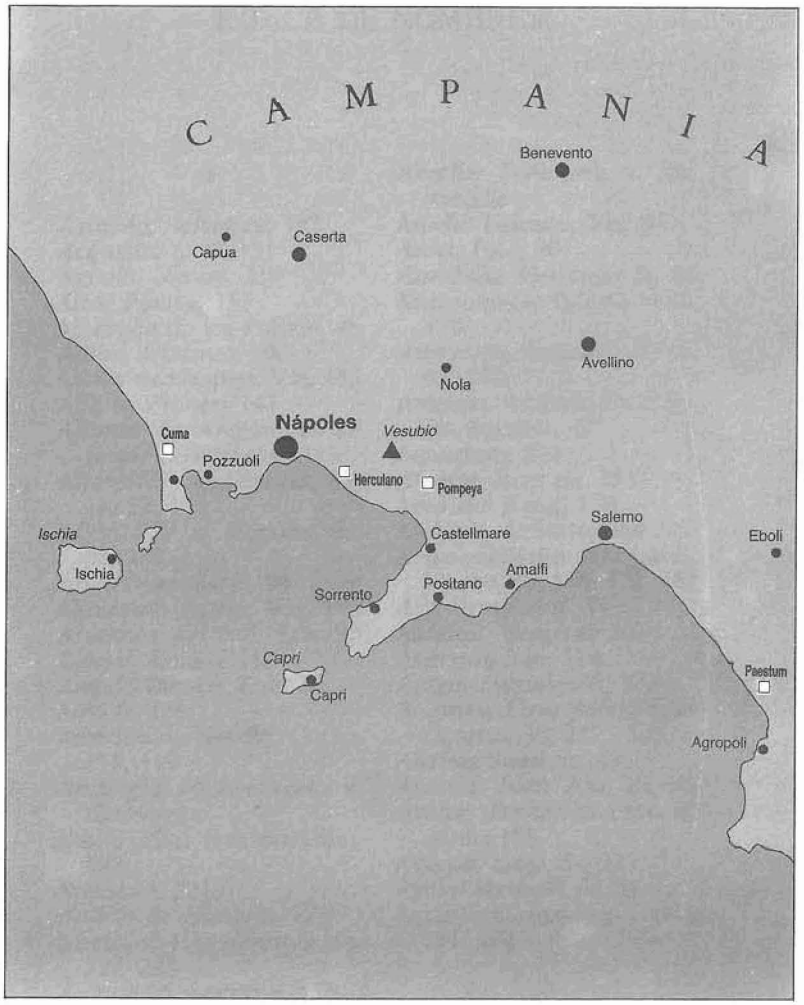
tro de la Sibila, el lago de Averno, Pozzuoli y el sugestivo Cabo Miseno, donde los romanos construyeron fabulosas moradas para sus veraneos y sede de los antiguos Campos Elíseos, que provocó la denominación de tantas salas de fiesta y baile. Y si todavía dispone de alguna jornada más está Caserta, a cuarenta kilómetros de Nápoles, con su majestuoso y borbónico Palacio Real, de Vanvitelli, y su célebre parque, jardín animado por una fastuosa coreografía de fuentes y estanques que recuerdan a La Granja de San Ildefonso, en Segovia; Bacolo, Baia, Agnano, con su célebre balneario e hipódromo, uno de los más importantes de Italia y en el que se corre, en primavera, el

Gran Premio de Lotería al trote, que la RAI ofrece tradicionalmente.

Nápoles, con sus alrededores, es algo más que un país a visitar. Es un escenario vivo, y permanente, en el que sus habitantes son parte integrante, no meros comparsas, coro o paisanaje de fondo de una ópera. Cesare Zavattini soñó un día con mostrar al mundo entero una Italia diferente, una Italia compuesta de italianos con nombres y apellidos y escribió un libro, un bellísimo libro, titulado *Un paese*, primero de una colección que no prosperó y que llevaba por título «Italia mia». Insistió luego con otro libro maravilloso, *Nápoles*, que lo firmó De Sica y que me hizo conocer más que ninguno a los napolitanos... fuera de toda anécdota, chiste o caricatura. Zavattini deja hablar a la gente, esa gente que palpita, vive, sufre, ríe y muere. Estoy con él porque un país es su gente y hay que conocer a la gente. Son parte de nuestra existencia. Si no lo ha hecho todavía, empiece ahora, nunca es tarde. Solamente es preciso decir «basta» por unos días a las cosas que nos arruinan la cotidiana existencia y plantarse en el escenario siempre dispuesto. Y sean estas palabras las que sellen aquí todo lo que mi mente y mi corazón ha sabido recordar de Nápoles y su gente...

Madrid, 24 de mayo de 1988


Palacio Real de Capodimonte
Catacumbas de S. Gennaro
Museo Arqueológico
Puerta Capuana
Duomo
Castel Capuano
Via Duomo
Plaza Garibaldi
Via Tribunali
S. Lorenzo Maggiore
Capilla Sansevero
Archivio di Stato
Plaza Dante
S. Domenico Maggiore
Gesù Nuovo
Via Croce
Sta. Chiara
Universidad
Corso Humberto
St. Maria del Carmine
Plaza Massaniello
Via Roma
S. Anna dei Lombardi
Plaza Carità
Plaza Bovio
Via Toledo
S. Giacomo degli Spagnoli
Plaza del Municipio
Via Colombo
Galleria Humberto I
Maschio Angioino
Teatro S. Carlo
Via Chiaia
Palacio Real
San Francesco di Paola
Castel dell'Ovo
Cartuja de San Martino
Castillo de Sant'Elmo
Villa Floridiana
Museo de la Cerámica


CAMPANIA
Benevento
Caserta
Capua
Avellino
Nola
Cuma
Nápoles
Vesubio
Pozzuoli
Herculano
Pompeya
Salerno
Castellmare
Eboli
Ischia
Ischia
Amalfi
Positano
Sorrento
Capri
Capri
Paestum
Agropoli

ÍNDICE DE NOMBRES

A

Accardo, Salvatore, 143
Acquisto, S. D', 151
Agnelli, Gianni, 210
Alba, Puerta, 155
Albergue de los Pobres, 45
Albini, Giacinto, 106
Alcide de Gasperi, Via, 183
Alfano, Franco, 141
Alfonso de Aragón, v. *Alfonso I de Nápoles*
Alfonso I de Nápoles, 37, 38, 52, 155
Alfonso V el Magnánimo, 38, 187
Almirante, Mario, 84
Almirante Acton, Via, 195
Alumnos del Sol, Los, 90
Alvino, Enrico, 169
Amado Blanco, Luis, 9
Amalfi, 226
Amedeo de Savoia, Corso, 118, 119
Amerighi, Michelangelo, v. *Caravaggio*
Amici Miei (restaurante), 199
Anacapri, 221
Andrés de Hungría, 172
Angano, Hipódromo de, 227, 228
Anguinari, Lucrezia, 135
Aníbal, 30
Aniello, Bernardina de, 175, 177
Aniello, Tommaso, v. *Masaniello*
Aniello Falcone, Via, 94
Anka, Paul, 90
Annibale, Vincenzo D', 84
Annunziata, Iglesia dell', 170
Annunzio, Gabriele D', 65, 69, 141
Antonio, Antonio Ruiz Soler, llamado, 67
Aquarium, 217
Aragón, Juan de, 38
Arco del Reloj, 178
Archivio di Stato, 164
Arqueológico Nacional, Museo, 26, 116, 122, 123
Ary, Armand d', 71
Ascalesi, Hospital, 207
Aspreno, San, 170
Auber, Daniele, 48, 172
Augusto, Cayo Julio César Octavio, 30, 212
Austria, Juan de, 43
Austria, Juan José de, 43
Ávalos, Fernando Francisco de, 155
Averno, Lago de, 227
Ayala, Mariano de, 51
Ayuntamiento (edificio), 181, 182

B

Bach, Johann Christian, 135

Baldassara, Donato, 57
Barbaja, Domenico, 138, 139, 140, 141
Barbarroja, Federico I, llamado, 34, 38, 39
Barberis, Alberto, 88
Beatles, The, 90
Beccaria, Cesare Bonesana, Marqués de, 46
Bellavista, 174, 175
Bellini, Vincenzo, 59, 141
Benavides, Francisco de, 44
Benedetti, Carlo de, 210
Benedetto Croce, Via, 144
Benito, San, 164
Benjamin, Dorothy, 78
Bennato, Edoardo, 90
Berganza, Teresa, 20
Bergman, Ingrid, 222
Bergonzi, Carlo, 86, 137
Berlusconi, Silvio, 210
Bernini, Pietro, 165
Bernini, Giovanni, 147
Bertini, Pacio, 147
Bessard, Gabriella, 72
Beverello, Porto, 195, 220
Beyle, Henri, v. *Stendhal*
Biblioteca Nacional, 45
Bideri, 74, 76
Bixio, Cesare Andrea, 84, 85, 86
Boccacio, Giovanni, 157
Bonagura, 90
Bonifacio IX, 160
Borbones, Capilla sepulcral de los, 148
Borrelli, Antonio, 194, 195
Boubée, Paolo, 193
Bovio, Libero, 65, 84, 86
Bovio, Plaza, 168, 183
Broschi, Carlos, v. *Farinelli*
Bruni, Sergio, 90
Buongiovani, 65
Burton, Richard, 223

C

Caballé, Montserrat, 134
Cabano, Roberto, 172
Caffarelli, Gaetano Majorano, llamado, 135
Caffetiera, La, 197
Calabrito, Via, 211
Calcese, Andrea, 126
Callas, María, 222
Camilo, San, 184
Cammarano, Giuseppe, 137
Candida, Santa, 170
Caniglia, Maria, 143
Cantalamesa, Berardo, 72
Capaldo, Franco, 85
Capaldo, Giuseppe, 76
Capo Posillipo, Plazoleta de, 211
Capodichino, 119
Capodimonte, 9, 116, 120, 122, 129, 130
Capodimonte, Emiciclo di, 117
Capodimonte, Fábrica de Porcelana de, 121
Capodimonte, Museo de, 26
Capri, 7, 24, 25, 30, 60, 93, 211, 220, 221, 222, 226
Capua, Eduardo di, 74, 75
Capuana, Puerta, 39, 162, 163
Capurio, 65
Capurro, 74
Caracciolo, 64, 65
Caracciolo, Francesco, 48, 162, 172, 200
Caracciolo, Gianni, 161
Caracciolo, Via, 217
Caracciolo del Sole, Capella, 161
Carafa, Capilla, 105
Carafa de San Severino, Palacio, 198
Carafa Santangelo, Palacio, 165
Caravaggio, Michelangelo Amerighi, llamado, 159
Carbonara, Via, 160
Cardarelli, Hospital, 153
Cardillo, Salvatore, 82
Carelli, Parco, 212
Carità, Plaza, v. D'Acquisto, Plaza
Carlos I, 39, 40, 41, 43, 52, 163, 182
Carlos V, v. *Carlos I*
Carlos I de Anjou, 34, 36, 37, 52, 124, 156, 171
Carlos de Borbón, v. *Carlos III de Borbón*
Carlos III de Borbón, 42, 44, 45, 49, 52, 103, 121, 123, 135, 148, 201
Carmen, Plaza del, 171
Carmine, Barrio del, 170
Carmine Maggiore, Iglesia del, 158
Carossone, Renato, 90
Carreras, Josep, 86
Caruso, Enrico, 65, 77, 78, 79, 80, 81, 208
Caruso, Gloria, 78
Caserta, 25, 50, 227
Caserta, Palacio Real de, 227
Castel Capuano, 35, 161, 162
Castel dell'Ora, 195
Castel dell'Ovo, 27, 31, 37, 56, 95, 96, 97, 198
Castel Nuovo, 27, 37, 161, 162, 195
Castel Sant'Elmo, 37, 43, 48, 124, 129, 182, 189
Castillo Marino, v. Castel dell'Ovo
Castro, Pedro de, 42
Catalana, Rua, 179, 180
Catalanes, Capilla de los, v. San Giacomo degli Spagnoli, Basílica de
Cavalieri, Lina, 71, 72
Cavour, Camilo Benso, Conde de, 51
Cayo Mario, 30
Cellamare, Palacio, 196
Cerámica y de la Porcelana, Instituto de la, 121, 150
Cerda y Silva, Juan de la, Duque de Medinaceli, 44
Cesarini, Gianni, 20, 54, 55, 66, 68, 83, 91
Cigliano, Fausto, 90
Cilea, 141
Cimarosa, Domenico, 135
Cioffi, 87
Cirillo, 172
Cocceio, 212
Colbran, Isabel, 139
Colona, Giovanni, 157
Columella, 30
Collana (estadio), 91
Comercio, Café del, 70
Conservatorio, Museo Histórico-Musical del, 26, 143
Conservatorio de San Pietro a Majella, 49, 142, 143, 155
Conti, Gioacchino, v. *Gizziello*

Cordiferro, Riccardo, 82
Corenzio, Belisario, 164
Coroglio, Discesa, 211
Corradino de Suabia, 35, 171
Costa, Mario, 64, 65
Cottrau, 56, 57, 89
Crescenzo, Eduardo, 90
Crescenzo, Luciano de, 22, 123, 173, 174
Cristoforo Colombo, Via, 179
Croce, Benedetto, 58, 97, 130, 153, 161, 168, 202
Cuma, Conjunto arqueológico de, 227
Cuomo, Palacio, 163
Curtis, Betty, 90
Curtis, Ernesto de, 76, 77
Curtis, Giambattista de, 76, 77
Curtis-Gagliardi, Antonio, v. *Totó*
Curzio Malaparte, Kurt Sucrert, llamado, 21
Cutolo, Raffaele, 87
Cutolo, Raffaele, 205

CH

Chaplin, Charles, 222
Chiaia, Puente de, 196
Chiaia, Riviera di, 64, 211
Chiaia, Via, 196
Chiaro, Molinaro del, 55
Chiatamone, Via, 69, 72, 196

D

Da Ettore (pizzería), 55
D'Acquisto, Plaza, 151
Dallara, Tony, 90
Daniele, Pino, 55, 90, 91
Dante, Plaza, 116, 130, 155
De Leva, 65
Delon, Alain, 223
Demetrio Salazar, Plaza, 197
Denza, Luigi, 61, 64
Di Capua, 65
Di Stefano, Giuseppe, 86, 89
Di Vento, 85
Díaz-Plaja, Fernando, 10
Domenico Capitelli (calle), 144, 145
Domingo, Plácido, 86
Dominichino, 129
Donald, Minerva, 107
Donizetti, Gaetano, 58, 97, 140
Donna Anna, Palazzo, 212
Donnaregina, Plaza, 159
Donnaregina, Via, 159
Donarumma, Elvira, 83
Doria, Gino, 179
Dumas, Alejandro, 138
Duomo, 13, 98, 100, 102, 104, 105, 116, 128, 159
Duomo, Via del, 153, 159, 163
Duprez, Gilbert, 140, 141
Duque de Martina, Museo Nacional de la Cerámica, 130
Durazzo, Margarita de, 153

E

Eco, Umberto, 111
Egiziaca a Pizzofalcone, Via, 198, 199

Egiziaca Forcella, Via, 207
Enghien, Maria d', 161
Enrique IV, 33
Enrique de Suabia, 35
Espíritu Santo, Iglesia del, 158
Estación Central de Ferrocarriles, 168
Estación Ferroviaria Circumvesubiana, 170
Estación Marítima, 11, 27, 181, 220
Estadio San Paolo, 13, 14, 91, 214
Esteban II, 31
Excelsior, Hotel, 56

F

Fajela, Giuseppe, v. *Peppino di Capri*
Fanciulli, 90
Fanzago, Cosimo, 101, 123, 197, 213
Farinelli, Carlos Broschi, llamado, 135
Favo, Rodolfo, 85
Federico I, v. *Barbarroja*
Federico de Baden, 171
Federico II de Suabia, 34, 52
Felipe II, 42, 112, 113
Felipe IV, 43
Felipe V, 44, 145, 146
Feo, Emilio de, 206
Ferdinando Russo (calle), 71
Fernández, Agustín, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114
Fernández, Dominique, 93, 200, 203
Fernández de Córdoba, Gonzalo, 38
Fernando IV, v. *Fernando I de Borbón*
Fernando VII, 48
Fernando I de Aragón, 38, 170
Fernando I de Borbón, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 130, 137
Fernando II de Borbón, 50, 51, 148
Fernando II el Católico, 38
Ferrante I. v. *Fernando I de Aragón*
Fierro, Aurelio, 90
Filangieri, Museo Cívico, 26, 163, 164
Filargirio, 28
Filippis, Felice de, 163
Filippo, Eduardo di, 10, 72, 158
Filippo, Peppino de, 22
Filomarino, Palacio, 153, 154
Fiorelli, Giuseppe, 124
Fittipaldi, 8, 124
Flegreros, Campos, 25, 223
Floridablanca Moñino, José de, 46
Floridiana, Villa, 129
Fondo, Teatro, 140
Fontana, Domenico, 42
Forcella (barrio), 204, 207
Forcella (calle), 144
Forcimaña, Mateu, 187
Foria, Via, 29, 159
Fougere, Eugenia, 71
Fra Diavolo, Michele Pezza, llamado, 48, 172
Fraburch, Antonio, 187
Francesco Caracciolo, Via, 195

Francis, Connie, 89
Francisco I de Borbón, 50, 155
Francsco II de Borbón, 50
Frate, Marisa del, 90
Fratta, Arturo, 192
Fuller, Loje, 71
Fuorigrotta, 213, 214
Fusco, Enzo, 85

G

Gabrielli, Caterina, 135
Gaetano Filangieri, Via, 196
Gaetta, Giovanni, 73
Gagarin, Yuri, 74
Galdieri, Michele, 65
Galiani, Ferdinando, 46
Galleria dell'Ottocento, 121
Galleria Umbertina, v. Galleria Umberto I
Galleria Umberto I, 27, 69, 71, 193, 194, 195
Gambardella, Salvatore, 65, 76, 206
Gambrinus, Café, 65, 69, 193
García, Manuel, 140
Gargano, Pietro, 20
Garibaldi, Giuseppe, 51, 52, 53, 57
Garibaldi, Corso, 206
Garibaldi, Plaza, 168, 170
Gayarre, Julián, 79
Gennaro, San, 13, 31, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 115, 128, 159
Genoino, Giulio, 42, 177
Genovesi, Pedro, 46
Genovesi, Liceo, 88
Gesner, Conrad, 108, 110, 114
Gesú Nuovo, Iglesia de, 145, 146
Gesú Nuovo, Plaza, 145, 149, 151, 152, 153
Ghezzi, Pier Leone, 125
Giacomo, Salvatore di, 58, 64, 65, 66, 67, 68, 77, 91, 206
Giannini, Ettore, 16, 18
Gigli, Beniamino, 86
Gill, Armando, 83
Giordano, Michele, 103
Giordano, Umberto, 141
Girolamini, Iglesia de los, 159
Girolamini, Plaza de los, 159
Giudecca (calle), 144
Giuliano, Vittorio, 207
Gizziello, Gioacchino Conti, llamado, 135
Gluck, Christoph Willibald Von, 135
Goethe, Johann Wolfgang Von, 8
Gomar, Antonio, 187
Goyzueta, Gian Carlo de, 186
Gray, Nadia, 16, 70
Gregorio VII, 33
Grimaldi, Francesco, 100
Grotta Nuova, v. Quattro Giornate, Galleria delle
Grue, Francesco Antonio, 150
Guillermo I, 35
Guillermo II, 33, 35
Guzmán, Felipe Ramiro, 213

H

Hamilton, Lady, 46, 136
Hamilton, William, 46, 47
Hardy, Oliver, 48
Hasse, Johann Adolf, 135
Haydn, Joseph, 135
Hepburn, Katharine, 223
Herculano, 9, 25, 45, 104, 123, 224
Hildebrando, v. *Gregorio VII*
Hitchcock, Alfred, 223
Horacio, 30

I

Iafulli, Mario, 205
Ibarrola, Beatriz, 173
Il Mattino (edificio), 69, 72, 196
Il Mattonello (restaurante), 199
Inmaculada, Fontana de la, v. Santa Lucía, Fontana de,
Inmaculada, Iglesia de, 223
Inmaculada Concepción, Iglesia de la, 118, 145
Inocencio III, 34
Instituto Cultural Español de Santiago, 187
Isabel II de Inglaterra, 200
Ischia, 25, 93, 220, 222, 223
Istituto d'Arte, Museo dell' 197

J

Jhonson, Al, 84
Jolly Ambassador's, Hotel, 181
José I Bonaparte, 48, 49, 117
Juana I de Anjou, 97, 98,
Juana II de Anjou, 37, 98, 160, 161
Justicia, Palacio de, 162

L

La Bersagliera (restaurante), 56
La Capria, Raffaele, 10
La Finestrella (restaurante), 212
Lacco Ameno, Balneario de, 223
Ladislao de Anjou, 160, 161
Lambertini, Gastone, 105
Lanza, Mario, 65, 78
Lasso, Orlando de, 57, 58
Laurel, Stan, 48
Laurentis, Alfredo de, 17
Lauro, Achille, 17, 18, 89, 180
Laziale, Galleria, 214
Le Fontane al Mare (pensión), 217
Lemmon, Jack, 22, 56, 193
Lemos, Conde de, 42
León IX, 33
Leoncavallo, Ruggiero, 141
Leopardi, Giacomo, 117, 213, 214, 215
Levi, Carlo, 11
Limpiabotas, Salón de, 194
Lo Russo, 205
Lollobrigida, Gina, 71
Lombardi, Vincenzo, 81
Loren, Sophia, 222
Loreto, Hospital, 159
Lucia, Fernando de, 65, 77, 80, 81

Lucky Luciano, 208
Lúculo, 31, 97
Luigi, 207
Lusignano, María de, 161
Lutazio, 28

M

Madonna de Piedigrotta, v. Nuestra Señora de Piedigrotta, Iglesia de
Madonna del Rosario, Santuario de la, 225
Madre del Buen Consejo, Iglesia de la, 118
Magdalena, Puente de la, 104, 105
Maiano, Julian, 162
Majorano, Gaetano, v. *Caffarelli*
Malber, Francesco, 70
Malibrán, María, 140
Mandracchio, Puerto del, 178, 179
Manfredo de Sicilia, 36
Mangano, Silvana, 64
Manrique, Andrés, 108, 109, 110
Maradona, Diego Armando, 13, 205
Marcial, 30
Marechiaro, 66, 71
Marechiaro, Via, 212
Margherita, Salón, 69, 70, 73, 193
María Carolina de Austria, 45, 47, 49
María Cristina de Saboya, 148
María Sofía de Baviera, 51
Maria Teresa, Via, v. Vittorio Emmanuelle, Corso
Mariano Semmola, Via, 153
Marini, Marino, 90
Marino, 71
Marotta, Gerardo, 199, 201, 202
Marotta, Giuseppe, 17, 22, 55, 63, 199
Marotta, Palacio, 199
Martínez Shaw, Carlos, 46
Mártires, Plaza de los, 197, 211
Martiri d'Otranto, Vicolo, 206
Martorell, Juan, 187
Masaniello, Tommaso Aniello, llamado, 42, 43, 150, 153, 172, 173, 174, 175, 176, 177
Masaniello, Plaza de, 174
Mascagni, Pietro, 70, 141
Maschio Angioino, v. Castel Nuovo
Massa, Donato, 150
Massa, Giuseppe, 150
Masséna, André, 49
Massimiliano II José de Baviera, 171
Massine, Leonide, 125
Mastroianni, Marcello, 22, 56, 193
Matteoti, Plaza, 180
Mazzoni, Guido, 152
Mazzuchi, Alfredro, 74
Medina, Via, 181
Medrano, Juan Antonio, 121, 135
Melisurgo, Guillermo, 93
Mercadante, Francesco Saverio, 58, 138
Mercader, María, 18
Mercado, Plaza del, 42, 48, 171, 172, 174, 202

Mercato, Vico, 172
Mergellina, Estación de, 213
Mergellina, Puerto de la, 28, 195, 211, 217, 220
Merode, Cleo de, 71
Mezzocannone, Via, 166, 168
Migliaccio, Lucia, 50, 130
Mille, Via dei, 196
Miseno, Cabo, 227
Modugno, Domenico, 90
Molosiglio, 195
Montagna, Bartolomeo, 110
Monte de la Misericordia, Iglesia del, 159
Monte de Piedad, Palacio del, 165
Monte di Dio, Via, 199
Monte Echia, v. Pizzofalcone
Monteolivetto, Iglesia, v. Santa Anna dei Lombardi, Iglesia de
Monteolivetto, Plaza, 151
Montesanto, 191
Montserrato, Via, 183
Moravia, Alberto, 17
Mostra de Ultramar, 13, 214
Municipio, Plaza, 125, 181
Municipio, Via del, 181
Munthe, Axel, 7, 221, 222
Mura, Ettore de, 55, 91
Murat, Joaquín, 49, 52, 117, 164, 212
Muro Lomanto, Enzo de, 59
Murole, 55
Murolo, Ernesto, 83
Murolo, Roberto, 90
Museo Nacional, 27, 42, 45
Mussolini, Benito, 11, 52, 79, 81, 86, 180, 181, 190, 195, 214
Muti, Riccardo, 143

N

Napoleón I, 48, 49
Napoleón, Corso, v. Santa Teresa degli Scalzi, Via
Nápoles, Bahía, de, 7, 60, 211
Napoli Central, 90
Nardo, Ignazio di, 146
Nazario Sauro, Via, 195
Nelson, Horatio, 46, 48, 162, 200
Nicola, Enrico de, 53, 87
Nicolardi, 77
Nicolás II, 33
Nilo (barrio), 165
Nilo, Plaza del, 165
Nilo, Via, 165
Nisa, 90
Nitti, Francesco Saverio, 69
Nola, Giovanni Merliano de, 182
Nolana, Plaza, 170
Nonno, Pasquale, 204
Nourrit, Adolphe, 140
Nuestra Señora de Piedigrotta, Iglesia de, 27, 50, 62
Nueva Compañia de Canto Popular, La, 90
Nunziatella, 196, 198
Nuova Marina, Via, 174

O

Observatorio Astronómico, 49

Odoacro, 31
Olivares, Gaspar de Guzmán y Pimentel, Conde-duque de, 179
Onassis, Aristotelis Sokratis, 222
Oratorio del Santo Sepulcro, Capilla del, 152
Orsini, Raimondello, 161
Ottaviano, Gennaro, 75

P

Pacini, 138
Padres Capuchinos, Iglesia de los, 102
Pagano, 172
Paisiello, Giovanni, 135, 136
Palacio Real, 27, 42, 45, 52, 77, 116, 120, 121, 175, 195, 211
Palacio Real, Museo del, 26
Pampanini, Silvana, 89
Pandolfo IV, Cabeza de Hierro, 32
Pantaleón, San, 13, 98, 99, 107, 110
Paolo Maggiore, Iglesia de, 156
Partenope, Via, 17, 27, 56, 78, 195, 217
Pascual, Carlos, 95
Pascuale Scura (calle), 144
Pascualillo, Mario, 73
Pasquariello, Gennaro, 83
Pasta, Giuditta, 140
Patrizia, Santa, 106, 158
Patroni Griffi, Giuseppe, 9
Pausilypon, Villa, 212
Pavarotti, 86
Pazzaglia, 90
Pedro, San, 31, 170
Pedro III de Aragón, 36, 148
Peppino di Capri, Giuseppe Fajella, llamado, 90
Pere Joan, 187
Pérez, Miguel, 187
Pergolessi, G.B., 58
Pertini, Sandro, 87
Pessina, Enrico, 57
Pessina, Via, 116
Petito, Antonio, 125
Petrarca, Francesco, 157, 160
Petronio, 62
Petrosino, Joseph, 208
Pezza, Michele, v. *Fra Diavolo*
Philiatro, Evonimo, v. *Gesner, Conrad*
Picardi, 64
Piccolomini, Capilla, 153
Piedad, Capilla de la, 165
Piedigrotta, 61, 62, 64, 214
Piedigrotta, Plaza, 213
Pignatelli, Villa, 217
Pilar, Via del, v. Cristoforo Colombo, Via
Pío V, 43
Pío X, 182
Pirandello, Luigi, 84
Pirro, 30
Pisano, Gigi, 87
Pizzi, Nilla, 89
Pizzofalcone, 29, 191, 196, 197, 198
Plebiscito, Plaza del, 51, 52, 77, 195, 197, 211
Poggioreale, Cárcel de, 205, 206, 207
Poggioreale, Cementerio de, 80, 205

Pompeya, 7, 9, 25, 45, 104, 123, 224, 225
Ponce de León, Rodrigo, Duque de Arcos, 42, 175, 177
Pontano, Capella, 156
Ponti, Carlo, 222
Porto, Via del, 70, 183
Porto Piccolo, v. Mandracchio, Puerto del
Posillipo, 9, 16, 28, 61, 62, 210, 211, 212, 213, 215, 219
Posillipo, Via, 212
Poste e Telegrafi, Palazzo delle, 180
Pozzuoli, 8, 31, 99, 102, 103, 227
Prats, Bartolomé, 187
Presley, Elvis, 90
Príncipe de Sansevero, Palacio del, 155
Procida, 25, 93, 220, 223
Procida, Saverio, 79
Proust, Marcel, 218
Puccini, Giacomo, 141

Q

Quattro Giornate, Galleria delle, 213
Querejeta, Elías, 15

R

Raimondi, Riccardo, 188
Rainulfo Drengot, 32
Ranieri, Massimo, 90
Raniero, Antonio, 216
Rascel, Renato, 90
Ravello, 226
Rea, Domenico, 202
Reina Isabel, Hotel, 222, 223
Renato de Anjou, 37
Reno, Teddy, 90
República, Plaza de la, 26, 217
Rettifilo, v. Umberto I, Corso
Ribera, José, 129
Ricci, Federico, 58
Ricci, Franco, 90
Ricci, Luigi, 58
Rinaldo Brancaccio, Sepulcro de, 166
Robert Guiscard de Hauteville, 33
Roberto I de Anjou, 147, 148, 157
Rocco, Emmanuelle, 193
Roger II, 33, 52
Roger de Hauteville, v. *Roger II*
Rolling Stones, The, 90
Roma, Via, v. Toledo, Via,
Romanelli, 120
Romolo Augustolo, 31
Rondinella, Giacomo, 16, 90
Rosa, Salvatore, 57
Rosi, Francesco, 10, 19
Rosi, Massimo, 188
Rossellini, Roberto, 222
Rossellino, Antonio, 153
Rossini, Gioacchino Antonio, 35, 138, 139, 140
Rota, Nino, 58
Rotto, Vico, 174
Rubini, 140
Ruffo, Fabrizio, 47, 48, 129, 155

Rufolo, Villa, 226
Ruiz Soler, Antonio, v. *Antonio*
Russo, Ferdinando, 71
Russo, Vincenzo, 65, 75

S

Sacco, Raffaele, 58
Sagrera, Guillem, 187
Salieri, Antonio, 34
Salvia, Giuseppe, 205
Sammartino, Giuseppe, 148
San Agostino della Zecca, Iglesia de, 170
San Bartolomeo, Via, 183
San Basilio, Cala, 212
San Biagio dei Librai, Via, 144, 165
San Carlos, Teatro, 27, 45, 69, 79, 80, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 141, 142, 186, 194, 200
San Domenico Maggiore, Iglesia de, 130, 154
San Domenico Maggiore, Plaza, 154, 155, 165
San Efebo (catacumbas), 118
San Elegio, Iglesia de, 177, 178
San Erasmo, Castillo de, v. Castel Sant'Elmo
San Felipe Neri, Iglesia de, v. Girolamini, Iglesia de los
San Francisco, Cárcel de, v. Poggioreale, Cárcel de
San Francisco de Paula, Iglesia de, 50, 52, 77
San Gaetano, Plaza, 156, 157, 159
San Gaudioso (catacumbas), 118, 119, 128
San Gennaro, Capilla de, 100, 102, 129
San Gennaro (catacumbas), 115, 116, 118, 119, 120
San Giacomo, Cartuja de, 221
San Giacomo, Palazzo, 188
San Giacomo, Via, 186
San Giacomo degli Spagnoli, Basílica de, 39, 42, 179, 181, 182, 183, 185, 186
San Giorgio Maggiore, Iglesia de, 159
San Giovanni a Carbonara, Iglesia, 160, 161
San Giovanni a Ottocalli, Via, 79
San Gregorio Armeno (calle), 106, 125, 158
San Gregorio Armeno, Convento de, 106, 158
San Gregorio Armeno, Iglesia de, 158
San Gregorio Armeno, Placita de, 157
San Lorenzo Maggiore, Iglesia de, 156, 157
San Marcelino, Iglesia de, 164
San Marcelino, Plaza de, 164
San Marco, Calata, 181
San Martino, 8, 9, 128, 144, 147, 182
San Martino, Cartuja de, v. San Martino, Museo Nacional de,
San Martino, Museo Nacional de, 8, 26, 93, 123, 124, 128, 158
San Michele, Abadía de, 223
San Michele, Iglesia de, 221
San Michele, Villa, 7, 221
San Pasquale a Chiaia (calle), 64
San Pedro Mártir, Iglesia de, 169
San Pietro a Majella, Iglesia de, 155
San Pietro ad Aram, Iglesia de, 170
San Sebastiano, Via, 153
San Severo (catacumbas), 118
San Severo, Parroquia de, 118
San Stefano, Parroquia de, 221
San Vincenzo, Molo, 195
Sanctis, Via de, 130
Sancha de Mallorca, 148
Sánchez, Sonsoles, 114
Sanfelice, Ferdinando, 153, 199
Sangro, Juan Francisco, 130
Sangro, Palacio de los, 130, 155
Sangro, Placido di, 130
Sangro, Raimondo de, v. *Sansevero, Raimondo de Sangro, Príncipe de*
Sanitá, Barrio de la, 117, 118, 191
Sanitá, Puente de la, 118, 119
Sannazaro, Teatro, 22, 196
Sanseverino, Ascanio, 165
Sanseverino, Giacomo, 164
Sanseverino, Sigismondo, 164
Sanseverino, Palacio, v. Gesú Nuovo, Iglesia de
Sanseverino, Vico, 165
Sansevero, Capilla, 130, 131, 132
Sansevero, Raimondo de Sangro Príncipe de, 130, 131, 132, 133
Sant'Angelo a Nilo, Iglesia de, 166
Santa Anna dei Lombardi, Iglesia de, 151, 152, 158
Santa Caterina, Iglesia de, 196
Santa Caterina, Via, 196
Santa Clara, Iglesia de, 43, 102, 145, 146, 147, 148, 149, 154, 158
Santa Clara, Monasterio de, 88, 125, 146, 148, 149, 150, 151, 154
Santa Lucia, Barrio de, 27, 55, 56, 57, 195, 205, 210
Santa Lucia, Fontana de, 27, 195
Santa Lucia, Via, 55, 162
Santa Maria de Piedigrotta, Iglesia de, 213, 216, 217
Santa Maria del Carmine, Basílica de, 171, 172, 174, 176
Santa Maria della Catena, Iglesia de, 162, 172
Santa Maria della Sanitá, Basílica de, 118
Santa Maria Donnaregina, Iglesias de, 160
Santa Maria Egiziaca, Iglesia de, 170, 198

Santa Maria Maggiore, Iglesia, 156
Santa Marta, Iglesia de, 153
Santa Restituta, Santuario de, 223
Santa Teresa a Chiaia, Iglesia de, 196, 197
Santa Teresa degli Scalzi, Iglesia de, 117
Santa Teresa degli Scalzi, Via, 116, 215
Santos Severin y Sossio, Iglesia de los, 164
Sarno, Giovanni, 58
Sarro, Domenico, 135
Sartre, Jean-Paul, 8
Scaofoglio, Eduardo, 72
Scarfoglio, Francesco, 69
Scola, Ettore, 22
Schipa, Tito, 65, 67, 76, 86
Secondigliano (barrio), 204, 205
Sedile di Porto, Via, 166
Seiano, Gruta de, 211, 214
Senese, James, 91
Serao, Matilde, 69, 70, 102, 104
Sergio IV, 32
Serra di Cassano, Duque, 200
Serra di Cassano, Palazzo, 199, 200, 201
Severo, San, 103, 115
Siani, Giancarlo, 203, 208
Sibila, Antro de la, 227
Sica, Vittorio de, 17, 18, 21, 64, 85, 93, 156, 206, 207, 228
Sicone, 115
Sila, Lucio Cornelio, 30
Sio, Teresa de, 90
Solari, Marquesa, 136
Solfatara, Iglesia de la, 102
Solimena, Francesco, 101
Solitaria, Via, 197
Sopramuro, Vico, 170
Sorrento, 7, 60, 211, 226
Sospira Bisi, Vico, v. Mercato, Vico
Sossio, San, 164
Sotelo Álvarez, Avelino, 8, 187
Spaccanapoli (calle), 143, 144, 151, 153, 165, 166
Stauffen, Constanza, 36
Stellato, Luigi, 70
Stendhal, Henri Beyle, llamado, 8, 137, 138, 139, 140, 144, 192, 226
Stendhal (calle), 144
Stignani, Ebe, 143
Stoppa, Paolo, 16
Strato, Via, 212
Strepponi, 141
Sucrert, Kurt, v. *Curzio Malaparte*

T

Tacchinardi-Persiani, 141
Tagliaferri, Ernesto, 83, 87
Tajoli, Luciano, 90
Tancredi, 35
Tancredo de Hauteville, 32
Tanucci, Bernardo, 45
Taranto, Nino, 72
Tarsia, Palacio, 191
Taylor, Elisabeth, 223
Terlizzi, Conde de, 172
Tesoro, Capilla del, v. San Gennaro, Capilla de
Thorvaldsen, Bertel, 171
Tiberio, 30

Timoteo, 99, 100
Tiziana, Maria, 106
Togliani, Achille, 89, 90
Toledo, Pedro de, 39, 40, 41, 42, 129, 162, 182, 183
Toledo, Via, 41, 69, 144, 187, 188, 189, 192
Tomás de Aquino, Santo, 154
Torre Annunziata, 203, 204, 224
Torre del Greco, 204, 224, 225
Tortajada, Consuelo, 71
Tosti, Francesco Paolo, 65, 66, 67
Totó, Antonio de Curtis-Gagliardi, llamado, 22, 89
Trentarami, Cala, 212
Tribunali, Via dei, 155, 156, 159
Trieste y Trento, Plaza de, 69, 195
Trinidad de los Españoles, Iglesia de, 189
Turco, Peppino, 61

U

Umberto I, 117
Umberto I, Corso, 168, 169, 170
Università degli Studii, 166, 169

V

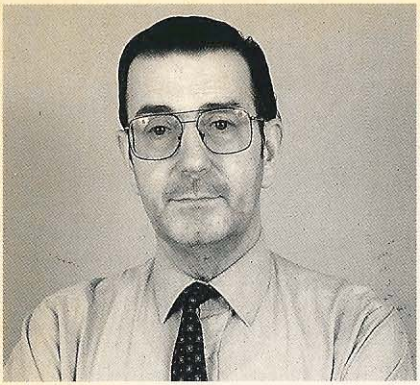
Vaccaro, 180
Vaccaro, Domenico Antonio, 149
Vadja, 70
Vajro, Max, 142
Valente, Nicola, 85
Valente, Vincenzo, 65
Valle Siciliana, Marqués della, 150
Vanvitelli, Luigi, 227
Vargas Llosa, Mario, 198
Vargas Machuca, 185
Vedio Polione, 31, 212
Velluti, Gian Battista, 135
Verdi, Giuseppe, 34, 36, 112, 141, 161
Verri, Pedro, 46
Vesubio, 7, 9, 25, 28, 59, 60, 61, 93, 101, 104, 105, 204, 211, 223, 224
Vesubio, Hotel, 78, 79
Vicaria Vecchia (calle), 144
Vicolo Grande, 170
Victoria, Túnel de la, 196
Vilaret, Mercè, 18
Vilasclar, Bartolomé, 187
Villa, Claudio, 90
Villa Comunale, Jardines de la, 26, 64, 217
Villani, Peppino, 72
Vinci, Leonardo, 58
Violante de Aragón, 148
Virgen de Montserrat, Iglesia de la, 183, 184
Virgiliano, Parco, 213, 214, 215, 216
Virgilio, 31, 213, 215
Virgilio, Viale, 211
Vittoria, Plaza, 211
Vittorio Emmanuelle, Corso, 50, 94, 191
Vittorio Emmanuelle II de Saboya, 51, 52
Viviani, Rafaele, 83
Vomero, 50, 129

W

Wagner, Cósima, 226
Wagner, Richard, 8, 141, 226
Wilde, Oscar, 8, 222
Wojtila, Karol, 74

Z

Zampa, Luigi, 208
Zanardelli, Giuseppe, 76
Zavattini, Cesare, 17, 18, 228
Zeffirelli, Franco, 113
Zerboni, Alvaro, 59
Zi Teresa (restaurante), 56
Zingarelli, 138



JOSÉ MANUEL ALONSO IBARROLA, nacido en San Sebastián, licenciado en Ciencias de la Información y Derecho, publicó en 1961 su primer libro de narrativa, *Depetris,* del que se hizo una versión teatral y otra televisiva. En 1971 aparece *Historias para burgueses,* prologado por Césare Zavattini, traducido al portugués y parcialmente al italiano y al francés. En 1975 reúne, bajo el título de *Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley,* los brevísimos relatos poblicados en el semanario *Hermano Lobo,* con el pseudónimo de «Nemorino». En 1983, prepara y prologa una antología, *Milagro en Milán y otros relatos,* dedicada al citado Zavattini. Cultiva el reportaje literario y en 1985 obtiene el Premio Francia por «Dos escritores en Normandía: Proust y Wilde», publicado en *El País.* Traductor de Antonioni y otros autores italianos, publicará próximamente un libro de narrativa, *Por mi grandísima culpa.*

NÁPOLES, la vieja ciudad partenopea, ha pagado un precio muy alto por su osada y envidiable situación. Construida muy cerca del Vesubio, en una zona de alto valor estratégico, es como un imán que atrae las catástrofes. Desde sus orígenes ha sufrido de todo —erupciones, pestes, saqueos, bombardeos, y la propia Tierra madre se ha ensañado con ella varias veces cambiando criminalmente de postura en los momentos más inesperados—, pero ha sabido salir siempre airosa de esas pruebas, quizás porque posee un poderoso talismán: la sangre de San Gennaro, una sustancia mágica y misteriosa cuya fórmula secreta revela el autor de este trabajo tras una ardua y azarosa investigación. Antiguo punto de encuentro entre Grecia y Roma, refugio de emperadores y reyes ilustrados, sincrética, mestiza y pagana hasta la médula, Nápoles fue durante muchos años la capital europea de la ópera y es tal vez la única ciudad del mundo cuya historia se puede reconstruir íntegramente a partir de sus canciones, a las que este libro dedica especial atención, pues constituyen un reflejo vivo de la vida y existencia de la ciudad.